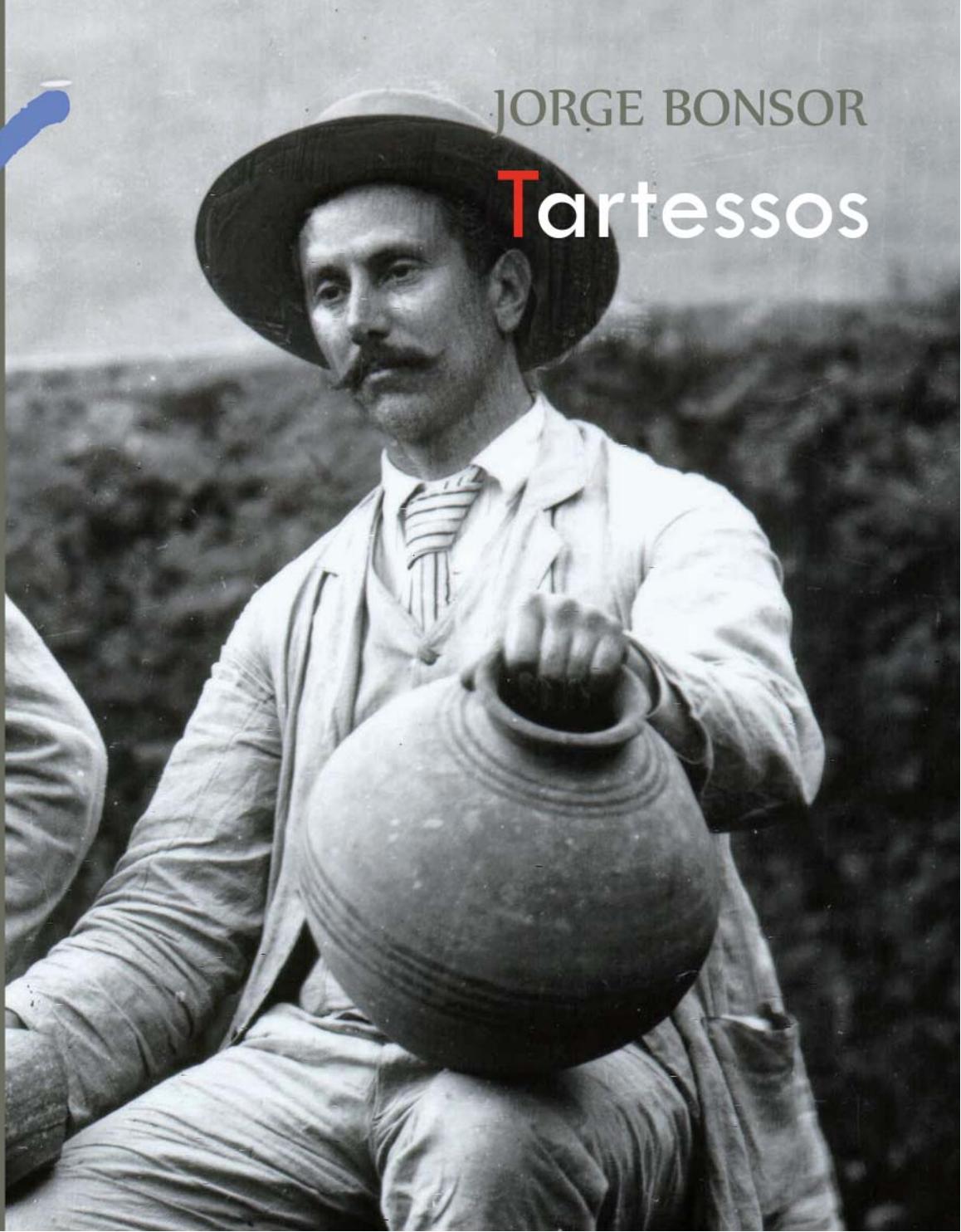




BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

JORGE BONSOR

# Tartessos



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA





JORGE BONSOR

# Tartessos

Tartessos

El Coto de Doña Ana  
(una visita arqueológica)

Excavaciones practicadas  
en El cerro del Trigo

Posfacio de Jorge Maier Allende

George Edward Bonsor nace en la ciudad francesa de Lille, de donde era su madre, en 1855. Su padre fue un ingeniero inglés que trabajó en las Minas de Riotinto y en la instalación de las máquinas para el gas del alumbrado público en Cádiz y Sevilla. Quedó tan gratamente impresionado por Andalucía que fue quien le animó a conocerla. A la muerte de su madre, cuando contaba pocos meses, fue criado por su tía paterna en Inglaterra. En su juventud acompañó a su padre en sus viajes profesionales por Europa, lo que fue esencial en su educación. El viaje fue una constante en su vida. Estudió en la escuela de Bellas Artes de South Kensington de Londres y en la Academia Real de Bellas Artes de Bruselas, formación muy valiosa para sus posteriores investigaciones arqueológicas, pues utilizó sistemáticamente el dibujo en la descripción de los materiales y estructuras del registro arqueológico. En 1880 llega a España y al poco tiempo la visita de una tumba romana con pinturas en Carmona le conmueve tanto que decide consagrar su vida a la Arqueología. Dedicó más de treinta años a la investigación de la Protohistoria de Andalucía Occidental, que culminaron en 1925-1926 con la excavación de la necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla). Publicó numerosas obras con el resultado de sus excavaciones y descubrimientos. Hoy es considerado como el descubridor de la cultura Tartessa. El 15 de agosto de 1930 muere en el Castillo de Mairena del Alcor.

[el autor]

Compaginando la información que le suministraban las fuentes clásicas escritas con una metodología de investigación arqueológica, que es la que le otorga plena modernidad, Bonsor dedicó tres libros a exponer sus descubrimientos e investigaciones sobre la civilización tartésica: *Tartessos* (1921), *El Coto de Doña Ana: un visita arqueológica* (1922), y *Tartessos: excavaciones practicadas en 1923 en el cerro del Trigo, término de Almonte (Huelva)* (1928). Las tres obras –o memorias– componen una visión de conjunto donde se da a conocer por vez primera la descripción de sus ciudades, de sus principales componentes culturales y de sus costumbres funerarias. La primera de las memorias la redacta en francés y en castellano a finales de 1920, tras la prospección realizada ese verano en el litoral, desde la desembocadura del Guadiana hasta la del Guadalquivir. La versión francesa fue remitida a la Sociedad de Anticuarios de Londres y posteriormente a la Hispanic Society of America, mientras que el texto en castellano lo envía a la Real Academia de la Historia, donde recibió una entusiasta acogida, permitiéndole editar la obra y contar desde entonces con el decidido apoyo de la institución. La existencia de la ciudad de Tartessos estaba admitida por gran parte de los investigadores y su descubrimiento fue el gran reto de la Arqueología de entonces. Esta edición reúne por primera vez en una publicación la trilogía que Bonsor dedicó a Tartessos, trilogía que es considerada el punto de arranque de la investigación contemporánea sobre la cuestión.

[la obra]

*Colección Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura  
© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura  
© de la edición y posfacio: Jorge Maier Allende  
Maquetación y diseño: Carmen Piñar  
ISBN: 978-84-9959-015-8  
D.L. : GR-1150-2010

Ilustración de cubierta: Jorge Bonsor y su primo Ralph Batley.  
Detalle. Ca. 1900. Archivo General de Andalucía.

# índice

<b>TARTESSOS</b>	9
I. EL LITORAL	11
II. EL RÍO, LA ISLA Y LA CIUDAD	31
NOTAS	45
<b>EL COTO DE DOÑA ANA</b> (UNA VISITA ARQUEOLÓGICA)	51
NOTAS	75
<b>EXCAVACIONES PRACTICADAS EN 1923</b> <b>EN EL CERRO DEL TRIGO</b> TERMINO DE ALMONTE (HUELVA)	81
NOTAS	111
POSFACIO	
JORGE BONSOR Y EL DESCUBRIMIENTO DE TARTESSOS	115

Jorge Maier Allende

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

# TARTESSOS

POES

JORGE BONSOR



MADRID

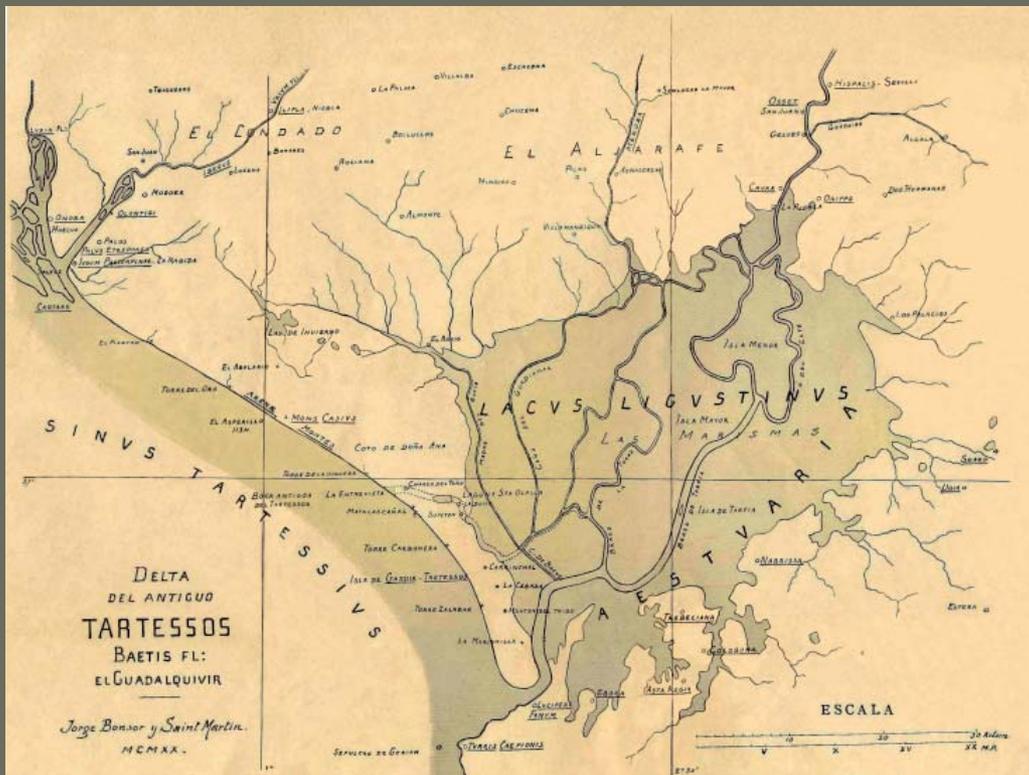
EDITORIAL REJES (S. A.)  
IMPRESOR DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA LENGUA  
Y DE JURISPRUDENCIA Y ADMINISTRACION  
CALLE DE ALBA, 3 DPTA.

1921

GB  
f. 2/cc

**TARTESSOS**<sup>1</sup>

EDITORIAL REUS (S. A.)  
IMPRESOR DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA  
Y DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN  
MADRID 1921



# I EL LITORAL

ESTOS DETALLES, TRANSMITIDOS A TRAVÉS  
DE LOS SIGLOS POR LOS ANALES PÚNICOS,  
YO TE LOS HE DADO A CONOCER.

AVIENO, VERSO 415

*Ora maritima*, célebre poema latino de Rufo Festo Avieno, inspirado en un periplo fenicio de fines del siglo VI a. de J. C., ha sido el tormento de todos los que han querido interpretarlo.

Las numerosas publicaciones referentes a él, apenas han aclarado el asunto y aún no tenemos una explicación satisfactoria de esta descripción de las costas, que se remonta a la expedición del navegante cartaginés Himilco.

Varios intérpretes de la *Ora maritima*, han reconocido que a partir de la desembocadura del Guadiana hacia el Este, las Instrucciones náuticas modernas confirman, a veces de una manera precisa, los datos del antiguo periplo. Dedúciase

de aquí la conveniencia de reconocer este litoral, empresa que me propuse llevar a cabo a pesar de las objeciones de los que aún creen que aquel ha cambiado por completo desde los remotos tiempos de Himilco.

Me constaba, por el estudio que hice acerca de las antiguas poblaciones del Estrecho de Gibraltar<sup>2</sup>, que desde la época de los romanos, la parte del litoral inmediata a aquel no ha cambiado apenas; y veremos que lo mismo aconteció con esta otra parte desde varios siglos antes de nuestra Era.

Ya se comprende que los golfos y los promontorios mencionados por Estrabón, y antes de él por el antiguo periplo fenicio, son siempre los mismos, aunque con denominaciones diferentes. Otro tanto podría decirse respecto a los ríos y arroyos que vierten en el Océano; la antigua población desaparece, pero el arroyo que alimentaba sus fuentes, vuelto a su primitiva libertad, corre hoy entre las ruinas con dirección al mar.

En cuanto a los macizos montañosos del interior, que en todos los tiempos sirvieron de orientación a los navegantes, ya se comprende que no han podido cambiar. Solamente se ha observado que islas muy próximas a la costa, se han unido al continente; que estuarios y extensos lagos cercanos a las playas, están hoy en seco, aunque se reconocen con facilidad. Los mayores cambios se observan en la desembocadura de los ríos, sobre todo del Guadalquivir, cuya alteración se debe a sus desbordamientos y a los temblores de tierra, tan frecuentes en Andalucía<sup>3</sup>.

Antes de entrar en materia, me creo en el deber de declarar que la idea de esta exploración arqueológica de la costa, se la debo a mi amigo el académico madrileño D. Antonio Blázquez, que se ha dedicado con preferencia al estudio de la geografía histórica de España. En 1909 publicó una nueva interpretación del poema de Avieno, poco conocida, a pesar de haber transcurrido diez años<sup>4</sup>. Según Blázquez, el famoso periplo de Himilco se debió reducir, hacia el Oeste, a la costa meridional de la península (Andalucía y el Algarve portugués), terminando en el cabo de San Vicente, la *Oestrymnis* que otros colocan en Galicia, en Francia

o en Inglaterra. Himilco no pasó jamás al Norte del cabo de San Vicente, o sea el Promontorio Sagrado.

En cuanto al Occidente del golfo Atlántico (Avieno dice: seno Atlántico, y no mar Atlántico, es decir, el espacio de mar comprendido entre las costas de la Península y las de África, desde el cabo San Vicente al cabo Mazagán). *Nadie —dice el viejo periplo— ha conducido sus barcos en esta dirección... el Océano que rugie alrededor de la vasta extensión del mundo, es el mayor de los mares..., es el abismo que rodea las costas, el depósito salado de los mares... Una multitud de monstruos nadan en toda la extensión del mar; el gran temor que inspiran, llena estos parajes... Si en lugar de dirigirte hacia las islas Oestrymnicas (sobre la costa, al Este del cabo San Vicente), te atreves a aventurarte en el mar hacia los climas donde Lycaon hiela los aires (al Norte, doblando el cabo), llegarás al país que ocuparon los Ligures, hoy despoblado por la invasión celta<sup>5</sup>.*

Si convenimos con Blázquez, en que este pasaje nos indica la costa S. O. de Portugal, de donde los celtas arrojaron a los ligures, refugiándose estos últimos en las montañas, deberemos hacer remontar la fecha de esta invasión de la península, a una época anterior al viaje de Himilco, entre los siglos VI y VII.

Nótese que Avieno comienza su descripción por el fin de su expedición marítima, yendo de Occidente a Oriente, o sea, que describe el viaje de regreso. Desde el extremo S. O. de Portugal, o sea desde el cabo Sagrado u *Oestrymnis*, se dirige hacia el Este, donde reconoció dos golfos en el siguiente orden: el *Sinus Oestrymnicus* y el *Sinus Tartessius*<sup>6</sup>. En el primero, que se extiende desde el cabo San Vicente al cabo Santa María de Faro, coloca las islas Oestrymnicas donde abundaba el estaño y el plomo.

Entre ellas menciona la isla sagrada, habitada en parte por los *hibernios* (se ha propuesto leer: *iberos*, del río *Hiber* o *Iberus* = el río Tinto), y la isla de los *Albiones*. Los Tartessios de las cercanías, los colonos de Cartago y los que ocupaban los territorios próximos a las Columnas de Hércules, comerciaban con estas islas<sup>7</sup>.

La mayor parte de los comentaristas de la *Ora maritima* han exagerado las jornadas de estas primeras navegaciones; hay que tener en cuenta que barcos como aquellos sin puente, con fondo plano, a propósito para varar en las playas, no se alejarían mucho de las costas, teniendo que esperar a veces meses enteros a que soplaran vientos favorables. Así, el cartaginés Himilco cuenta que tardó cuatro meses en llegar a estos parajes (desde Cartago al cabo San Vicente), debido a las calmas y a las dificultades varias de una navegación lenta y penosa. Lo mismo nos confirman hoy, respecto a estas costas del Algarve, las *Instrucciones náuticas* francesas<sup>8</sup> y los *Derroteros de las Costas de España*<sup>9</sup> que cita Blázquez en su apoyo, añadiendo que, de ninguna manera se refiere el periplo a las grandes islas del Norte: Bretaña e Irlanda. Himilco no conoció estas islas; Pytheas que algún tiempo después de la expedición de Himilco, dobló el cabo de San Vicente, y se dirigió hacia el Norte, costeando Portugal, fue tal vez el primer griego que descubrió las islas Británicas.

La idea de colocar estas islas bajo el dominio de España, fue defendida hace más de un siglo por un profesor de latín de Huelva, un tal Pérez Quintero, en un folleto impreso en Sevilla en 1790, del cual debo un ejemplar a mi amigo D. Arturo Engel. El autor, contra la opinión de Flores, de Masdeu y de Camden, reclama para España la isla *Hibernia*, que él corrige *Iberia*, la isla de los *Albiones* y el grupo de las *Casiterides* que coloca sobre las costas de Galicia<sup>10</sup>.

Este emplazamiento de las islas *Hibernia* y *Albion* en España es, sin embargo, contraria a la declaración de Plinio, el cual no conoció el poema *Ora maritima*, puesto que murió más de dos siglos y medio antes de que Avieno fuese procónsul de África en el reinado de Valentiniano (366 de J. C.), tiempo en el cual, probablemente, escribiría su poema.

Plinio declaró que la Bretaña estaba alejada de la costa de los *Morini*: 50 M. P. de *Gessoriacum*, el punto más próximo, y que esta isla llevaba el nombre de *Albion*, cuando el de *Britania* se aplicaba al grupo entero; y esta afirmación la hacía treinta años después de la conquista romana. En cuanto a la isla vecina, la *Hibernia* (Islandia) tiene, dijo Plinio, la misma anchura que *Britania*, pero con M.

P. menos de longitud<sup>11</sup>. Se deduce de este pasaje que la cuestión, como hemos dicho al principio, dista mucho de estar resuelta.

Pero Blázquez nota que Pytheas en su expedición hacía el Norte de Europa, no menciona la isla de *Albion*, ni la de *Hibernia*, ni aun las *Casiterides* y solamente da a la isla mayor el nombre de *Britania*<sup>12</sup>. No hay, pues, razón alguna, según Blázquez, para creer que Pytheas descubriese estas islas en los mares del Norte de Europa.

Entre los autores consultados por Plinio, cuya lista figura en el primer libro de su *Historia Natural*, se encuentran Pytheas y el mismo Himilco. De este último, nos dice Plinio que fue enviado para explorar las partes exteriores de Europa, es decir, las costas situadas fuera de las Columnas de Hércules<sup>13</sup>; mientras que Hannon navegó sobre el Océano desde *Gadir* hasta los límites de Arabia, dando la vuelta al continente africano. Pero según el texto mismo del periplo de Hannon, del cual existe una versión griega, este no llegó más allá del país de los Etiopes, el actual Senegal, viéndose obligado a regresar por falta de provisiones<sup>14</sup>.

Volvamos a la *Ora maritima*. El primer golfo (desde el cabo San Vicente al cabo Santa María), tiene 95 kilómetros, que suponen dos días de navegación, según Avieno. Sobre toda la extensión de la *Ophiusa* (otro nombre del *Oestrymnis*, considerado como región), (del cabo San Vicente a la desembocadura del río *Anas*), a parte de las islas habitadas por los *hibernios* y los *albiones*, Blázquez llega a localizar las islas *Pelagia* y *Achale*, llamadas hoy Barreta y Caes, formando el grupo de islas de la punta de Faro y otra más, la isla *Petania*, la moderna Armazao, situada más lejos al Este, delante del puerto de Tavira.

Siret reconoce que Avieno enlaza tan íntimamente en la cita que de ellas hace las columnas de Hércules y el *Oestrymnis* que se podría suponer que eran dos regiones contiguas y a pesar de esto, cree deber localizar el *Oestrymnis* y la *Ophiusa* en Armórica o sea la Bretaña de Francia. En cuanto a las *Casiterides* según los griegos, las mismas islas *Oestrymnidas* de Avieno, son para él las islas del Morbraz en el Morbihan<sup>15</sup>.

Pero ni Siret, ni Déchelette tienen en cuenta que hubo sobre la costa meridional dos ciudades llamadas *Gadir*: la *Tartessos-Gadir*, en el delta del Guadalquivir y la *Gadir* cartaginesa, la *Gades* de los romanos, la actual ciudad de Cádiz.

Por su parte, el profesor Schulten, según su última publicación, *Hispania* (1920)<sup>16</sup>, hace recorrer al antiguo periplo toda la costa Oeste de la península, desde el cabo San Vicente, o promontorio Sagrado = *Iugum Cyneticum*, hasta el cabo Ortegaleja = *Aryium Iugum*, al Norte de Galicia, pasando el cabo Espichel = *Cempsicum Iugum*, con la isla Achale = Arrabida, y el cabo Roca, o promontorio *Ophiussae*.



Llegamos a la desembocadura del *Anas* (El Guadiana). Aquí el relato de Avieno no ofrece duda en cuanto al territorio descrito, ni a la dirección del periplo, yendo siempre de Oeste a Este.

En este punto (cuenca del río *Anas*) es desde donde he reconocido el litoral, compulsando los datos geográficos de la *Ora maritima*. A continuación de los principales pasajes del texto, tomados de una traducción francesa<sup>17</sup>, y a la vista de la que Blázquez da en su libro, ya citado, consignaré mis observaciones particulares.

EL RÍO ANA CORRE POR EL PAÍS DE LOS CYNETES... MÁS ALLÁ SE  
ABRE UN NUEVO GOLFO, LA COSTA DESCRIBE UN ARCO CUYA PARTE  
CÓNCAVA MIRA AL MEDIODÍA.

(*ORA MARITIMA*, VERSOS 205-207)

El antiguo *Anas*, el Guadiana, que baña el país de los *Cynetes* o *Cunei*, desemboca en el seno Tartessio.

EL ANA, SE DIVIDE EN DOS BRAZOS... ALLÍ SE ELEVAN DOS ISLAS: LA  
MÁS PEQUEÑA NO TIENE NOMBRE, LA OTRA HA LLEVADO SIEMPRE  
EL DE AGONIS.

(VERSOS 208-214)

El *Anas*, al desembocar, se dividía en dos brazos. El oriental, que ha desaparecido, estaba formado por dos islas que se extendían delante de la costa: la más pequeña, que no tenía entonces nombre, debía ser la isla Canela; la otra, *Agonis*, es la Higuera, llamada hoy isla Cristina. Sobre la orilla izquierda del brazo principal del *Anas*, en la época romana, se encontraba la mansión de los Itinerarios *Ostium Anae*, Ayamonte; y enfrente, sobre la orilla portuguesa, la antigua *Esuri* o Castro Marín.

DESPUÉS EL MONTE SAGRADO ELEVA SU FRENTE ERIZADO DE ROCAS; ESTÁ DEDICADO A SATURNO... DESDE ESTE LUGAR AL RÍO QUE PRECEDE, NO HAY MÁS QUE UN DÍA DE DISTANCIA. AQUÍ ESTÁ EL TÉRMINO DE LOS CYNETES; DESPUÉS SIGUE EL TERRITORIO DE LOS TARTESSIOS, REGADO POR EL RÍO TARTESSUS.

(VERSOS 215-225)

Si desde el Guadiana se dirige uno hacia el Este, ofrece la costa una extensión considerable de dunas y de marismas. Después de haber pasado el estuario de la Redondela, se ve, a lo lejos, un alto acantilado y sobre la parte más elevada hay una torre de los antiguos vigías marítimos, llamada la Torre del Catalán.

Esta altura, de unos 37 metros, indicaba, probablemente, en la antigüedad a los navegantes, la proximidad de la desembocadura del río Piedras. En la Torre del Catalán es donde, seguramente, hay que situar el monte consagrado a Saturno, a un día de navegación del río *Anas*, según Avieno. Esta Torre aparece a dos kilómetros al Oeste del río Piedras, cuya cuenca delimitaba la frontera de los Cynetes al Oeste y del territorio de los Tartessios al Este. Esta frontera se extendía probablemente por el Norte, hasta las fuentes del río Piedras, donde, a unos 30 kilómetros del mar, se encuentra Cabezas Rubias, la antigua *Ad Rubras*, cerca de la cual se eleva el Cerro de Andébal que, tal vez sería, como declaró Rodrigo Caro, un pico consagrado al dios ibérico Endovellico<sup>18</sup>, cosa que pensamos averiguar en otra ocasión.

Sobre los estuarios del río Piedras estaban dos poblaciones antiguas: una segunda *Carteia*, cuyo nombre se ha conservado hasta hoy, Cartaya y Lepe; esta última fue la *Laepa* de Pomponio Mela. La villa de Lepe está lejos de su estuario;

su emplazamiento actual se remonta probablemente a la invasión musulmana. La antigua *Laepa* estaba más próxima al mar; tal vez estuviese situada sobre las colinas de la Torre del Terrón, en la orilla derecha del río y ocupando las alturas llamadas Cerro Tinajeros y Cabezo de la Bella. Precisamente al pie de esta última colina, en terrenos del antiguo convento de franciscanos de Nuestra Señora de la Bella, hoy en ruinas, encontré en el cauce de un arroyo que estaba seco en la época de mi visita (en julio), numerosos tiestos, mármoles y tejas planas, que pertenecieron probablemente a la *Laepa* romana.

La propiedad está allí muy dividida; las tierras arenosas tan productivas, están plantadas, hoy como en los tiempos clásicos, de olivos y sobre todo de almendros y de higueras; los higos de Lepe son muy apreciados y se exportan a toda la península. Espesos vallados separan las plantaciones, viéndose en ellos, como en los tiempos antiguos, numerosas piaras de cabras de cuyo pelo, si no se hacen ya, como en tiempo de Himilco tiendas de campana y velas de barco<sup>19</sup>; todavía entretienen sus ocios los cabreros haciendo cuerdas, muy buscadas en la región para atar fardos y tender ropa.

DESDE AQUÍ SE LLEGA AL MONTE CONSAGRADO AL CÉFIRO... ALTOS PICOS SE ELEVAN SOBRE SU CIMA, SU ENORME MASA DOMINA EL ESPACIO, Y UNA NUBE, QUE HA ESTABLECIDO SOBRE ÉL SU ASIENTO ETERNO, OCULTA SU CABEZA...

TODO EL TERRITORIO INMEDIATO ESTÁ CUBIERTO DE ESPESAS HIERBAS; LAS DENSAS NIEBLAS OCULTAN A LOS HABITANTES LA BÓVEDA DEL CIELO... LA NOCHE ES ORDINARIAMENTE ABUNDANTE EN ROCÍO..., UNA PESADA BRUMA SE EXTIENDE SOBRE LA TIERRA, Y EL SUELO SE LLENA DE CHARCOS...

(VERSOS 225-237)

Se trata aquí de la cadena de colinas formada por los Cerros de la Media Luna y de las Herrerías, cuyas cúspides, destacándose sobre el cielo, distan siete u ocho kilómetros del mar, con un intermedio de lagunas saladas y de dunas de poca elevación. Se comprende, sin embargo, que para el navegante que pasa: «*Estos altos picos que se elevan sobre su cima... su masa enorme que domina el espacio*»,

serán exageraciones poéticas; mientras que la descripción de las brumas y nieblas marítimas, el rocío de la noche..., son verdades confirmadas por las *Instrucciones náuticas* mencionadas por Blázquez y que se refieren a los mares del Sur, el antiguo *Sinus atlanticus*. Leyendo estas instrucciones se creería uno transportado a las brumas de los países del Norte.

«En el golfo comprendido entre la costa Sur de la península la de África, las brumas son muy tenaces. A veces quedan suspendidas como una inmensa bóveda, y cuando anochece, avanzan sobre la costa, cubriéndola por completo. En verano, sobre todo, cuando las brisas del Sur son muy débiles, el horizonte está cubierto de una niebla espesa que produce tal refracción, que da lugar a efectos de espejismo muy notables»<sup>20</sup>.

Schulten coloca el *ingum zephiri* en Monte Gordo<sup>21</sup>, elevación de unos 51 metros sobre la orilla portuguesa del Guadiana, cerca de su desembocadura. Otro Monte Gordo, de 160 metros de alto, hay a 18 kilómetros del mar y a dos kilómetros de la orilla izquierda del río. Preciso es descartar estos dos montes, pues no es probable que Avieno, después de haber recorrido más de 20 kilómetros de costa en la misma dirección, volviese sobre sus pasos sin motivo alguno: la progresión hacia el Este es constante.

MÁS ADELANTE SE ENCUENTRA SOBRE UN CERRO UN MAGNÍFICO  
TEMPLO CONSAGRADO A LA DIOSA DE LOS INFIERNOS, SANTUARIO  
EXCAVADO EN LA ROCA, GRUTA DE UNA PROFUNDA OBSCURIDAD.

(VERSOS 241-243)

Llegamos a la única elevación que nos ofrece la costa hacia el Este: un monte formando una especie de promontorio cubierto hoy de árboles, por encima de los cuales se destaca el monasterio de La Rábida. Allí fue donde Cristóbal Colón comunicó al Padre Marchena su arriesgado proyecto de atravesar el Océano; el día 3 de agosto de 1492, salió del inmediato puerto de Palos, al que regresó victorioso siete meses y once días después. El monasterio de La Rábida, cuidadosamente restaurado, es hoy un monumento nacional, al que vienen en peregrinación los representantes de los países del nuevo Continente.

Himilco, 2000 años antes de Colón, reconoció, sobre esta altura un templo magnífico, consagrado a la diosa de los Infiernos: el *Ingum Proserpinae*, cuyo santuario estaba en una gruta oscura excavada en la roca, y que probablemente existe bajo el actual monasterio.

Se ha observado que debajo de otros varios templos del litoral había grutas o cavernas sagradas, que parecen recordar la existencia de un culto indígena anterior; tal vez ligure. Así, por ejemplo, bajo el templo de Venus, en la isla de Cádiz, antes de la fundación de esta ciudad, había un santuario abierto en la roca y un oráculo, según nos dice Avieno. Más allá, en el promontorio de Juno, bajo un templo erigido a esta diosa, es probable que hubiese también un santuario subterráneo; esto, por lo menos, parece indicarnos el nombre que los árabes dieron al Cabo de Trafalgar (Taraf-al-gar); es decir, el cabo de la caverna.

AL LADO SE HALLA UN EXTENSO PANTANO LLAMADO  
ÉTREFEA Y SE CUENTA QUE LA CIUDAD DE HERBA SE ELEVABA  
EN OTROS TIEMPOS EN ESTOS LUGARES; DESTROZADA POR  
LAS TEMPESTADES DE LA GUERRA, SÓLO HA DEJADO EN LA  
COMARCA SU RECUERDO Y SU NOMBRE.

(VERSOS 243-247)

Este lago *Etrefea* está representado por la Ría de Huelva y las marismas situadas al Oeste y al Sur de esta ciudad; la *civitas Herbi*, de Avieno, y más tarde la antigua *Onoba*, ciudad entonces destruida y cuyo emplazamiento debía estar en los cabezos que bordean el Odiel, alrededor de la antigua parroquia de San Pedro, donde debió encontrarse la ciudad ibérica y romana.

A un kilómetro próximamente al Norte de esta iglesia, en la cima de los cabezos, se encuentra el santuario de Nuestra Señora de la Cinta, donde aparecieron algunas grandes columnas de mármol, varias basas y otros vestigios, confirmando la existencia anterior en este lugar de un templo romano.

Haremos observar, de paso, que en esta costa, la ciudad indígena, ibérica, se encuentra generalmente sobre una elevación natural que se rodeaba de murallas

y donde sus habitantes podían refugiarse y defenderse de los continuos ataques de las gentes de mar extranjeras; tal era el caso de *Onoba* (Huelva), la *Laepa* antigua, y sobre todo Veger de la Frontera: la *Lacca* de origen ibérico, la ciudad del Lago de la Janda.

Las factorías fenicias, griegas y cartaginesas se establecieron preferentemente en las islas del litoral; tales como Saltés, *Tartessos* y la actual isla de Cádiz, sobre la que fundaron los cartagineses una población que fue en tiempo del Imperio romano uno de los puertos más célebres del mundo.

POR AQUÍ CORRE EL RÍO HIBERO... MUCHOS DICEN QUE LOS IBEROS DEBEN SU NOMBRE A ESTE RÍO (Y NO AL QUE NACE ENTRE LOS INQUIETOS VASCONES), PORQUE TODA LA TIERRA DE ESTA NACIÓN QUE HAY AL OCCIDENTE DEL MISMO SE LLAMA IBERIA. LA PARTE ORIENTAL COMPRENDE LOS TARTESIOS Y CILBICENOS.

(VERSOS 248-255)

El *Hiber* o *Iberus*, quizás el Río Tinto, debe haber dado su nombre al gran río del Norte: el Ebro. Este primer río *Hiber*, en el extremo meridional de la península, parece confirmar el origen africano de los Iberos. Se llamaba entonces *Iberia* a las naciones situadas al Occidente del Río Tinto; a Oriente se encontraban los Tartesios y más lejos, en la costa, los Cilbicenos.

SE ENCUENTRA INMEDIATAMENTE LA ISLA DE CARTARÉ, QUE SEGÚN UNA OPINIÓN, BASTANTE GENERALIZADA, FUE OCUPADA POR LOS CEMPSIOS...

(VERSOS 255-257)

Esta isla sería la *Sartaré* de Plinio, la isla de Saltés actual, al Sur de Huelva y al Oeste de La Rábida, donde se encontraron, en diferentes ocasiones, vestigios importantes de los romanos y de los árabes. Blázquez reconoce este emplazamiento; Schulten cree que se trata de la misma isla de *Tartessos* en el delta del Guadalquivir, sin considerar la cita que Avieno hace del Monte *Cassius*, punto intermedio en el orden que sigue en su descripción.

Este monte debía corresponder —dice Blázquez— a las alturas comprendidas entre Almonte y Moguer; pero estas no son visibles desde el mar. Creo más acertado buscar este monte en la misma costa; por ejemplo, en el Cerro del Asperillo, propuesto por Schulten, en la parte más elevada de las dunas de Arenas Gordas (113 metros de altitud). El nombre de Asperillo (asperón), parece indicar la formación de las barrancas de esta parte del litoral.

Joaquín Costa en sus *Estudios ibéricos*<sup>22</sup>, nos da una interesante información sobre la palabra *Cassiteros*<sup>23</sup>. Avieno, al hablar de una montaña situada al Norte del Lago Ligústico, de que hablaremos más adelante, nos dice que esta se llamaba *Argentarius* debido al estaño que resplandecía en sus laderas; Costa deduce de ello que los *Iberos* no tenían más que una palabra para designar la plata y el estaño. La raíz *Cast* o *Cassi*, en varias denominaciones geográficas de esta región, parece recordar estos metales. Aludiendo al nacimiento del Guadalquivir en la actual sierra de *Cazorla*, dice Estrabón<sup>24</sup>; el *Betis* desciende del Monte *Argyrius*, llamado así por sus minas de plata. También *Castlon* o *Castulo* hoy *Cazlona*, es el centro de un antiguo distrito minero de plomo argentífero. Blázquez cita además *Castuera*, en Extremadura, donde había minas de estaño y según él, esta región ha debido dar, tanto en la antigüedad como en época más reciente, mucha casiterita de aluvión y hasta procedente de minas, según un texto del autor árabe Al-Makkari; quien declara que existía en su tiempo una explotación de estaño frente a las islas del cabo Santa María, en el Algarve<sup>25</sup>. Estas islas, según Blázquez, serían precisamente las primeras Casiterides, las islas *Oestrymnicas* de Avieno, donde abundan el estaño y el plomo, y donde los Tartesios y los colonos de Cartago iban a buscar estos metales<sup>26</sup>.

Bérard recuerda que en tiempo de Herodoto procedía todavía de *Tartessos* el estaño de las Casiterides. La tradición relativa al Monte *Kassios* de Avieno,

puede contener, según Bérard, un fondo de verdad; durante la antigüedad la trashumancia debió siempre seguir los mismos caminos; de tiempo inmemorial, los pastores se dirigían, por las veredas con sus rebaños, de un extremo a otro de la península. Se supone que llevaban consigo oro y estaño del interior, hacia los puertos del Sur, pero no exactamente al Asperillo o monte Casio, que no era sino un punto elevado del litoral que indicaba a los navegantes la proximidad de *Tartessos*.

Todavía hay minas de estaño en España. Manuel Sales y Ferré en una excursión que hizo a Galicia, visitó una mina de estaño de cerca de dos kilómetros de extensión, en el término municipal de Maside, parroquia de San Martín de Lugo, y añade a propósito de esto: «Cuando se sigue, desde la desembocadura del Miño hasta el Ferrol, aquella costa gallega tan caprichosamente recortada como la de la Grecia en profundas bahías, rías y ensenadas, se adquiere la convicción de que los marinos fenicios debieron hacer alto durante mucho tiempo, tal vez durante siglos, en aquellas playas, antes de pasar adelante. Y esta idea que sugiere la vista de la costa, la confirman la multitud de explotaciones estanníferas, hoy abandonadas, que existen en el interior y que se remontan a fecha muy remota»<sup>27</sup>.

Por el teniente de Carabineros del puesto de la Torre del Oro, cerca del cerro del Asperillo, supe la existencia de una importante mina de estaño explotada por una compañía francesa en Verín, junto a la frontera de Portugal, cuyo puesto tuvo a sus órdenes hace poco tiempo. Por otra parte, un ingeniero de minas de Bilbao me ha informado de la costumbre que aún se conserva en el Noroeste de la península, de comprar a los campesinos lotes más o menos importantes de casiterita recogidos por ellos mientras apacentan sus ganados; de este modo se extrae anualmente una cierta cantidad de estaño sin pagar derechos al Estado. He aquí la supervivencia del comercio de minerales, indicada por Bérard<sup>28</sup>.

El gran arqueólogo Siret, que es además ingeniero de minas, nos dice que los aluviones dan la casiterita preparada por la naturaleza, desprovista de sus

gangas; para extraerla, no hay más que lavar las gravas, cosa muy sencilla. Gracias a la gran pureza del mineral, a igualdad de ley, se paga más cara que la de los filones<sup>29</sup>.

SE VE DESPUÉS UN TEMPLO QUE SE ELEVA SOBRE EL MAR, Y LA EMINENCIA DE GERONTE... SE LE VE DE LEJOS... HASTA AQUÍ LLEGAN LAS COSTAS DEL SENO TARTESIO: DEL RÍO TARTESO A ESTE PUNTO EL CAMINO PARA LOS NAVÍOS ES DE UNA JORNADA.

(VERSOS 261-267)

Pasando frente a la Torre de la Higuera, el navegante que mire a lo lejos hacia el Sur, verá dos rocas separadas por el mar. Sobre la primera, la punta del Perro, cerca de Chipiona, se encontraba un templo que dominaba el mar; sobre la otra, a dos kilómetros de la costa, había, sobre el arrecife o Piedra de Salmedina, una torre, el sepulcro legendario de Gerion.

Una profunda corriente marítima se aproxima a la costa, dice Avieno<sup>30</sup>, y sobre la roca de Salmedina se construyó, en tiempo de los romanos, el faro de Servilio Ceapion, descrito por Estrabón<sup>31</sup>; aquí terminaba el seno Tartesio. Desde el brazo occidental del Tarteso, que ha desaparecido totalmente, hasta la roca de Salmedina, había, según Avieno, un día de navegación.

EN ÉL (SENO TARTESIO) ESTÁ LA CIUDAD DE GADIR, NOMBRE QUE LOS CARTAGINESES DABAN EN SU LENGUA A LOS LUGARES CERCADOS DE MURALLAS. FUE PRIMERAMENTE LLAMADA TARTESSOS. ERA EN OTROS TIEMPOS UNA POBLACIÓN GRANDE Y RICA; AHORA ES POBRE, HUMILDE, DESPOJADA, ES UN MONTÓN DE RUINAS. PARA NOSOTROS, EXCEPTO EL CULTO DE HÉRCULES NADA VIMOS DE NOTABLE EN ESTE LUGAR... ES UNA ISLA QUE EL RÍO TARTESO, EXTENDIÉNDOSE A LO ANCHO FUERA DEL LAGO LIGÚSTICO, RODEA POR TODAS PARTES EN SU CURSO.

(VERSOS 268-285)

Después de haber descrito el seno Tartesio hasta su extremidad oriental, en la punta de Chipiona, el poeta vuelve sobre sus pasos para recordar la existencia, en estos parajes, de la antigua *Tartessos-Gadir*, sobre una isla formada entre dos

brazos del Guadalquivir, el Lago Ligústico (hoy las Marismas) y el mar. Parece que en la época del viaje de Himilco, la ciudad había sufrido un sitio y, al igual de la *Civitas Herbi* o Huelva, fue completamente destruida, salvándose solamente el tempo de Hércules.

ESTE RÍO NO CORRE POR UN SOLO BRAZO NI LLEVA SÓLO UNA  
CORRIENTE; PUES DEL LADO DE LA AURORA SE LANZA A TRAVÉS  
DE LAS TIERRAS POR TRES CAUCES, Y POR OTROS CUATRO SALE  
BAÑANDO LAS CIUDADES AL MEDIODÍA.

(VERSOS 286-290)

Si se entra por la boca actual del Guadalquivir, a unos doce kilómetros próximamente, se divide el río en dos brazos y un tercero se encuentra a 25 kilómetros más arriba, en la punta de la Horcada. Por otros cuatro cauces, que serán los estuarios descritos por Estrabón, se llegaba a las ciudades de la orilla izquierda, cuya existencia sería seguramente pre-romana: *Evora, Asta, Nabrissa, Ugía Searo...*

A estos estuarios del Guadalquivir Estrabón les da el nombre indígena de *Comba*<sup>32</sup>; es el nombre galés *Crom*, de origen celta, para designar un valle, una hondonada, tan frecuente en las denominaciones geográficas de Inglaterra y los países celtas de Francia e Italia.

MÁS ARRIBA DE LAS MARISMAS SE EXTIENDE EL MONTE  
ARGENTARIUS, LLAMADO ASÍ POR LOS ANTIGUOS A CAUSA DE SU  
BRILLO. EL ESTAÑO RESPLANDECE EN SUS LADERAS Y SE REFLEJA  
EN ÉL CUANDO EL SOL HIERE CON SUS RAYOS SU ELEVADA CIMA...  
EL RÍO TARTESO CORRE CARGADO DE PARTÍCULAS DE ESTAÑO Y  
LLEVA A LAS CIUDADES ESTE RICO METAL.

(VERSOS 291-298)

Al Norte del gran Lago Ligurio, cuyo nombre nos recuerda la anterior ocupación por los Ligures, se extiende el monte *Argentarius*, es decir, la Sierra de Arcena, que forma la extremidad meridional de la Sierra Morena: *Mons Marianus*, llamado así por el nombre del rico propietario de las minas de plata (de las minas de oro,

según, según Tácito)<sup>33</sup>: Sexto Mario, que en tiempo de Tiberio, fue arrojado por la Roca Tarpesa. Había en esta región, por entonces, algún estaño de aluvión y en las montañas mucha plata, cobre y plomo.

LA EMINENCIA DE GERONTE Y EL PROMONTORIO DEL TEMPLO  
ESTÁN, COMO HEMOS DICHO YA, SEPARADOS POR EL MAR. EL  
GOLFO SE DESLIZA ENTRE LAS DOS ROCAS ESCARPADAS: CERCA  
DEL SEGUNDO PASA UNA GRAN CORRIENTE DE AGUA...

(VERSOS 304-307)

Después de haber hablado de las montañas al Norte del Lago Ligurio, de los Etmaneos que habitan las planicies del interior, lejos del mar, de los campos fértiles de los Ileates y de los Cilbicenos que ocupan las partes marítimas, vuelve el poeta al promontorio de Geronte, hoy Chipiona, como hemos dicho, donde termina el Seno Tartesio, para continuar la descripción de la costa hacia el Este.

ELÉVASE MÁS ALLÁ EL MONTE DE LOS TARTESIOS  
SOMBREADO DE SELVAS.

(VERSOS 308-309)

Formando el macizo montañoso oriental del valle del Guadalquivir, opuesto al Monte *Argentarius* de Sierra Morena, el Monte de los Tartesios, cubierto de selvas, comprendía los territorios de Medina Sidonia, Arcos, Grazalema, etc. Estas montañas, como la parte meridional de Sierra Morena, estuvieron, desde la primera Edad del hierro, ocupadas por los *Celtici* cuya presencia, en tiempo de los Romanos, delataban todavía las costumbres de los montañeses y los nombres geográficos iguales a ambos lados del Guadalquivir.

SE ENCUENTRA DESPUÉS LA ISLA ERYTHEA CON SUS VASTAS  
CAMPIÑAS, EN OTRO TIEMPO BAJO LA DOMINACIÓN PÚNICA;  
PUES FUE PRIMERAMENTE OCUPADA POR COLONOS DE LA  
ANTIGUA CARTAGO. UN BRAZO DE MAR DE CINCO ESTADIOS LA  
SEPARA DEL CONTINENTE.

(VERSOS 309-314)

Esta población de la isla *Erythea* fue pronto abandonada a causa de su misma extensión (*con sus vastas campiñas*, como dice el autor), debía ser, probablemente, difícil de defender contra los ataques de los Iberos. El *Héracléum*, el célebre templo de Hércules, perteneciente a esta primera población, quedó donde fue construido en la extremidad Sureste de la isla, sobre el islote actual de Santi Petri. Este emplazamiento nos ha sido confirmado por los autores clásicos y por las antigüedades que han aparecido en aquel sitio; fue mansión de los Itinerarios de Antonino, sobre la vía romana de la costa y de otra vía antigua que, partiendo de Roma, terminaba en este templo, en el extremo meridional de la península, a XII M. P. = 18 kilómetros de Cádiz. *Erythea*, la isla llamada hoy de San Fernando o de León, está separada de la tierra firme hacia el lado Este, por el canal de Santi Petri, cuya anchura media es sólo de 200 metros.

LA ISLA DEL LADO DE PONIENTE ESTÁ CONSAGRADA A VENUS  
MARINA; ENCIERRA UN TEMPLO DE VENUS CON UN SANTUARIO  
EXCAVADO EN LA ROCA Y UN ORÁCULO.

(VERSOS 314-317)

La *Gadir* cartaginesa = *Gades*, Cádiz, no existiera entonces; su fundación se remonta probablemente a una fecha próxima y posterior a la de este periplo, en la extremidad occidental de la isla de *Erythea*, donde se encontraba este templo consagrado a Venus Marina, con un santuario y un oráculo.

DESDE ESTAS MONTAÑAS, QUE COMO HE DICHO ESTABAN CUBIERTAS  
DE SELVAS, HASTA EL PROMONTORIO DE VENUS, LA ORILLA SE  
EXTIENDE EN PENDIENTE SUAVE EN UN LECHO DE ARENA FINA,  
DONDE LOS RÍOS BESILO Y CILBO LLEVAN SUS AGUAS.

(VERSOS 317-321)

Desde la isla *Erythea*, Avieno, continuando hacia el Este, menciona dos ríos: el *Besilo* y el *Cilbo* que desembocan sobre un lecho de arena fina; entre el Canal de San Pedro y el Promontorio de Venus; este último, a mi modo de ver, no sería el cabo de Trafalgar o promontorio *Junonis* de los Romanos. Creo que debe llevarse este cabo de Venus a la punta de Tarifa; el *Besilo* sería el Barbate y el *Cilbo* el río de la Jara que, con el río de la Vega y el Salado desembocan en el mar, cerca de

Tarifa, por dos brazos muy próximos. El Lirio y el Salado de Conil, propuestos por Schulten, no son admisibles; el primero es un afluente del canal de San Pedro y el segundo de poca importancia, está seco en verano.

Blázquez propone el *Besilo* = Barbate y el *Cilbo* = Guadarranque. Este último; bastante alejado y situado al lado opuesto del promontorio de Venus, al pie del Peñón de Gibraltar, no es probable que sea el *Cilbo*. Respecto al *Besilo*, Blázquez cree reconocer cierta analogía entre las dos primeras sílabas de *Besilo* y el nombre de Veger, la ciudad del Barbate.

Yo creo que la analogía sería más fácil de establecer con el antiguo Puerto de *Baesippo* que estaba cerca de la desembocadura del río. He indicado en otra parte<sup>34</sup> el origen del nombre de Veger, como proviniendo de la *Lacca* romana: uno de los puertos de la Bética para el embarque de las ánforas de aceite de oliva hacia Roma (de 140 a 250 de J. C.) Aquí como en *Hispalis* (Sevilla), *Corduba* (Córdoba), *Astigi* (Écija), *Portus* (El Portal de Jerez), se hacía la revisión de esta exportación, según las inscripciones pintadas que presentaban los tiestos de ánforas recogidos en el Monte Testaccio, cerca de Roma. Esta población del Barbate fue sucesivamente llamada. *Lacca* = *Becca* = *Bejer* y Veger de la Frontera; la denominación céltica de *Lacea* fue aplicada a esta población antiquísima del Lago de la Janda. Así, el Barbate del tiempo de la Invasión musulmana, fue conocido de los cronistas árabes por el nombre de *Guadilacca* o *Guadibecca*.

DESPUÉS EL PROMONTORIO SAGRADO DIRIGE HACIA EL PONIENTE  
SUS SOBERBIAS ROCAS.

(VERSOS 321-322)

Sólo después de haber doblado la punta de Tarifa es cuando se pueden ver a lo lejos las soberbias rocas del promontorio sagrado = *Sacrum ingum* = *Calpé* = Gibraltar.

ESTE SITIO FUE LLAMADO HERMA POR LA ANTIGUA GRECIA. HERMA  
ES UN ESCARPE DE ROCAS QUE GUARNECEN LAS DOS ORILLAS DE UN  
LAGO. SITUADO ENTRE ELLAS.

(VERSOS 323-325)

Esta es la única vez que este lago, célebre de la región, el gran Lago de la Janda, es mencionado por un autor clásico.

El lago, que tiene actualmente dos leguas de largo por una legua de ancho, tenía en la antigüedad cuatro leguas de largo; está situado entre dos cadenas de montañas rocosas que presentan en cada orilla un estrecho paso; precisamente como indica el texto.

Es probable que por este *Herma* pasasen todas las invasiones africanas de la península, desde los tiempos primitivos de Ligures e *Iberos*, hasta los Bereberes y los Arabes. Se comprende que este camino del lago, no fuese mencionado por los Romanos; ellos habían establecido, desde el principio, su vía militar de la costa, pasando de una población a otra del litoral con las siguientes etapas: *Portas albus* (Algeciras), *Traducta* (Tarifa), *Cetraria* (Lances de Tarifa), *Mellaria* (Valdevaqueros), *Belon* (Bolonia) y *Baesippo* Castillo de Santiago del Barbate).

Según estos nombres, solamente dos de estas poblaciones serían pre-romanas: *Caesippo* y *Belon*, la *Bailo* de las medallas. Una trocha primitiva se dirigía desde los bordes del lago, cerca de *Facinas*, a la playa de Bolonia, de *Belone Claudia*, donde se embarcaban, según Plinio, para *Tingis* (Tánger) en África.

Solamente en la última invasión, la conquista musulmana (711), es cuando reaparece en la Historia el nombre del gran lago. La batalla que decidió entonces la suerte de España se libró a orillas del *Guadilacca*, es decir, del Río del Lago = El Barbate. Los Árabes dieron más tarde su nombre a la provincia meridional de Lidonia, que fue llamada por estos, provincia del Lago.

SOBRE EL CONTINENTE DE EUROPA, ESTE MONTE QUE HE DESIGNADO COMO HABIENDO RECIBIDO DE LOS HABITANTES EL NOMBRE DE SAGRADO, SE ELEVA AVANZANDO EN LAS ONDAS. ENTRE ESTOS DOS PUNTOS SE DESLIZA UN BRAZO DE MAR, A ESTE HERMA LLAMADO TAMBIÉN VÍA DE HÉRCULES... AQUÍ SE ENCUENTRAN LAS COLUMNAS DE HÉRCULES, LÍMITE DE LOS DOS CONTINENTES... SON DOS ROCAS IGUALES, ABYLA Y CALPÉ; CALPÉ ESTÁ SOBRE EL SUELO ESPAÑOL, Y ABYLA SOBRE EL DE ÁFRICA.

(VERSOS 333-345)

Llegamos, por fin, en este estudio de la costa al Monte Sagrado, la *Calpé* romana, que, con el Monte *Abyla* sobre el suelo africano enfrente, representaban para los antiguos las columnas de Hércules, límite de los dos continentes, a la entrada del estrecho, este otro *Herma* marítima.

YENDO DESDE ESTAS COLUMNAS HACIA OCCIDENTE, SE ENCUENTRA  
UN ABISMO SIN FIN; EL MAR SE EXTIENDE A LO LEJOS LOS FRENTES SE  
PROLONGAN; ASÍ LO REFIERE HIMILCO. NADIE HA CONDUCTIDO SUS  
BARCOS POR ESTE MAR...

(VERSOS 380-384)

Hannon había costeado el África, Himilco reconoció una parte de las costas de la península, más tarde Pytheas de Masalia se aventuró hasta el Norte de Europa, pero al poniente de las columnas de Hércules, nadie navegó jamás por el Océano misterioso, cuyo secreto no debió ser revelado a la humanidad, hasta dos mil años después.

## II EL RÍO, LA ISLA Y LA CIUDAD

Los primeros navegantes griegos conocieron el Guadalquivir con el nombre de *Tarteso*; el *Betis* de los romanos, que los indígenas anteriormente llamaban *Certis*, según Tito Livio<sup>35</sup>; o *Perkes*, nos dice Schulten, agregando que era probablemente su nombre ligure<sup>36</sup>. Se dieron, sucesivamente a la región bañada por este gran río, los nombres de Tarteside, de Turdetania y de Bética, este último correspondiendo a la Andalucía actual.

Los primeros fenicios que visitaron estas costas, construyeron sobre una isla del delta, el antiguo emporio de *Tarshish*: la *Tartessos-Gadir* que según Avieno, se encontraba sobre una isla que el río —ensanchándose fuera de las marismas ligústicas— rodeaba por todas partes. Se encontraba entre los dos brazos del río, teniendo al Nordeste el lago Liguro, representado por las actuales marismas, que se extienden hacia el interior más de seis leguas, y al Oeste, el Océano.

El brazo oriental o más bien del Surdeste, es el único existente hoy; el otro, el de poniente, que debía dar acceso a la población, parece haber desaparecido

completamente, siendo difícil determinar el sitio probable de su desembocadura. Con este fin me propuse recorrer toda la costa llamada Playa de Castilla, como lo hice el pasado verano de 1920.

He oído decir que esto mismo había hecho el profesor Schulten, pero no creo que ningún otro arqueólogo se haya aventurado a recorrer estas inhospitalarias costas de arenas voladoras, ni las marismas del interior en que tanto se padece de paludismo. Salvo los cuarteles de carabineros, distribuidos a lo largo de la costa, algunos de los cuales están contruidos entre las dunas y bastante alejadas del mar, la región está casi desierta.

Provisto de una buena recomendación de los Jefes de Carabineros de Huelva; se pusieron a mi disposición los dos tenientes, jefes de sección y los cabos de los puestos intermedios, proporcionándome cuantos medios de información pudieron.

Carabineros que habitan estos parajes desde hace quince o veinte años me acompañaron en mis excursiones, dándome sobre el terreno cuantas explicaciones podía desear; así supe lo que hubiera sido imposible averiguar de otra manera. No quiero dejar pasar esta ocasión para expresar aquí mi más profunda gratitud, tanto a los Jefes como a sus subordinados.

He aquí la lista de los puntos principales de este litoral, desde Huelva a Sanlúcar, que distan entre sí 81 kilómetros:

Playa de Castilla  
HUELVA

- |          |   |
|----------|---|
| 6.500 km | <i>La Rábida</i> .—Antiguo monasterio franciscano restaurado. Monumento nacional. |
| 1 km     | <i>Torre de la Arenilla</i> .—Antigua torre de vigía del litoral.                 |

- 8 km *Los Caños.*—Puesto de Carabineros. Arroyo procedente de las lagunas de agua dulce del interior.
- 5 km El Picacho.—En lo alto se encuentra el faro de la barra de Huelva.
- 3.500 km *Julianejo.*—Aquí comienzan las barrancas de unos 20 metros de altura y de donde desciende un abundante arroyo.
- 2 km *Mazagón.*—Arroyo que baja de las barrancas. Puesto de Carabineros.
- 4.500 km *Torre del Oro.*—Torre de vigía y de refugio de las antiguas defensas de la costa. Cuartel de Carabineros. Una trocha, que por encima de los cerros de arena, se dirige, hacia Moguer y otra hacia Almonte. Un abundante arroyo cuyo curso no tiene más que un kilómetro; su nacimiento encuéntrase a poca distancia del cuartel. Este arroyo está bien indicado en el *Mapa militar itinerario de España*, mientras que el antiguo mapa de Coello, de la provincia de Huelva (1870), me había inducido a error, en un principio, haciéndome suponer que este arroyo procedía del Abalado y de una gran laguna denominada del Invierno, bastante alejada.
- 2 km *Atarazana.*—Camino a El Abalarío y Moguer. Lugar de pesca. Grupo de chozas de pescadores en el verano.
- 3.300 km *Torre del Asperillo.*—Torre de vigía en ruina. Puesto de Carabineros formado de varias chozas, en lo alto. En la *Atarazana* comienza la parte más elevada de las dunas denominadas Arenas Gordas = *Harenci Montes* de los Ro-

manos (Plinio N. H., III, 7). A alguna distancia hacia el interior, se eleva, en medio de un desierto de arenas movedizas, El Cerro del Asperillo (113 metros de altura), cubierto hoy de arena hasta la cúspide.

- 6 km *Mala del difunto*.—Puesto de Carabineros. Aquí está la parte más peligrosa de la playa de Arenas Gordas, donde es muy expuesto aventurarse en marea ascendente; cuando las olas combaten la base de los derrumbaderos en una gran extensión, no ofreciendo refugio alguno.
- 0,700 km *Picacho dorado*.
- 3 km *Barranco colorado*<sup>37</sup>.
- 1.800 km *Almadraba de la Higuera*.—Puesto de pescadores de atún.
- 0,600 km *Torre de la Higuera*.—Torre de vigía en ruinas, alejada hoy de los cerros unos 60 metros hacia el mar. Puesto de Carabineros y de pescadores. El arroyo de la Higuera que figura en Lodos los mapas, está seco en el verano.
- 7 km *Matalascañas*.—Cuartel de Carabineros. Colonia veraniega de baños de mar compuesta de más de mil chozas de juncos y cañas. Tierra adentro se encuentra la gran laguna de Santa Olalla, a unos tres kilómetros. Un camino que atraviesa las dunas y las marismas se dirige hacia el Palacio de Doña Ana, el santuario del Rocío y la villa de Almonte.
- 5 km *Torre Carbonera*.—Antigua torre en ruinas. Cuartel de Carabineros. Un camino por las dunas conduce al Palacio de Doña Ana, pasando por la laguna de El Sopotón.

7500 km	<i>Torre Zaladar.</i> —Cuartel de Carabineros. Antigua torre de vigía, abandonada. El cerro del Trigo se encuentra a tres kilómetros al interior.
3.600 km	<i>El Inglesillo.</i> —Puesto de Carabineros. A tres kilómetros al interior se encuentra el nuevo Palacio de Las Marismillas.
5 km	<i>Torre de San Jacinto.</i>
2.800 km	<i>Punta de Malandar.</i> —Cuartel de Carabineros sobre la orilla derecha en la desembocadura del Guadalquivir, frente a <i>Sanlúcar de Barrameda.</i>
2 km	<i>Sanlúcar de Barrameda.</i>



Volvamos sobre nuestros pasos hacia el Noroeste. Hemos visto que las barrancas o derrumbaderos comienzan en el arroyo de Julianejo. Pasada la Torre del Oro, estos derrumbaderos tienen 30 metros de altura y más aún en la Torre del Asperillo y en la Mata del Difunto; no presentan abertura alguna, así que era inútil buscar en estos parajes el desaparecido brazo del río.

A medida que se avanza hacia el Sureste, desde la Torre de la Higuera, los derrumbaderos disminuyen de altura. Se pasan dos barrancas de arena rojiza, en un trecho de medio kilómetro, que no tienen más que unos diez metros de altura; un poco más lejos las barrancas desaparecen completamente y sigue una serie de dunas de poca elevación. A mitad de distancia, es decir, a tres kilómetros y medio entre los puestos de Carabineros de Torre de la Higuera y de Matalascañas, en el sitio mismo donde los Carabineros hacen el cambio diario de sus valijas (que llaman por esto *La Entrevista*) es el único punto de toda la costa donde, en la época de las grandes mareas, el mar penetra en las tierras formando varias lagunas

entre los cerros de arena rojiza. Examinando estas depresiones del terreno, que se encontraba seco en el mes de agosto, hallé en el suelo muchos tiestos, tales como un cuello de ánfora romana (que aquí nada prueba) y otros restos de alfarería de apariencia primitiva, cuya fractura negra me engañó al principio.

Creendo poder atribuir estos tiestos a la primitiva Edad de hierro, reconocí después que eran relativamente modernos, pues encontré entre ellos media olla como las que usan aún los pescadores. La acción del mar y de la arena había transformado de tal modo estos tiestos que fácilmente se podía uno equivocar<sup>38</sup>.

Subiendo a uno de los cerros que dominan el terreno, he visto cerca de allí un sitio donde la zona de las dunas paralela a la playa, no tenía más que unos cien metros de ancho, siendo así que en otras partes este espacio de arena varía de uno a dos kilómetros. Hace veinte años, es probable que estas arenas no existieran aquí; de manera que los pinos y la vegetación del interior se extenderían entonces hasta la misma playa, lo que me confirmó el Carabinero que me acompañaba.

Si admitimos que este punto de la costa, *La Entrevista* de los Carabineros, que los pescadores llaman *El vapor perdido*, es efectivamente la desembocadura del brazo desaparecido, no falta más que enlazar este punto con la serie de lagunas que, tierra adentro, parece aun indicarnos el antiguo curso del río. A dos kilómetros al Este (magn.) de *La Entrevista*, se encuentra el Charco del Toro, de poca extensión, pero, según dicen, muy profundo. A tres kilómetros al Este Sureste (magn.) de este charco, se encuentra la gran laguna de Santa Olalla, que por el mapa que nos sirve de guía<sup>39</sup>, más correcto que el de Coello, debe tener más de dos kilómetros de longitud de Este a Oeste y medio kilómetro de ancho. El río se dirigía después hacia el Sureste, Sur; y dos kilómetros más allá, penetraba en las Marismas, pasando por otros dos lagos llamados La Dulce y El Sopotón. Entre estas lagunas se ven otras menos importantes que están secas en verano y no figuran en los mapas.

Para darse mejor cuenta del antiguo cauce del *Tarteso*, tal como nos lo indica esta serie de lagunas, habrá que esperar la publicación de los mapas detallados del

*Instituto Geográfico y Estadístico*. La laguna La Dulce está indicada en el mapa de Coello; la de El Sopotón no figura más que en el mapa del *Itinerario militar*<sup>40</sup>.

Subiendo el río desde último punto, el brazo bordeaba la orilla de la isla a mano derecha, en una distancia de cinco kilómetros próximamente; después torcía bruscamente hacia el Este, donde recibía, por la orilla derecha las aguas del Rocío, del Guadiamar y del Caño Travieso<sup>41</sup>; desde allí continuaba en dirección Nordeste hacia el brazo de la Torre, por el cual las embarcaciones podían subir el río, reuniéndose al otro brazo —el principal en todas las épocas— en la extremidad Norte de la Isla Menor.

El Guadiamar, el primitivo *Menoba*<sup>42</sup> alimentaba este brazo de la Torre que existía en tiempo del antiguo periplo, puesto que Avieno nos dice: *por el brazo del Este* (el actual del Guadalquivir) *el río se lanza a través de las tierras por tres ramas* que son: este brazo de la Torre, el brazo principal llamado de Tarfia y el ramal al Este de la punta de la Horcada. *Otros cuatro canales*, añade Avieno (que son los estuarios al Este de Las Marismas), *bañan las ciudades del Mediodía*, las cuatro poblaciones mencionadas anteriormente: *Evora, Asta, Nabrissa* y *Ugía*.

En la orilla de la antigua isla de Tartessos, opuesta al mar, por la parte del coto de Doña Ana<sup>43</sup>, se nota, dando vista a las marismas, tres alturas a dos kilómetros y medio de distancia una de otra que, en la antigüedad sirvieron, probablemente, de vigía.

Estas alturas, más o menos artificiales, están designadas en el mapa de Coello con los nombres de *Montón de Trigo*, *Altos de la Cebada* y de *Carriuchal*. Desde el Cerro del Trigo, que se encuentra en el límite del pinar de la Marismilla, se podían observar los barcos que se aproximaban descendiendo el río por uno y otro brazo.

Ya se comprende que la vigilancia de estos primeros colonos de *Tarshish* se dirigía, más bien del lado de tierra, poblado por los Iberos, que del Océano donde eran entonces los amos. Por mi mapa del delta del Tarteso, se da uno cuenta de que

estos tres puntos de vigía, dominan la parte vulnerable de la isla que no estaba bañada por el río, en una extensión de seis a ocho kilómetros, frente a las marismas y por donde se podía temer sobre todo en verano, un ataque de los Iberos.

Esta isla de *Tartessos*, así limitada al Noroeste por el curso del antiguo brazo, tenía entre las dos desembocaduras una longitud de 26 kilómetros, por un ancho medio de cuatro kilómetros. Del lado del mar, la erosión de las costas desde los tiempos primitivos debió ser considerable; quizás de más de dos kilómetros. Estrabón nos dice que la isla comprendida entre los brazos del río intercepta en la costa una extensión de 100 estadios (19 kilómetros), según unos, y más aún según otros.

Pero Estrabón ignoraba el verdadero emplazamiento de esta isla que creía situada entre el brazo actual del Guadalquivir y la bahía de Cádiz. Así nos dice que por allí se encuentran el oráculo de Menesteo y la Torre de Ceapión. Hay que suponer que el oráculo no debía estar muy alejado del Puerto de Menesteo, hoy Puerto Santa María, en frente de Cádiz; este oráculo se encontraba quizás en Rota, donde se han hallado vestigios antiguos de un templo<sup>44</sup>. En cuanto al faro de Ceapion, este se elevaba, como ya se ha dicho, sobre el arrecife de Salmedina, cerca de Chipiona.

Pomponius Mela, que nació en *Tingentera* o *Julia Traducta*, hoy Tarifa, es de todos nuestros autores, el que mejor ha descrito esta parte de la costa meridional. Mela nos dice que después del faro que llama el sepulcro de Gerión, está la desembocadura del Betis que, descendiendo de la Tarraconense, forma un gran lago antes de arrojar al mar *por sus dos brazos*, con la misma fuerza de corriente que si vertiera por un solo cauce. Pero en esta época, en tiempo de Claudio (42 50 de J. C.), la población que se encontraba sobre la isla había desaparecido. Según el pseudo Scymno de Chío, las dos ciudades existían todavía noventa años antes de J. C., la Tartessos del delta y la Gadir cartaginesa o sea *Gades*.

En el golfo, el Seno Tartesio, entre las bocas del Guadalquivir y del Guadiana, menciona también Mela tres pequeñas poblaciones marítimas en el orden siguiente, a partir del Este: *Olontigi*, *Onoba* y *Laepa*<sup>45</sup>. La situación de *Onoba* y de

*Laepa* ha sido ya reconocida en los estuarios del Odiel y del Río de las Piedras; *Olontigi*, debía, por tanto, encontrarse al Este del Odiel, sobre el estuario del Río Tinto, en Moguer o sus inmediaciones, como ya lo hizo notar en 1630 el sagaz arqueólogo y humanista Rodrigo Caro<sup>46</sup>. Por un amigo de Moguer he sabido de un emplazamiento de población antigua en dirección a Palos en el sitio llamado Las Brujas, que, a juzgar por la importancia de las antigüedades que se descubren en él, podría ser el solar de *Olontigi*. Era de todo punto inútil buscar esta población en la costa de Arenas Gordas, en las Torres de la Higuera o del Oro, donde los elevados derrumbaderos, seguidos de tres zonas paralelas de arenas movedizas, no protegen las praderas del interior, como algunos suponen; estos terrenos productivos no existen aquí<sup>47</sup>. Desde lo alto del Asperillo, hasta donde alcanza la vista, hacia el Norte, el Este o el Oeste, no se ve más que una inmensa llanura inculta, pues la vegetación de que está cubierta, apenas sirve para el ganado.

Esta llanura está salpicada de numerosos charcos y lagunas; el mapa *itinerario militar* indica unos sesenta; ellos nos recuerdan que en época, sin duda muy remota, estos terrenos, como las marismas próximas al río, debieron estar cubiertos por las aguas.

Estas marismas antiguas y actuales ocupan desde Los Palacios al Este, hasta Palos al Oeste, 90 kilómetros de longitud y desde Villamanrique al Norte, hasta la desembocadura del Guadalquivir al Sur, 50 kilómetros, formando una superficie de más de 3.000 kilómetros, donde no se ve hoy población alguna ni siquiera aldea, sino solamente algunos grupos diseminados de chozas que sirven de refugio a los ganaderos. Sin embargo, en una isla de esta costa, los primeros navegantes que visitaron estos parajes, en plena Edad del Bronce, fundaron, hacia el año 1100 a. de J. C., la antigua ciudad que llegó a ser el emporio occidental del comercio del estaño, del oro y del cobre.

Según el famoso capítulo XXVII de Ezequiel, unos 600 años a. de J. C., los Tirios enviaron desde este puerto de *Tarshish* a la metrópolis: plata, hierro, estaño y plomo, los metales más útiles que España producía en abundancia. Profetizando

Ezequiel el fin de la hegemonía ejercida por los Fenicios, dice: *Los navíos de Tarshish han sido los principales de tu comercio... ¿Qué ciudad fue nunca como Tiro, que ha sido destruida en medio del mar?... Tu comercio y toda la multitud han caído contigo... Tú no serás nunca restablecida...*

La caída de Tiro debía necesariamente llevar consigo la pérdida de las factorías fenicias más alejadas; *Tarshish* fue conquistada por los *Iberos, Tartesios, Turdetanos*; es sabido que estos tuvieron que someterse en lo sucesivo a los Cartagineses, que dominaron España militarmente.



En la playa de esta isla sobre la cual se levantó *Tartessos*, a poca distancia del lugar que debió ocupar el desaparecido brazo del río, se eleva todos los años, como por encanto, una estación balnearia, única en España, compuesta de un millar de chozas verdes construidas con la vegetación de las marismas contiguas: juncos, retama, arrayanes y lentiscos, cubriendo su almacén de cañas y ramas de pinos.

Esta extraña población, que no dura más que los meses de julio y agosto, se llama Mata de las Cañas, o más frecuentemente, en una sola palabra, *Matalascañas*; se extiende por la playa en más de dos kilómetros y a veces, detrás de una primera línea, hay otras dos calles paralelas.

Aquí se reúnen para bañarse y disfrutar de la brisa del Atlántico, bajo el sol semitropical de Andalucía, de tres a cinco mil personas, que proceden de los pueblos del antiguo condado de Niebla y del Aljarafe de Sevilla, al Norte de la inmensa llanura de las Marismas.

Estas gentes para dirigirse a la orilla del mar atraviesan el llano de noche, en carros tirados por cinco y hasta ocho mulas en reata, llevando consigo toda su impedimenta: camas, colchones, muebles, utensilios de cocina y provisiones.

Aunque forma parte del término de Almonte, en esta colonia efímera no hay ninguna autoridad; sólo en casos de querellas entre los colonos, lo que pocas veces ocurre, el Jefe del inmediato puesto de Carabineros es llamado para intervenir.

Fuera de esto no hay, en Matalascañas, ni alcalde, ni juez, ni cura; y, a veces, esta aglomeración de bañistas, compuesta de familias con muchos niños, hasta se ha encontrado sin médico, lo cual es más grave; en este detalle se reconoce el descuido en general del andaluz. Los niños débiles que van a Matalascañas mueren algunos en el camino; en cambio, los que han podido pasar Las Marismas, esta otra laguna Estigia, se curan pronto, gracias a la pureza del agua de las dunas, filtrada por la arena y al aire sano del mar.

A mi llegada a Matalascañas, me alojé en una choza, más espaciosa que las demás, situada hacia el centro de la colonia y sobre la cual se veía de lejos ondear la bandera nacional: era el casino y la fonda de la colonia.

En la parte reservada a los turistas, como yo, había un extenso comedor con mesa redonda, bastante bien organizada. En cuanto al dormitorio, tuve que compartir la habitación con otros dos huéspedes: un crupier y un joven labrador cuyo caballo estaba amarrado por la noche a un poste a la entrada de la fonda. Sobre una cama rústica de crin vegetal, dormí admirablemente, después del cansancio del día. Mis compañeros de cuarto y de mesa resultaron gentes de buen trato, como lo son generalmente los andaluces. Yo pasaba allí por ingeniero y creían que había ido a estudiar un proyecto de instalación eléctrica en Matalascañas.

Todas las mañanas salía acompañado de un Carabinero para reconocer la cercanía: primero la playa, después las dunas y las marismas del interior. Así fue como *el 18 de agosto de 1920*, fecha para mí memorable, tuve la satisfacción de descubrir *La Entrevista*, el sitio donde debía desembocar el antiguo brazo del río, cuyo curso probable seguí después, pasando, como antes se ha dicho, por los cuatro lagos llamados: Charco del Toro, Santa Olalla o La Pajarera, La Dulce y El Sopotón.

Esto es todo lo que he podido hacer allí; indicar la dirección, casi segura, que debió seguir el río, al bañar la costa Norte de la isla por la parte de las marismas, y donde, en su día, habrá que buscar en aquel sitio los antiguos muelles de Tartessos, entre la laguna El Sopetón y la altura de Carrinchal.

Yo había venido a Matalascañas muy dispuesto a emprender estos trabajos, para los cuales disponía entonces de los fondos necesarios. Pero, desgraciadamente, el sueño de estas venerables ruinas no será turbado en mucho tiempo; los propietarios del terreno negáronse a concederme el permiso que atentamente les pedí para practicar en él las necesarias excavaciones; y como, por otra parte, me enteré de que los guardas del coto estaban prevenidos contra la intrusión de los arqueólogos, comprendí que no me quedaba ya nada que hacer allí, y bajo esta impresión regresé desalentado del todo a mi rústico alojamiento de Matalascañas. Allí intenté consolarme de mi decepción en medio de esta alegre juventud y de estos bañistas, que pasan el tiempo jugando tendidos en la arena, como los pícaros de Zahara de los Atunes, que describe Cervantes<sup>48</sup>, o conversando agradablemente con otros, sentados a la sombra, delante del casino, mientras saborean el excelente vino del Condado.

Pero nada podía distraerme del pensamiento que me preocupaba y soñaba siempre en esta misteriosa *Tartessos*, en la importancia de su puerto desde los primeros tiempos de la Historia, en su templo de Hércules que, como lo declara el antiguo periplo, permanecía aún en pie después de la destrucción de la ciudad<sup>49</sup>. Pasaba revista a los objetos de su comercio que encontré en los Alcores de Carmona<sup>50</sup>, en túmulos de la primera Edad de Hierro; toda esta pacotilla oriental distribuida en el inferior del país entre las tribus iberas del valle, a cambio de los numerosos productos indígenas, tales como el oro, la plata, el cobre, el plomo, el hierro, el estaño de los aluviones, las pieles, la lana, el pelo de cabra, la miel, la cera, el vino, el aceite, el esparto, el lino y el algodón; este último habían aprendido a cultivarlo y con él, en la primera Edad del hierro, se fabricaban aquí, como en Egipto, finas telas plisadas<sup>51</sup>. Evocaba yo con el pensamiento las

costumbres ibero-fenicias de estos primeros mercaderes y las de los Tartesios o Turdetanos del valle, en cuya civilización tanto habían influido los invasores celtas y cartagineses.



Mi atención fue entonces atraída por un grupo que avanzaba por la playa conduciendo tres terneras; estas fueron amarradas a unas estacas clavadas en la arena: era el matadero de la colonia. Unos matarifes con los brazos remangados, sacrificaron ceremoniosamente estas víctimas a la vista del público, ante la inmensidad del Océano, en el momento en que el sol, descendiendo sobre el horizonte, iluminaba la *pseudo-Tartessos* con sus últimos rayos...

A la mañana siguiente, antes de amanecer, salí de Matalascañas dirigiéndome hacia Sanlúcar de Barrameda y Bonanza, donde tenía que embarcarme para subir el Guadalquivir hasta Sevilla.

**Castillo de Mairena del Alcor, 15 de noviembre de 1920**



## NOTAS

El importante trabajo histórico-geográfico, que debido a la pluma de nuestro sabio correspondiente D. Jorge Eduardo Bonsor, nos ha sido remitido desde el Castillo de Mairena del Alcor (Sevilla), donde reside, había producido una correspondencia interesante entre el Sr. Bonsor y nuestro Numerario Sr. Blázquez, acerca de la prioridad en el reconocimiento del terreno objeto de este estudio y la localización del desaparecido brazo del Tartesso. Como aclaración para dejar bien zanjada la indubitable prioridad del Sr. Blázquez, en carta del Sr. Bonsor de 15 de marzo último a dicho señor, aquel dice:

«Del asunto de Tartessos, no tengo inconveniente declarar que en sus estudios opinó usted que el brazo del Tartesso estuvo entre Río de Oro (*Torre del Oro*) y la boca actual del Guadalquivir; pero como la distancia entre estos dos puntos es próximamente de 50 kilómetros, he creído mejor recordar otra declaración de usted en 1894, en su artículo sobre “Las costas de España en la época romana” (*Boletín de la Real Academia de La Historia*, tomo XXIV, pág. 413), que se aproxima más al sitio que yo llamo La Entrevista, donde creo estuvo el desaparecido brazo del Tartesso».

Así es que me propongo introducir en mi texto la nota siguiente:

«Ya desde 1894, Blázquez, sin haber reconocido el terreno y refiriéndose únicamente al estudio de los mapas con todas sus imperfecciones, llegó a localizar la antigua desembocadura del río, entre la Torre de la Higuera y la de Carbonera, pasando este brazo por la inmediación de la Laguna de Santa Olalla» (Antonio Blázquez: “Las costas de España”, lugar citado).

La distancia entre estas dos Torres es algo menos de 10 kilómetros, y el examen del terreno no deja duda que pasaba este brazo por *la misma Laguna de Santa Olalla* que usted menciona.

La Redacción del *Boletín*.

- 2 George Bonsor: «Les villes antiques du détroit de Gibraltar». *Bulletin Hispanique*. Juillet-Septembre 1918, pág. 141.
- 3 J. Bonsor: «El terremoto de 1504 en Carmona y en los Alcores». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. Tomo XVIII, 1918, página 115.
- 4 Antonio Blázquez: *El Periplo de Himilco*. Madrid 1909.
- 5 Avieno: *Ora maritima*, versos 113-119).
- 6 No da entonces nombre a este segundo golfo, pero más adelante lo llama seno Tartessio, *Ora maritima*, verso 265.
- 7 Avieno: *Ora maritima*, verso 113.
- 8 *Les Instrutions nautiques des côtes d'Espagne et du Portugal*. París, 1905.
- 9 *Los Derroteros náuticos de las Costas de España y Portugal*, Madrid, 1880.
- 10 El título del folleto es largo y curioso:

†  
DISERTACIÓN CRÍTICO-TOPOGRÁFICA  
**Las Casiterides**  
RESTITUIDAS A SU VERDADERO SITIO  
POR HABERLAS DISLOCADO  
EL INGLÉS CAMDENY OTROS SABIOS  
EXTRANJEROS  
CUYA SENTENCIA HA SOSTENIDO NUEVAMENTE  
EL ERUDITÍSIMO SEÑOR ABATE  
DON JUAN FRANCISCO DE MASDEU  
SU AUTOR  
DON MIGUEL IGNACIO PÉREZ QUINTERO  
PROFESOR DE LATINIDAD Y RETÓRICA CON REAL APROBACIÓN  
Y CATEDRÁTICO PROPIO POR OPOSICIÓN, EN LA VILLA DE HUELVA  
AÑO 1790  
EN SEVILLA, EN LA IMPRENTA DE VASQUIZ E HIDALGO

En una nota final declara el autor que después de una tardanza inexplicable de más de ocho meses de la publicación de su folleto, D. José Cornide publicó un volumen en el que proponía la misma reducción de estas islas, sobre la costa Noroeste de la Península.

**11** Plinio: *H. N.*, L. IV, 30, 1.

**12** V. Collegari-Pythea di Massilla, Feltre, 1914, citado por Blázquez. *Periplo de Himilco*, Madrid, 1909, pág. 14.

**13** Plinio: *H. N.*, L. II, 67.

**14** Geo. Raadinson: *History of Phoenicia*, London, 1889, pág. 389.

**15** Louis Siret: «Les Cassisterides», *L'Anthropologie*, tomo XIX, 1908, página 136.

**16** Adolf Schulten: *Hispania (Geografía, Etnología, Historia)*. Traducción española de Pedro Bosch Gimpera y Miguel Artigas Ferrando. Barcelona, 1920.

**17** Avieno: *Ora maritima*. Traducción de Depris N. Sariat (1843), con algunas correcciones.

**18** Rodrigo Caro: *Convento Jurídico de Sevilla (1634)* ad Rubras.

**19** Avieno: *Ora maritima*, verso 218, Schulten nos da la traducción siguiente de este pasaje:

«*Castrorum in usum et nauticis velamina* = para los vestimentos de soldados y marinos». *Hispania*, traducción española, 1920, pág. 65.

**20** *Les Instructions nautiques des côtes d'Espagne et du Portugal*. París, 1905.

**21** Avieno: *Ora maritima*, verso 235. Schulten: *Hispania*, 1920, página 40.

**22** Joaquín Costa, *Estudios Ibéricos*. Madrid, 1891-1895, pág. 91.

**23** Acerca de esta palabra de origen celta probablemente, véanse las célebres monografías de Salomón Reinach *Le mirage oriental* y *Un nouveau texte sur l'origine du commerce de l'etain*.

**24** Estrabón: *Geogr.*, III, II, 11.

**25** Al-Makkari: Edic. de Leyden, T. I, pág. 91; citado por Blázquez.

**26** Avieno: *Ora maritima*, verso 113.

**27** Manuel Sales y Ferré: Nota a la traducción de la *Historia de Asiria*, de Zenaida A. Ragozín.

La explotación de las minas de estaño en Galicia, que Sales y Ferré supone de los fenicios, se debe, probablemente, a los cartagineses.

- 28** Víctor Bérard; «Les Phéniciens et l'Odyssee». *Revue archéologique*. Juillet-Avril 1901. T. XXXIX, pág. 106.
- 29** L Siret: «Les Cassiterides et l'Empire colonial des Phéniciens». *l'Anthropologie*. T. XIX, 1908, pág. 141.
- 30** Avieno: *Ora maritima*, verso 307.
- 31** Estrabón: *Geogr.*, L. III, I, 9.
- 32** Estrabón: *Geogr.*, L. III, II, 4.
- 33** Tácito: *Anales*, VI, 19.
- 34** George Bousor: «Les villes antiques du Detroit de Gibraltar», *Bulletin Hispanique*, 1918, pág. 141.
- 35** Tito Livio: L. XXXIII, 22.
- 36** A. Schulten: *Hispania*, Barcelona, 1920, pág. 49. Según Costa, esta denominación, *Perkes*, mencionada por Esteban de Bizancio, debe aplicarse a otro río *Betis*, el actual Palancia, que bañaba los muros de la antigua Sagunto. J. Costa: *Estudios ibéricos*, pág. 159.
- 37** Dos puntos sucesivos de los derrumbaderos de arena rojiza que figuran en el mapa del término de Almonte del Instituto Geográfico y Estadístico.
- 38** Hago esta observación para evitar que otros se equivoquen a la vista de estos restos, recogiendo inútilmente un saco lleno, como me pasó.
- 39** Término de Almonte (Huelva) 1:25.000, copia al ferroprusiato.
- 40** Ya desde 1894, Blázquez, sin haber recorrido el terreno y refiriéndose solamente al estudio de los mapas con todas sus imperfecciones, llega a localizar la antigua desembocadura del río entre La Torre de la Higuera y la de la Carbonera. *Boletín de La Real Academia de la Historia*. Tomo XXIV, pág. 413.
- 41** Hay que suponer que el Caño de Brenes no existía entonces.
- 42** Plinio: *N. H.*, III, 3, 7.
- 43** Esta magnífica propiedad de los Duques de Tarifa, se denomina frecuentemente *Oñana* o *Doñana*; he creído deber restablecer el antiguo nombre que proviene de *Doña Ana* de Silva, mujer de un duque de Medina Sidonia.
- 44** Hübner: *Arqueología de España*, pág. 249.
- 45** Pomponio Mela: III, I.

- 46** Rodrigo Caro: *Antigüedades y principado de Sevilla y Corografía de su convenio jurídico*. Cap. LXXVII. «Este año de 1630 en que yo escribo esta corografía». Cap. XLVII.
- 47** Antonio Blázquez: «Las costas de España en la época romana», *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo XXIV, pág. 414.
- 48** Cervantes: *La ilustre Fregona*. *Novelas ejemplares*.
- 49** Avieno: *Ora maritima*, verso 273.
- 50** Jorge Bonsor: «Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Bétis». *Revue Archéologique*. Tomo XXXV, 1889.
- 51** Jorge Bonsor: *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Bétis*. tirage a part, pág. 52.

JORGE BONSOR

---

# EL COTO DE DOÑA ANA

(UNA VISITA ARQUEOLÓGICA)



MADRID  
TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"  
CÓRDOBA, 11011. 1.  
1922

# EL COTO DE DOÑA ANA

(UNA VISITA ARQUEOLÓGICA)

TIP. DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS»  
MADRID 1922



## EL COTO DE DOÑA ANA (UNA VISITA ARQUEOLÓGICA)<sup>1</sup>

Salimos de Sevilla en uno de los vapores que, en verano, hacen el servicio de viajeros entre esta capital y Bonanza.

Descendiendo el Guadalquivir, se pasa delante de las antiguas poblaciones de origen ibérico (Tartesia o Turdetana), situadas sobre unas alturas ribereñas, más o menos elevadas, que constituían la fortaleza primitiva, el *oppido* céltico de la primera Edad del Hierro; aparecen en ambas orillas en el orden siguiente:

HISPALIS	Orilla izquierda. Sevilla.
OSSET	Orilla derecha, Cerro de Chavoya, San Juan de Aznalfarache.
?	Una altura en la orilla derecha, donde hoy se encuentra el pueblo de Gelves.
CAVRA	Orilla derecha. Coria del Río.

?	Otra elevación de la orilla derecha, hoy ocupada por Puebla del Río y donde Ceán Bermúdez sitúa la estación desconocida de Massia.
ORIPPO	Orilla izquierda, casi frente a Coria. Torre de los Herberos.
SALPENSA Y SIARO	Más alejadas de la orilla izquierda del río. Falcialcázar y Zarracatín.

Se entra en seguida en las marismas del Guadalquivir, que se extienden varias leguas hacia el Oeste. El antiguo periplo, fuente de la *Ora marítima*, designa estas marismas con el nombre de *Lacvs Ligvstinvs*<sup>2</sup>, recordando la presencia de los ligures en estos parajes, antes de los iberos tartesianos. El río *Menoba*<sup>3</sup>, el Guadiamar, desemboca en este Lago Ligur.

A mano derecha se encuentran las islas Mayor y Menor, que también existían entonces, puesto que Avieno menciona los tres brazos del río por el Este, los cuales formaban estas islas, y agrega: *más lejos, del lado de la Aurora, cuatro canales* —que serían los estuarios de Estrabón— *bañaban las poblaciones del mediodía*<sup>4</sup>, cuyo emplazamiento conocemos, sobre una serie de colinas elevadas que dominan estos estuarios. Este pasaje de la *Ora marítima* nos confirma la existencia de las poblaciones siguientes desde aquellos tiempos tartesinos:

EBVRA	Cortijo de Eborá, a seis kilómetros de Sanlúcar de Barrameda.
ASTA O HASTA REGIA	Mesa de Asta, cerca de Jerez.
NABRISSA	Lebrija.
VGIA	Castillo de Alocaz.



A nuestra llegada a Bonanza, un barquero que había sido avisado por el administrador en Sevilla del Duque de Tarifa, nos pasó inmediatamente a la orilla opuesta, donde nos esperaba un guarda con los caballos. Hablo en plural porque desde Sevilla me acompañaba un amigo ingeniero de minas que iba a ayudarme en esta exploración arqueológica del Coto; pero antes de que desembarcáramos, el guarda que llevaba los caballos informó a mi amigo de que por teléfono le llamaban urgentemente desde Sevilla. Tuvimos que separarnos y regresó él a Bonanza, mientras yo obligado desde entonces a continuar solo en el descubrimiento de Tartessos, seguí al guarda a través del espeso bosque de pinos hacia el palacio de La Marismilla, donde llegué a las dos de la tarde. Impaciente por ver el *Montón de Trigo*, a seis kilómetros de allí, resolví continuar mi camino. Este *Montón* no es un túmulo, como me había figurado; sino más bien era un antiguo punto de vigía que dominaba esta parte de las marismas. Es un cerro artificial formado de arena, de barro y de capas sucesivas de vegetación de varios siglos; sirve actualmente de vértice geodésico.

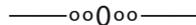
Pero, en fin, esta elevación no tenía relación alguna con la Tartessos que buscábamos; era simplemente el puesto de observación de un poblado romano que se descubrió cerca de allí, en 1902, donde, a una profundidad que variaba de 0,80 a 1,50 metros, se encontraron trozos de muros mamposteados con piedras informes, restos de ladrillos y tierra de la marisma.

De estas piedras se sacó la cal para la construcción de los nuevos edificios de La Marismilla. El horno existe aún; pero siendo muy mala la cal que suministraban dichas piedras, se dio orden, según me dijo el guarda, de parar estos trabajos. Sin embargo los grandes hoyos que quedaron abiertos me permitieron reconocer en este sitio el emplazamiento de un poblado importante que se extendía de Norte a Sur más de un kilómetro. Entre estos numerosos vestigios romanos, la abundancia de tejas planas denota que se componía este pueblo de construcciones estables, con techos, más bien que de simples chozas rústicas. Comprobé también que estas casas tenían *atrio* o patio clásico, lo que me fue indicado por ciertos ladrillos circulares que los romanos empleaban para formar columnas donde la piedra y el mármol faltaban.

Las piedras informes que se sacaron de allí son, en su mayoría, de caliza conchífera, la cual no se presta a la talla. Esas piedras deben encontrarse aquí bajo la arena, si, como yo creo, este terreno es de la misma formación que el de la costa del Este, en Chipiona, Rota y Cádiz, donde aparece esta roca en la superficie. Se encuentran también en estas ruinas otras piedras que debieron ser traídas de lejos, como por ejemplo, granitos de la sierra de Aracena.

La situación de este poblado romano parece indicar que sus habitantes se dedicaban a la elaboración de la sal en las salinas de La Marismilla (hoy en parte abandonadas), comprendidas entre la orilla derecha del Guadalquivir y el caño de La Figuerola.

Así, pues, como resultado de esta primera jornada en el Coto de Doña Ana, he anotado al margen de mi ejemplar del *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, de don Juan Agustín Ceán Bermúdez, en la página 271, el descubrimiento, en 1902, de este nuevo despoblado el *Montón de Trigo*, Coto de Doña Ana, término de Almonte provincia de Huelva.



Después de haber pasado la noche en La Marismilla salí a la mañana siguiente, muy temprano, en dirección al Palacio de Doña Ana, cuyo guarda Antonio Espinar Ramírez, avisado la víspera, había venido a buscarme hasta el *Montón de Trigo*. El camino, o mejor dicho, la senda, pasa por un espeso bosque de pinos y alcornoques, a cuya sombra tuve ocasión de admirar el pintoresco grupo formado por un hermoso ciervo rodeado de varias hembras. Más lejos vi huir algunas ciervas pasando de una sombra a otra y ocultándose en la maleza. Constantemente la carrera precipitada de un jabalí que atravesaba el camino hacía repararse a nuestros caballos. Bandas de perdices se levantaban a nuestro paso; en las lagunas pululaban las aves acuáticas, y en todas partes, los conejos...

Así se comprenderá que una caza tan variada haga las delicias de los ilustres huéspedes del Duque de Tarifa y, sobre todo, de S. M. el Rey don Alfonso XIII, que todos los años honra este soberbio Coto con su presencia.

Antonio Espinar me habló de la existencia en Doña Ana de burros y camellos salvajes; según él, ya no existen los primeros; en cuanto a los camellos, yo sabía que el Coto de Doña Ana es el único punto del mundo donde este animal subsiste en las marismas en estado salvaje, lejos de su elemento natural, que todos sabemos es el desierto; y sobre este particular recordé el libro de caza célebre que leí hace tiempo: *wild Spain (España agreste)* del gran *sportman* inglés Abel Chapman<sup>5</sup>.

Volvamos a la observación del terreno. Saqué el convencimiento de que es preciso eliminar del mapa de Coello la altura indicada a un kilómetro del *Montón de Trigo* y a medio kilómetro a la derecha del camino, con el nombre de *Alto de la Cebada*. Esta altura es desconocida por los guardas; pero una duna, sin importancia, así llamada, se encuentra, según me dijeron, a un kilómetro a la izquierda del lado del mar. Por consiguiente, el *Alto de la Cebada* que yo he mencionado otras veces como un punto de vigía, no existe.

Entramos después en un valle de medio kilómetro de ancho, el cual se extiende unos cuatro o cinco kilómetros de Norte a Sur. Hay varios valles parecidos a este, y están todos limitados a derecha e izquierda por dos grandes cordones de dunas de arena movediza. A esta barrera de arena del lado del mar da el mapa de Coello el nombre de *Algaida redonda*<sup>6</sup>. Estos valles paralelos, constantemente barridos por los vientos del Sudoeste, que son los dominantes, se llaman corrales. Se comprenderá que la arena, pasando por encima de estos *corrales*, es transportada de la cima de una barrera a la otra, mientras que el valle está libre de la invasión.

Por todos los demás sitios, el avance de las dunas, por cordones paralelos, es bastante rápido. En la parte de este valle llamado Corral del Arca, cerca del camino que seguimos, el viento había puesto al descubierto un montículo de escorias ferruginosas. Un kilómetro más allá, en el Corral de la Herrería, el guarda

me indicó otros dos montículos parecidos; recogí de paso algunas de estas escorias, pero hubiera querido practicar una excavación en estos montículos, donde la aparición del menor resto me habría dado la fecha aproximada de su origen. Sentí, sobre todo, la ausencia de mi amigo el ingeniero de minas<sup>7</sup>, quien hubiera podido aclarar algo respecto a estas misteriosas fundiciones que, según creo, deben ser muy antiguas.

Llegamos al cruce del camino que a la izquierda conduce a la Torre Carbonera, cuartel de Carabineros sobre la costa. Girando hacia el Norte se pasa entre el borde de la marisma por la derecha y el lago del Sopotón por la izquierda. Tres kilómetros más allá atravesamos el caño del Peral y, por último, llegamos al palacio de Doña Ana. Allí descansé el resto del día después de mis seis horas de camino a caballo, en pleno mes de agosto, bajo un sol casi tropical, que sólo la brisa del océano próximo hacía soportable.

La ventana de la habitación que me estaba reservada daba sobre un espacioso patio, en medio del cual admiré un frondoso eucalipto rodeado de varias adelfas en flor. Al otro lado del patio se encuentra la capilla, de construcción moderna.

Fue en este palacio de Doña Ana donde el Duque de Medina Sidonia<sup>8</sup>, a principio del año 1624, recibió al rey don Felipe IV. Acompañaban al joven Monarca<sup>9</sup> su hermano el príncipe don Carlos, el Duque del Infantado, el Conde de Olivares y los Marqueses de Castel Rodrigo, Carpio y Portalegre.

Las crónicas y *relaciones* de la época nos dan interesantes detalles sobre esta memorable visita. Aparte de unas seis casas que existían inmediatas al palacio y que fueron acondicionadas con valiosas tapicerías, se levantaron 16 tiendas de campaña y 22 barracas de madera para albergar más de 2.000 personas del séquito del Rey con los criados y vasallos del Duque.

A su llegada a Doña Ana, Felipe IV fue recibido con alegres músicas de chirimías y trompetas; a la noche presenció maravillosos fuegos artificiales dispuestos en su honor.

El día siguiente se lidiaron nueve toros en el patio del palacio, matando el Rey tres con su arcabuz; en este patio se dieron también representaciones teatrales.

Otro día, por la tarde, el Rey se embarcó en una falúa sobre la próxima laguna de Santa Olalla, para matar patos, que los servidores levantaban desde las orillas. Este *sport* agradó tanto al Rey que volvió el día siguiente a Santa Olalla. De esta montería, Felipe IV y su séquito cobraron numerosos venados y jabalíes, matados estos últimos a lanzadas o con arcabuz, y hasta un jabalí, que iba acosado, consiguió matar el Rey con su cuchillo de monte<sup>10</sup>.

En el verano anterior a esta cacería en Doña Ana, en agosto de 1623, fue cuando el gran Velázquez pintó, por encargo del Rey, el primer retrato de su Soberano. Quince años después, teniendo que asistir, por razón de su cargo, a las cacerías de la casa del Bosque, en los sitios llamados El Hoyo y El Tabladillo, cerca del palacio de El Pardo, pintó entonces los dos conocidos paisajes donde representó al Rey cazando ciervos y jabalíes, con la Reina, las damas de la corte y numeroso público, apareciendo todos en primer término. En estos dos cuadros nos dejó Velázquez un interesante recuerdo de las fastuosas fiestas cinegéticas de la época<sup>11</sup>.

Es curioso notar que este Coto de Doñana o de Doña Ana<sup>12</sup> era entonces designado bajo el nombre de *La isla de caza del Duque de Medina*, reconociendo así, como sabemos hoy, que esta extensa finca era efectivamente en su origen una isla: la antiquísima de *Tarshish* o *Tartessos*.



A la sombra de la gran portada del palacio había establecido un *garage* al aire libre para los automóviles de los bañistas de Matalascañas, esta efímera población ya descrita, que no dista más que siete kilómetros de allí.

Por un verdadero milagro pueden llegar los automóviles hasta el palacio de Doña Ana, después de haber atravesado las marismas en toda su extensión; los bancos de arena y las dunas que bordean La playa, les impiden ir más lejos.

Después de la comida que me había preparado la mujer del guarda, salí, a la puesta del sol, a pasear por el campo. Era el momento en que, hallándome solo ante aquella naturaleza silenciosa, podía yo meditar libremente sobre todo lo que había visto y aprendido durante el día...

Estando sentado al pie de una soberbia encina que cubre con sus ramas la fuente llamada del Duque, tuve la satisfacción de ver aproximarse al arroyo varios ciervos grandes, de majestuoso andar, seguidos de numerosas hembras tímidas; ignorantes de mi presencia, bebieron con toda confianza, lo que me permitió admirarlos algún tiempo; pero al primer movimiento que yo hice emprendieron la fuga, desapareciendo en la bruma que por la tarde se extiende sobre la inmensa llanura y donde más adelante, por un efecto de espejismo, me parecía todavía verlos galopar sobre una laguna imaginaria.

Durante nuestras largas correrías a caballo, pude hacer a mi guía una serie de preguntas importantes sobre el Coto y las marismas. Respecto a estas últimas, sus informaciones fueron para mí interesantísimas. «En verano, como usted lo verá por sí mismo —me dijo—, las marismas están secas por todas partes, presentando un suelo uniforme, endurecido por el sol, donde crece un junco que no ha podido desarrollarse y que no levanta más que algunos dedos del suelo, mientras que en las proximidades de las salinas, donde absolutamente nada se cría, estas marismas desecadas nos ofrecen un suelo blanquecino a causa de la sal, cuya extensión se pierde de vista.

»En las grandes lluvias que preceden al invierno, la planicie está surcada por algunos cauces indicados en los mapas: la Madre del Rocío y los tres caños del Guadiamar, Travieso y Brenes. Todos están secos en el verano, y lo más curioso es que no dejan, cuando se retiran, ninguna señal de su paso; ningún lecho, más o menos profundo, los indica. Parece que el barro líquido que se extiende gradualmente en una dirección deja tras de sí una superficie unida».

El límite o raya de las marismas está indicado con bastante precisión sobre el mapa del término de Almonte y sobre el de los itinerarios militares. Puede que este

límite no haya cambiado desde los tiempos históricos; parece confirmarlo esta estación romana del Montón de Trigo, en la raya de las salinas de la Marismilla, en el mismo sitio donde se encontraba hace dos mil años y aun antes, si consideramos que esta industria de la sal fue implantada por los primeros colonos fenicios. Se comprende que estos establecerían sus salinas en los alrededores de la isla de Tartessos, su primera colonia, no solamente cerca del actual Montón de Trigo, sino también en las marismas próximas al brazo desaparecido del río, en la extremidad opuesta de la isla.

Las salinas de la bahía de Cádiz o del Trocadero, hoy las más productivas de la región, se remontan a una época posterior a la fundación de Cádiz por los cartagineses, hacia fines del siglo VI. Actualmente las marismas del Guadalquivir se extienden desde cerca de Villamanrique hasta el Montón de Trigo, en una distancia de 45 kilómetros, y desde Villa franca y Los Palacios hasta el Santuario del Rocío, o sean unos 50 kilómetros. Este inmenso espacio, cubierto por las aguas, formando un mar interior, era el lago Ligur de los tiempos tartesios, de que habla el antiguo periplo.



Al, siguiente día, salí temprano a explorar la interesante serie de lagunas situadas entre el palacio y el mar. A un kilómetro al Sur del camino de Matalascañas se encuentra la laguna La Paja, y a ésta siguen el gran lago de Santa Olalla, llamado también *La pajarera* por la multitud de aves acuáticas que se ven allí todo el año y principalmente en primavera, pero donde falta el flamenco, del que me habían hablado como existente en aquel sitio. Este hermoso pájaro —me dijo Espinar— aparece en primavera, procedente tal vez de las marismas tunecinas.

La forma alargada de este lago, en unos dos kilómetros de Este a Oeste, con una anchura media de 500 metros, ha sugerido a algunos arqueólogos la dirección del brazo desaparecido del río que buscaban, como yo, en estos parajes. Al Oeste

de Santa Olalla se encuentra la laguna del Taraje, y continuando hacia el Oeste, con intervalos de medio kilómetro próximamente, siguen otras lagunas: La Dulce, El saillo<sup>13</sup> y el Charco del toro; este último, bastante profundo, está situado a dos kilómetros al Este del sitio de la costa que he llamado *La Entrevista* y que indiqué sobre mi mapa como el punto probable de la desembocadura del río. El plano del Coto de Doña Ana, levantado por el ingeniero don Rafael Carrión, que me fue proporcionado por el Duque de Tarifa, señala otras dos pequeñas lagunas al Este de La Paja: El Sapo y Los Hermanillos, que vierten sus aguas en la marisma por el caño del Peral.

Pero el verdadero cauce del río no pasaba por estas últimas lagunas; daba un turno al Sur, hacia la laguna El Sopotón. Se nota al Este de esta laguna del Sopotón, un estrechamiento de la marisma en esta dirección, de unos 800 metros de ancho; este era probablemente el canal por el que las aguas de las marismas pasaban al lecho del río. Digo probablemente, pero la observación directa sobre el terreno de este estrechamiento hacia la laguna El Sopotón, confirma hasta la evidencia esta hipótesis.

Toda la parte baja de los terrenos situados entre los lagos, que he indicado sobre el mapa por dos líneas paralelas de puntos, estaba cubierta de juncos en la época de mi visita, en verano; pero en invierno, estos terrenos desaparecen totalmente bajo el agua. El guarda, que se daba perfecta cuenta de la cuestión que yo trataba de resolver, me dijo que desde el Charco del toro hasta El Sopotón, todas estas lagunas forman entonces una sola capa de agua, y después de haber meditado un momento, añadió con aire convencido: *Este es seguramente el brazo del río que usted busca.*

Desde la desembocadura, en el punto de *La Entrevista*, hasta la marisma, este brazo no tenía más que unos diez kilómetros de largo; formaba con el mar la extremidad Noroeste de la isla que llevaba él mismo nombre que la ciudad y la región: *Tartessos*. La población debía necesariamente encontrarse a cierta distancia de la orilla izquierda de este brazo, entre los puestos de Carabineros de

la costa de Matalascañas y Torre Carbonera, próximamente a dos kilómetros hacia el interior. Opto definitivamente por este último emplazamiento, mejor que por el que declaré anteriormente, entre la laguna El Sopotón y la duna de Carrinchal, reflexionando que la población, sobre todo la parte que comprendía el emporio comerciada, debía estar más bien sobre el río que sobre la marisma. Es, pues, el sitio que he indicado en el mapa, inscribiendo el verso del poeta:

*Hic Gadir vrbs, dicta Tartessvs privs;*

(Avieno, *Ora marítima*, verso 855.)

que cubre una extensión de menos de cinco kilómetros a lo largo de esta orilla del río, donde hay que buscar las pruebas materiales de la existencia de la antigua población.

Volviendo la espalda a la laguna de Santa Olalla y mirando hacia este emplazamiento de *Tartessos*, la impresión que se saca es desconsoladora, pues no se ve allí por alguna parte más que montones de arena movida por el viento del Oeste hacia el interior, que se aproximan cada vez más a los lagos y día llegará en que éstos se cubran completamente, haciendo desaparecer la única prueba que hoy queda a nuestro alcance del paso del río por este sitio.

Antes de retirarme quise recorrer aquellos terrenos en varias direcciones y lo hice, aunque infructuosamente, pues nada encontré. Sin embargo, según los textos, no se puede dudar que las ruinas estén allí, a una profundidad que no sería fácil de apreciar a menos de practicar excavaciones difíciles y costosas. A cuantos guardas del Coto me encontraba repetía la misma pregunta de si habían ellos observado alguna vez por aquellos alrededores piedras o sillares, grandes o pequeños, independientemente de los que se descubrieron cerca del *Montón de Trigo*. La respuesta, siempre negativa, me decidió a creer que era inútil que permaneciese más tiempo allí, buscando lo que aquella gente no había visto nunca. De todo lo expuesto se deduce que solamente un terremoto podría poner al descubierto estas ruinas, haciendo desaparecer la gran cantidad

de arena que las cubre. A uno de estos fenómenos sísmicos, tan frecuentes en Andalucía, se deberá tal vez la desaparición, hacia el final del segundo siglo de nuestra Era, de este brazo del río que bañaba *Tartessos*.



A continuación recordamos los pasajes de la *Ora marítima* que nos han permitido localizar en este sitio del Coto de Doña Ana el brazo del río y el emplazamiento de esta primera factoría fenicia.

El viejo periplo nos enseña que pasando de las Columnas de Hércules, se entraba en el *Sinus Atlántius*<sup>14</sup>, es decir, el golfo formado por el espacio de mar entre Europa y África, desde el Cabo de San Vicente al Cabo de Mazagán<sup>15</sup>. Al Oeste de este golfo se extiende, *hasta el infinito, el mar Atlántico u Océano, el más grande de los mares, donde nadie había navegado*<sup>16</sup>.

Sobre el litoral mismo de la Península, dos depresiones ligeras de la costa se designan con los nombres de *Sinus Oestrymnicus*<sup>17</sup> y *Sinus Tartessus*<sup>18</sup>. En el primero de estos golfos, que se abre sobre la costa del Algarve, desde el Cabo de San Vicente al Cabo de Santa María, se encontraban las islas *Oestrymnicas*<sup>19</sup>, que eran las primeras del estaño, y las islas de los *Albiones* y de los *Hibernios*<sup>20</sup>.

El golfo tartesio, que sigue a continuación, estaba limitado al Este por la punta de Chipiona. Allí, sobre un promontorio de rocas, se elevaba un templo<sup>21</sup>, en frente del cual, en medio del mar, se veía una torre edificada en una peña aislada; era el sepulcro legendario de Gerión, sobre la actual roca de Salmedina. En este último golfo, el *Sinus tartessus*<sup>22</sup>, es donde se encontraba la doble desembocadura del Tartessos, cuyo brazo occidental, situado a un día de navegación de Chipiona<sup>23</sup>, daba acceso a la población de *Gadir*, que antes se llamaba *Tartessos*, añade el periplo<sup>24</sup>. Deducimos de esto que en la época del viaje de Himilco, la población, recientemente destruida por los cartagineses, había recibido de ellos el nombre de *Gadir*, que daban indistintamente a toda ciudad fortificada. Se sabe que anterior-

mente los tirios, sus fundadores, hacia el año de 1100 antes de J. C., designaron su primera colonia en España con el nombre de *Tarshish*. Algún tiempo después, el año 877, cuando Tiro cayó bajo la dominación asiria, los iberos tartesios, a la sazón poderoso pueblo indígena, trataron de emanciparse de las colonias fenicias.

Cercaron las ciudades marítimas, degollaron a los colonos<sup>25</sup> y probablemente hacia la mitad del siglo IX fue cuando *Tarshish* misma cayó en poder de estos iberos meridionales.

Durante la supremacía tartesia que entonces empezó fue cuando los griegos visitaron las costas de la Tartesida, situadas fuera de las Columnas de Hércules. Hacia el año 630 antes de J. C. llegó Colaos el Samio, arrojado por una tempestad, viniendo del Este; pasó el Estrecho y guiado por la Providencia fue precisamente a desembarcar en Tartessos. Este puerto era entonces, según Herodoto, un mercado virgen, es decir, desconocido de los griegos, que por primera vez lo visitaban y cuyo viaje de regreso proporcionó a los samios un beneficio extraordinario<sup>26</sup>), Más tarde, unos seiscientos años antes de J. C., los foceos visitaron también Tartessos, donde fueron favorablemente acogidos por el rey Argantonio<sup>27</sup>.

Puede ser que la presencia de los griegos en estos parajes y, sobre todo, el establecimiento, desde esta época, de su comercio con estos iberos, obligara a los cartagineses a intervenir, volviendo a tomarles a los tartesios todas las antiguas poblaciones fenicias de la costa, acontecimiento que ocurrió probablemente al comienzo del siglo VI, después de la destrucción de Tiro por Nabucodonosor (587-574).

Medio siglo más tarde fue cuando parece haberse realizado el viaje de inspección del príncipe cartaginés Himilco. El poema *Ora marítima* de Avieno ha conservado el recuerdo de esta reacción púnica, que comienza como hemos visto por la destrucción, entre otras ciudades de la costa, de la *Civitas Herbi* (Huelva) que fue completa<sup>28</sup>, de *Gadir Tartessos*, donde solamente se respetó el templo de Hércules<sup>29</sup>, y puede que también la ciudad de *Erythea*, sobre la isla llamada hoy de León o de San Fernando, donde, después de la desaparición completa de la

población, continuó el culto en su célebre Heracleo, durante toda la ocupación romana; fue el más famoso de todos los templos de Hércules en Occidente.

Cuando después de la destrucción de Tartessos los cartagineses, hacia mediados del siglo VI, pensaron en fundar una nueva *Gadir*, una fortaleza propiamente dicha, fácil de defender contra los iberos, escogieron para su emplazamiento la extremidad occidental de esta isla de *Erythea*, donde, según el periplo, había entonces un templo a Venus Marina con un santuario practicado en la roca y un oráculo<sup>30</sup>.

El descubrimiento en 1887 de un sarcófago antropoide cerca de este emplazamiento de la *Gades* romana, en Puerta de Tierra, de la ciudad de Cádiz, nos confirma su fundación por los cartagineses hacia la mitad del siglo VI. Ninguno de estos sarcófagos de las necrópolis fenicias, según nos dicen Perrot y Chipiez, son anteriores al siglo VI; la mayor parte se remontan a la época que media entre el reinado de Ciro y la batalla de Arbela, de 529 a 331<sup>31</sup>.

El ocupante del sarcófago, cuyo esqueleto tuve ocasión de ver poco tiempo después de su descubrimiento, era un hombre de elevada estatura, bien formado y perfectamente conservado. Pero este esqueleto ha sido tan maltratado desde entonces por las variaciones de local que ha sufrido el Museo Provincial, que sus huesos están hoy irremediablemente perdidos. Ofrecí entonces endurecer este esqueleto por el procedimiento *Dolló* del Museo de Historia Natural de Bruselas, habiendo visto al director de aquel con dicho fin. Siento que mi ofrecimiento no fuera aceptado por el conservador del Museo de Cádiz, el padre Vera. El sarcófago contenía un mobiliario funerario cuyo carácter oriental nos indicaba que había pertenecido a un fenicio de Cartago, tal vez uno de los fundadores de *Gadir*<sup>32</sup>.

La nueva población estaba llamada a ser uno de los mayores puertos comerciales del mundo antiguo. Bajo el imperio romano, la importancia y riqueza de *Gades* sobrepasó con mucho a todo lo que la leyenda y la historia hubiesen podido atribuir a Tartessos. Como la existencia de esta última ha sido puesta en duda por varios escritores, creo deber consignar aquí la opinión de Rawlinson. A este efecto

copio el pasaje siguiente de su *Historia de Fenicia*: «Tartessos ha sido considerado como el nombre de una región más bien que de una ciudad; pero la declaración contraria de los geógrafos griegos y romanos es demasiado formal para no ser tomada en cuenta. Tartessos era una ciudad según la opinión de Scymno de Chio, Estrabón, Mela, Plinio, Festo Avieno y Pausanias, que sobre este punto no iban a estar todos equivocados. Era, por tanto, el nombre de una ciudad, [de una isla], de una región, y de un río; el *Betis* o Guadalquivir.

»No era *Gades* o Cádiz, pues Scymno de Chio menciona la existencia de las dos poblaciones de su tiempo [es decir, hacia noventa años antes de J. C.]. No era *Carteia*, pues Tartessos estaba al Oeste de Cádiz y *Carteia* al Este, [en el fondo de la bahía, entre Gibraltar y Algeciras, donde todavía existen ruinas importantes]. Es, pues, probable, concluye Rawlinson, que esta ciudad ocupara una isla entre las dos desembocaduras del *Betis*, como lo declara Estrabón»<sup>33</sup>.

Por último, citaré nuevamente, entre los que se han ocupado de Tartessos en estos tiempos, a los señores Blázquez y Schulten. El estudio de los mapas del litoral en relación con los textos, permitió al primero, desde el año 1894, indicar sobre la costa el sitio probable de la desembocadura del brazo occidental del Tartessos, sobre un espacio de diez kilómetros entre las Torres de la Higuera y de Carbonera<sup>34</sup>. Quince años después, en 1909, Blázquez publicó el *Periplo de Himilco*, donde confirma la opinión anterior, pero sin precisar más<sup>35</sup>.

En 1910 la cuestión de Tartessos volvió a ponerse sobre el tapete, cuando el profesor Schulten, que había leído todos los textos sobre el asunto, visitó las dunas de Torre Carbonera. Es, creo, el primer arqueólogo que fue al terreno, donde nada encontró, según una carta que me escribió entonces: ni el brazo muerto del río ni el asiento de una ciudad. Ignoro si ha vuelto después a estos sitios y si ha tenido más éxito.



El brazo del Tartessos, tal como lo indico sobre mi mapa, bastará, creo, para convencer al más exigente. En cuanto a la población misma, solamente las excavaciones podrían resolver el problema. Pero, debido a la especial condición de estos terrenos, invadidos desde hace tanto tiempo por las arenas, se han complicado extraordinariamente los trabajos de investigación: en efecto, el suelo en toda esta parte del recorrido del río se ha elevado gradualmente desde que se cerró la boca, de manera que las aguas dulces de estas lagunas corren hoy en dirección contraria, es decir, hacia las marismas.

Esta elevación del suelo nos permite suponer que las ruinas deben encontrarse a bastante profundidad, no solamente bajo las dunas recientes sino también, lo que es más grave, bajo el nivel de agua actual del terreno. En estas condiciones se comprenderá que era inútil pensar en abrir grandes trincheras o hacer pozos de sondeo, que inevitablemente hubiesen sido invadidos inmediatamente por la arena o por el agua.

Sin embargo, no se ha perdido toda esperanza, Es posible que en los primeros tiempos romanos, una parte, al menos, de las ruinas de Tartessos aparecieran todavía en la superficie. Sabemos por el geógrafo griego Pausanias, que floreció hacia el año 120 de nuestra Era, que la ciudad existía aún hacia la mitad de la isla, entre las dos desembocaduras del río<sup>36</sup>. En este caso suponemos que los trabajadores de las salinas del Montón de Trigo vendrían tal vez a buscar en estas ruinas materiales para la construcción de su poblado. Entonces piedras de las mayores podrían transportarse por medio de balsas por el río y los caños de la marisma. Entre estos materiales pudieran encontrarse algunas piedras ornamentadas, fragmentos de arquitectura o de escultura, y aun inscripciones que se remontarían, en este caso, al siglo VI antes de J. C. Se comprenderá que documentos de este género serían de un interés considerable para la historia, tan misteriosa aún, de la más antigua civilización de la Península.

En el Montón de Trigo, como en todos los terrenos productivos de la costa, detrás de las dunas, como en Rota y Chipiona, la arena traída por el viento, que cubre

la tierra vegetal, es recogida todos los años para ser arrojada a los límites de los campos. Así se explica que las ruinas del Montón de Trigo se encuentren a menos de un metro de profundidad por término medio. Convendría, por tanto, cavar trincheras paralelas por todos estos terrenos del antiguo poblado romano, trabajo que sería relativamente fácil en este suelo arenoso.



En resumen: Tartessos sigue tan misteriosa como al empezar estas investigaciones; solamente he podido indicar su emplazamiento probable, según el estudio de los textos y de mis observaciones personales sobre el terreno; no falta ahora más que descubrir alguna prueba arqueológica que las apoye.

La civilización fenicia del litoral, de uno y otro lado de las Columnas de Hércules, y su penetración hacia el interior del país se reconoce por la distribución de la pacotilla oriental entre las tribus iberas, influenciadas por la invasión reciente de los celtas. Pero este primer comercio de cambio con los indígenas estaba entonces seguramente en manos de los tartesios; los mercaderes fenicios y griegos se alejarían poco de las factorías marítimas; así, no se encontrarán sepulturas fenicias más que en la costa misma.

Después de la destrucción de Tartessos fue cuando los cartagineses, al comienzo del siglo VI, invadieron el país, apoderándose de las minas de plata, de cobre y de hierro, así como de las ricas campiñas de la Tartesida, donde pronto establecieron numerosas colonias agrícolas de lybio-fenicios. Mientras que por mar, siguiendo las costas del Atlántico, fueron a reconocer las misteriosas *Casiterides* y las minas de estaño del Nordeste de la Península, que desde la aurora de la Edad del bronce fueron explotadas por los indígenas...

Terminada mi visita al Coto de Doña Ana, el guarda Espinar me proporcionó el medio de regresar a Sevilla sin tener que volver por la Marismilla, Bonanza y el río.

Para atravesar de día la inmensa planicie de las marismas aproveché el regreso de Matalascañas de una *manola* tirada por cinco caballos. Subí al pescante al lado del cochero, desde donde podía dominar el paisaje, que resultó bastante monótono por cierto. Después de una hora de camino, noté, hacia la izquierda, en el horizonte, un oasis de árboles que parecía reflejarse en un gran lago que yo buscaba inútilmente sobre el plano, hasta que el cochero me aseguró que no existía y que se trataba solamente de un efecto de espejismo que se observa por aquí con frecuencia. Llamó también mi atención sobre ciertos terrenos fangosos, cubiertos entonces de juncos verdes y que se designan en los mapas con el nombre de Ojos. Me aseguró el cochero que había visto desaparecer en uno de estos sitios un perro, un carnero y hasta un burro; siendo curioso el hecho de que los animales acostumbrados a la marisma se alejan por instinto de estos terrenos peligrosos.

Este fenómeno de la marisma me recordó un hecho histórico referido por las crónicas árabes a propósito de la misteriosa desaparición de don Rodrigo, el soberbio monarca goda. Cuando después de la batalla del *Guadilacca*, en 711, perseguido por Tarick, huyendo sobre su blanco corcel cubierto de pedrería, se cuenta que desapareció de pronto, como por encanto, absorbido tal vez por uno de estos temibles cenagales de la marisma del Barbate, en las inmediaciones de la gran laguna de la Janda.

En menos de dos horas llegamos al límite de las marismas, donde por un buen camino que atraviesa esta parte del Aljarafe pasamos a gran velocidad por Villamanrique de la Condesa y Pillas, dirigiéndonos a la estación de Aznalcázar, sobre el ferrocarril de Huelva a Sevilla.

LISTA CRONOLÓGICA DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS CONCERNIENTES A LA SUPREMACÍA DE TARTESOS Y DE *GADIR* (*GADES*), CON ALGUNAS NOTAS SOBRE LA ARQUEOLOGÍA PRERROMANA DE LA PENÍNSULA.

- |          |   |
|----------|---|
| 1252-877 | Hegemonía de Tiro <sup>37</sup> .                 |
| 1100     | Fundación de Tarshish, en Iberia, por los tirios. |

877	Tiro pasa a la dominación asiria.
850	Fundación de Cartago.
800	Toma de Tarshish y de las factorías marítimas fenicias por los iberos tartesios <sup>38</sup> .
800-590?	Supremacía de Tartessos.
700?	En el siglo VII, invasión celta.
.....	Cintas de oro, conocidas como de Cáceres, obra indígena del tiempo de la invasión celta <sup>39</sup> .
700	Las placas, los peines y los pocillos de marfil de Los Alcores de Carmona, de importación fenicia, encontrados en sepulturas de incineración, bajo túmulos que se suponen de los celtas <sup>40</sup> .
680	El brasero y la <i>oenochoe</i> de bronce, de Los Alcores, que aparecieron debajo de un túmulo celta de incineración <sup>41</sup> .
630	Colaos de Samos a Tartessos <sup>42</sup> .
600	Visita de los foccos al rey Argantonio <sup>43</sup> .
590?	Destrucción de Tartessos por los cartagineses.
580	Ezequiel profetiza la caída de Tiro <sup>44</sup> .
574	Destrucción de Tiro por Nabucodonosor <sup>45</sup> .
544	Primera entrada de los cartagineses en España <sup>46</sup> .
.....	Emigración de los Tartesios hacia la región de Sagunto y de Denia <sup>47</sup> .

- ..... El tesoro de la Aliseda de Cáceres, alhajas fenicias de oro y un brasero cartaginés de plata<sup>48</sup>.
- ..... El tesoro de Javea.—Las esculturas del Cerro de los Santos.—La Dama de Elche<sup>49</sup>.
- 520 Hannon funda colonias leybifenicias sobre la costa africana del Atlántico hasta el Senegal actual<sup>50</sup>.
- 520 Himilco (al mismo tiempo que Hannon, dice Plinio) visitó *Tartesos-Gadir* y las antiguas factorías, hasta el Cabo de San Vicente<sup>51</sup>.
- 515? Fundación de *Gadir (Gades)* por los cartagineses en el extremo occidental de la isla de *Erythea*, formada por los terrenos actuales de San Fernando y Cádiz<sup>52</sup>.
- 509 El periplo de Scylax menciona la existencia entonces de dos islas de *Gadir*, fuera de las Columnas de Hércules.
- 500 El sarcófago antropoide de *Gadir (Gades)*, Cádiz<sup>53</sup>.
- 460 Los cartagineses reclutan mercenarios en Iberia para la guerra de Sicilia.
- 450 Los cartagineses establecen la navegación de la costa occidental de la Península hacia la región estannífera del Noroeste.
- 400 La urna típica cartaginesa de la necrópolis de la Cruz del Negro, cerca de Carmona<sup>54</sup>.
- 350 Importación de vasos griegos en Iberia: Alcocer do Sal, Villaricos, Tugia, Redoban, Trujillo, Calaceite, Titugi<sup>55</sup>.

340-330	Piteas de Marsella visita <i>Gadir (Gades)</i> , las costas occidentales de la Iberia, de la Celta (Galia) y los países del Norte de Europa <sup>56</sup> .
236	Hamilcar Barca en España.
218	Segunda guerra púnica.
100	Visita de Posidonio a <i>Gades</i> .
72	Asclepiades en Turdetania.



25 ant. J. C.; 23 desp. J. C.—Juba II, rey de Mauretania. «Fue (Gadir) en otro tiempo una extensa y rica población; pero hoy es pobre, humilde y arruinada... Fue tanta la importancia y el renombre de esta población que un grande y poderoso rey que reinaba en Mauritania, al otro lado del mar, Juba, hombre de gran cultura, se consideró muy honrado con el nombramiento de duumviro de esta ciudad, la cual está en una isla que el río Tartessos, después de ensancharse para formar el lago Ligustico, rodea con sus ondas»<sup>57</sup>.

Este pasaje de la *Ora Marítima* parece indicar que Avieno entendía que al soberano africano fue duumviro honorario de *Tartessos-Gadir* y no de *Gades*. También sabemos que Juba ejerció las mismas funciones en Cartago-Nova<sup>58</sup>.

24	Estrabón tenía una vaga idea de la situación de la isla de Tartessos y de la existencia de la ciudad, que el creía debía de encontrarse entre Cádiz y el Guadalquivir <sup>59</sup> .
42-54	Pomponio Mela, del tiempo de Claudio, menciona las dos desembocaduras del <i>Betis</i> , sin nombrar la ciudad <sup>60</sup> .

120

Pausanias, el geógrafo griego que floreció hacia esta época, declara todavía que *Tartessos es un río de la Iberia, con dos desembocaduras, entre las cuales está situada la ciudad del mismo nombre*<sup>61</sup>.

Algún tiempo después, por efecto, probablemente, de un gran terremoto, se cambió el curso del río, cerrándose la desembocadura occidental; mientras la arena, llevada incesantemente por un viento fijo del Oeste, iba poco a poco cubriendo las ruinas de Tartessos.

## NOTAS

La primera parte de mi Memoria sobre *Tartessos*, comprendiendo los dos capítulos que proceden en este *Boletín*, fue presentada a la Real Academia de la Historia el 25 de febrero de 1921. Después de leída por don José Ramón Mélida, el Marqués de Cerralbo, miembro de la Academia, que asistía a la sesión, ofreció intervenir cerca de su amigo el Duque de Tarifa, propietario del célebre Coto de Doña Ana, respecto a las investigaciones que me proponía hacer sobre el terreno. Habiéndose dado cuenta el Duque del fin puramente científico que yo perseguía, me dio todo género de facilidades para explorar a mi satisfacción la parte de este inmenso dominio, que, como ya he dicho en otro lugar, formaba la antigua isla de Tartessos. Convenía reconocer sobre el terreno el cauce probable del brazo occidental del río que ha desaparecido, y fijar sobre su orilla izquierda el emplazamiento de la ciudad antigua.

Las órdenes dadas por el Duque de Tarifa excedieron a todas mis esperanzas; los guardas me acompañaron, facilitándome cuantas informaciones podía desear; tuve a mi disposición caballos y alojamiento en La Marismilla y en el Palacio de Doña Ana; se me autorizó, asimismo, para hacer excavaciones si lo necesitaba. Se comprenderá que en estas condiciones mi visita al Coto resultó de lo más agradable.

Antes de empezar el relato de mis impresiones durante la búsqueda de las ruinas del más antiguo emporio fenicio situado en el extremo del mundo conocido entonces, y siendo yo el primer arqueólogo a quien se ha permitido explorar éstos parajes, me creo en la obligación de expresar aquí al señor Duque de Tarifa toda mi gratitud por su generosa atención, y a mi ilustre amigo el Marqués de Cerralbo, que no ha cesado de alentarme y de aconsejarme para la realización de mi tarea, no sé cómo manifestarle mi reconocimiento.

**2** *Ora marítima*, verso 284.

**3** Plinio, *H. N.*, l. III, 3, 7, 9.

**4** *Ora marítima*, versos 286-290.

**5** Respecto al origen de estos camellos de las marismas, he sacado del *Diccionario geográfico* de Pascual Madoz la nota siguiente: «Merece citarse con interés la innovación introducida por el actual arrendatario de aquella finca (en 1847), aclimatando en este suelo los camellos. Seis u ocho años hace que condujo de las Canarias un macho domado y dos hembras de dicha especie y han procreado en términos de contarse en el día más de veinte cabezas». Estos interesantes animales son objeto de una protección especial por parte del actual propietario.

**6** *Algaida* significa, según el *Diccionario de la Academia*, un monte de arena formado por el viento sobre el borde del mar y que cambia de sitio; en este sentido se emplea esta palabra en las costas de Andalucía.

**7** Don Mariano Simó y Delgado de Mendoza.

**8** Don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

**9** Tenía entonces diez y nueve años.

**10** *La verísima relación de la entrada del Rey Nuestro Señor Felipe IV (que Dios guarde), en Doñana, isla de caza del Duque de Medina, con el recibimiento que se le hizo en la Ciudad de Sanlúcar y los presentes que el Duque y la Duquesa hicieron a Su Majestad*. Impresa en Sevilla en 1674 y reimpressa en Madrid a expensas del académico de la Historia don Francisco R. de Uhagón, marqués de Laurencín (director hoy de la Academia).

**11** *La caza del jabalí* —galería nacional de Londres—. *La Cacería del Tabladillo*, colección de lord Ashburton, Londres.

**12** Llamado así, como se ha dicho ya, por doña Ana de Silva, mujer de un duque de Medina Sidonia.

**13** Es posible que sea esta la pronunciación andaluza del *Saladillo*.

**14** *Ora marítima*, verso 84.

**15** Blázquez insiste en varias ocasiones sobre esta distinción entre el *Sinus Atlantius* y el Océano Atlántico.

**16** *Ora marítima*, verso 383.

**17** *Ora marítima*, verso 95.

**18** *Ora marítima*, verso 265.

**19** *Ora marítima*, verso 96.

**20** *Ora marítima*, versos 111-112.

**21** *Ora marítima*, versos 304-305.

**22** *Ora marítima*, verso 265.

**23** *Ora marítima*, verso 267.

**24** *Ora marítima*, verso 269.

**25** Justino, XLIV, 5.

**26** Herodoto, I. IV, cap. 152.

**27** Herodoto, I. I, cap. 163.

**28** *Ora marítima*, versos 244-247.

**29** *Ora marítima*, versos 273-274.

**30** *Ora marítima*, versos 314-317.

**31** Perrot et Chipiez, *Histoire de l'Art. Phénicie*, págs. 182-183, nota 1.

**32** El número de julio de 1921 de la revista americana *Art and Archaeology* publicada por la Sociedad arqueológica de Washington, nos da un estudio original de mister B. Harvey Carroll sobre el sarcófago antropeide de Cádiz que él cree debe ser la sepultura de un gran sacerdote del templo de Hércules. El personaje barbudo representado sobre la tapa del sarcófago debía tener, según el autor, un cuchillo en la mano derecha con el cual hubiera arrancado a una víctima humana el corazón, que aprieta con la mano izquierda sobre su pecho; este corazón sería una ofrenda al dios solar...

Admito que tenga un corazón en la mano derecha, pero en cuanto a la mano izquierda, llevaba seguramente una corona, al parecer de laurel, que estaba pintada sobre el mármol y que ha desaparecido después. Veo todavía esta corona sobre la primera fotografía que se tomó en el momento del descubrimiento y que conservo.

Por otra parte, sabemos que el célebre templo de Hércules estaba en el extremo opuesto a la punta de Cádiz, a XII millas romanas, o sean 18 kilómetros al Este, sobre el islote actual de Santi Petri.

Un gran sacerdote del Heracleo hubiese sido inhumado más bien en las cercanías del templo que en *Gadir* misma. La figura, aunque de estilo griego arcaico, es de origen fenicio. No debe ser un retrato del difunto, dice Pierre París; la cabeza es completamente convencional; el sarcófago debía ser una obra industrial corriente. (Pierre Paris, *l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, vol. I, pág. 95.)

- 33** George Rawlinson, *History of Phoenicia*, London, 1889, pág. 124.
- 34** A. Blázquez, «Las costas de España en la época romana». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. XXIV, pág. 413.
- 35** A. Blázquez, *El Periplo de Himilco*. Madrid, 1909.
- 36** Pausanias, I.VI, 19.
- 37** Rawlinson, *History of Phoenicia*, pág. 418.
- 38** «Tiro parece haber abandonado sus factorías de España en el siglo VIII, a causa de las dificultades que le provocaron los asirios». C. Jullian, *Hist. Gaule*, t. I, 1908, pág. 197, nota 4.
- 39** En el Museo del Louvre. Se ha sabido después que estos objetos no habían sido encontrados en Cáceres, sino más bien en Ribadeo, un puerto al Norte de Galicia, prov. de Lugo.
- 40** P. Reinecke da como fecha de estos objetos de marfil del IX al VII siglo. Yo aproximo estos marfiles a otros, muy parecidos, traídos de Nimroud (Kalah) al Museo Británico, donde están clasificados como obra de los artistas fenicios, de 850 a 700 antes de Jesucristo. George Bonsor, *Les Colonies agricoles...*, tirada aparte, pág. 133, fig. 58.
- 41** Estos dos objetos son probablemente de importación cartaginesa. La *oenochoe* es en todo parecida a otras de barro, procedentes de la necrópolis de Doumés del VII al VI siglo. El mismo vaso y brasero han sido señalados en Cervetri, en Etruria.
- 42** Herodoto, I. IV, cap. 152.
- 43** Herodoto, I. I, cap. 163. C. Jullian, *Hist. Gaule*, t. I, 1908; página 199, nota I. «En el tiempo de Cresos, hacia 600», según Busolt, citado por Déchelette, *Manuel d'Archéologie*, II, pág. 564.
- 44** Ezequiel cap. XXVII.
- 45** Después de un sitio que duró trece años, 587-574.
- 46** Treinta años después de la caída de Tiro. Lenormant, *Tarshish*.
- 47** Joaquín Costa, *Estudios Ibéricos*. Madrid, 1891-95.
- 48** Hallazgo de un depósito de objetos de oro y de plata, botín abandonado ante el avance de los cartagineses. Este tesoro está hoy en el Museo Arqueológico de Madrid. Para la reproducción de los principales objetos, véase J. Ramón Mélida, *Tesoro de la Aliseda*, Madrid, 1921.

- 49** Influencias tartesias y grecopúnicas.
- 50** A. Church, *Carthage*, 1890, pág. 95.
- 51** A. Blázquez, *El periplo de Himilco*.
- 52** Fecha media entre los periplos de Himilco (520) y de Scylax (509).
- 53** L. Heuzey, *Catalogue des figurines de terre cuite du Musée du Louvre*, pág. 85. Perrot et Chipiez *Hist. de l'Art, Phénicie*, págs. 182, 183, nota I. Pierre Paris, *l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, I, página 95.
- 54** Esta urna del cementerio Tarteso púnico de Carmona ha sido también señalada en Cartago y en diversos puntos de la Península: en Santa Olalla de Figueira da Foz (Portugal), en Málaga, en Toya, en las fuentes del Guadalquivir y hasta en Alcalá de Chisvert.
- 55** «Figuras rojas, escenas báquicas», etc., de 400 a 350 años antes de Jesucristo. Salomón Reinach, *Revue Archéologique*, t. X, pág. 453.
- 56** Hübner, *La Arqueología de España y Portugal*, pág. 6.
- 57** *Ora marítima*, versos, 270 a 285.
- 58** Hübner, *La Arqueología de España y Portugal*, pág. 42.
- 59** Estrabón, *Geogr.*, I. III, cap. II, I I.
- 60** Pomponio Mela, III, I.
- 61** Pausanias, I.VI, I9.



# **EXCAVACIONES PRACTICADAS EN 1923 EN EL CERRO DEL TRIGO**

**TERMINO DE ALMONTE (HUELVA)**

**MEMORIA DE LOS TRABAJOS REALIZADOS EN DICHAS EXCAVACIONES  
1928**

Núm. GRAL. 97

Núm. 5 de 1927

JUNTA SUPERIOR DE EXCAVACIONES Y ANTIGÜEDADES

TARTESOS  
EXCAVACIONES PRATICADAS EN 1923 EN EL  
CERRO DEL TRIGO  
TERMINO DE ALMONTI (HUELVA)

MEMORIA  
DE LOS TRABAJOS REALIZADOS EN DICHAS  
EXCAVACIONES  
POR  
DON JORGE BONSOR

MADRID  
Tipografía de Andrés Ochoaga, s.  
1928

## TARTESOS EXCAVACIONES DEL CERRO DEL TRIGO (DESPOBLADO ROMANO EN EL COTO DE DOÑA ANA)<sup>1</sup>

Buscando a Tartesos, hubo que recorrer de una extremidad a otra lo que fue la antigua isla del Delta, que formaba el Guadalquivir en su desembocadura, donde tuvo su asiento, según los textos, el emporio más antiguo de Occidente: *Tartesos*, la *Tarshish* bíblica.

Esta isla se extendía 26 kilómetros de NO. a SE., entre el *brazo* actual del río y otro que ha desaparecido, y cuyo antiguo cauce reconocí en 1920<sup>2</sup>.

Esta parte del célebre Coto de Doña Ana nos ofrece un terreno arenoso antiguo, hoy cubierto con espesos bosques de pinos, que llegan, en algunos sitios, hasta la misma orilla de la Marisma y que forman, en medio de la invasión gradual de la arena, pequeños oasis en los corrales del interior. Por el lado del Atlántico se levantan cordones de altas dunas de arenas movedizas que imposibilitan, en esta dirección, toda clase de trabajos de exploración.

A cuantos guardas encontrábamos en el Coto, repetíamos la misma pregunta de si, por aquellos alrededores, habían visto asomar en la superficie del terreno la roca

natural o alguna construcción con sillares o piedras informes. Todos contestan lo mismo, mencionando las muchas piedras y ladrillos que se ven cerca del cerro llamado *Montón de Trigo*<sup>3</sup>.

Dos hornos de ladrillos, que también nos fueron indicados, a un kilómetro de Torre Carbonera, hacia el interior, resultaron modernos. Por otra parte, unos pequeños montones de escorias de hierro, en los corrales de *la Arca*, de *la Cita* y de *la Herrería*, que en una primera visita tanto llamaron mi atención, tampoco eran antiguos, como se averiguó por los tiestos que de allí salieron.

El *Cerro del Trigo*, donde tenemos que dirigirnos, está situado a seis kilómetros al Norte del nuevo Palacio de la Marismilla<sup>4</sup>.

Invitados por el propietario del Coto, el excelentísimo señor Duque de Tarifa y de Denia, para emprender estas excavaciones del *Cerro del Trigo*, nos reunimos el 8 de septiembre de 1923, en *La Marismilla*, el profesor Schulten, el general Lammerer, como topógrafo, y el que subscribe. El administrador del Duque, don Pedro Ruibérriz de Torres, vino desde Sevilla para organizar nuestra estancia en el Coto, alojándonos, con todo el confort que se puede desear, en las habitaciones reservadas a los ilustres huéspedes de caza del Duque. Recordaremos con la mayor satisfacción cuantas atenciones recibimos de todo el personal de la finca, particularmente de la familia del guarda de La Marismilla, y también de Antonio Espinar Ramírez, guarda del Palacio de Doña Ana, que se apresuró a darnos todas las informaciones que deseábamos, indicándonos sobre el terreno los trabajos que cerca del Cerro se hicieron para buscar piedras, hace más de veinte años.

Salíamos a las siete todas las mañanas en dirección al *Cerro del Trigo*. La temperatura en septiembre es deliciosa, el calor de medio día, soportable, debido a la brisa constante del Atlántico. Con ir y volver diariamente entre el cerro y la Marismilla y con los reconocimientos en puntos lejanos que tuvimos que emprender en diferentes direcciones, se puede calcular que anduvimos, en toda la temporada,

más de 500 kilómetros, en buenas caballerías de los guardas, acostumbradas a anclar por aquellos inmensos arenales.

Observamos que no había en el Coto caminos propiamente dichos, aunque estén indicados en los mapas; más bien parecen ser sendas que apenas se distinguen y, llegando a una extensión de arena, se pierden. Los guardas dan a estas sendas la importancia de una vereda, y así las llaman, repitiendo la consigna de *seguir siempre la vereda adelante*. A ellos les parecerá imposible que nadie pueda perderse en el Coto, como a mí me pasó el primer día, cuando regresaba a *La Marismilla* al anochecer, habiéndome separado, distraído, de los compañeros.

Aparte de este pequeño incidente, que a mí no se me borrará tan pronto de la memoria, se puede decir, que a la plana mayor de los exploradores nada les sucedió de desagradable en todo el tiempo que estuvimos allí. En cuanto a los obreros, no hubo que lamentar más que un caso de malaria, enterándonos después que la enfermedad no fue contraída en el Coto, habiendo venido el hombre malo ya de su pueblo.

Con motivo de esto, nos aseguró el administrador que era muy exagerada la reputación de insalubridad que se daba a estos terrenos, donde se dice que reina eternamente el paludismo. Sin embargo, el profesor Schulten, el General y yo no dejamos de tomar todos los días, como medio preventivo, la dosis de sulfato de quinina que recomienda para estos casos el Instituto de Medicina tropical de Hamburgo.

A corta distancia del *Cerro del Trigo* se encuentran las ruinas del extenso despoblado romano, que nos fue indicado por los guardas, y donde los primeros descubrimientos de edificios antiguos se debieron a la casualidad, como casi siempre sucede; aquí fue, según nos enteramos, donde el guarda dio con las primeras piedras, estando cavando en su huerto.

Por el año 1902, con ocasión de buscar materiales de construcción para levantar los nuevos edificios de *La Marismilla*, y queriendo hacer cal de las piedras que salieron de este sitio, se abrieron grandes excavaciones por todo este terreno. El

horno se construyó entonces, y aún existe, pero, resultando muy mala la cal que suministraban dichas piedras, se dio orden de parar los trabajos, y así se quedó todo como lo dejaron entonces.

Por algunos grandes hoyos que no se rellenaron, hemos podido reconocer la importancia de este despoblado, que parece extenderse de N. a S. más de un kilómetro.

Tuvimos que seguir descubriendo las fundaciones de estas construcciones, al parecer romanas, revolviéndolas para buscar entre los materiales alguna piedra tallada, escultura o adorno arquitectónico, una inscripción, un simple tiesto de alfarería prerromana, un objeto cualquiera que nos indicase la existencia de *Tartesos* en estos parajes.



Una cuadrilla de 25 hombres con su capataz, todos procedentes de Almonte, nos esperaban alojados en un grupo de chozas cerca de la casa del guarda. Tomó la dirección de estos trabajadores el profesor Schulten. Se empezaron las excavaciones detrás de la casa del guarda, entre ésta y el huerto donde se efectuaron los primeros descubrimientos casuales. Allí se abrieron grandes hoyos, poniendo a trabajar en cada uno de estos, dos o tres hombres con azadas y palas. Esta última, la pala, resultó ser la herramienta más útil para cavar en la arena húmeda. Para llevar la arena a cierta distancia hubo que emplear las espuelas de esparto, como usan por aquí los albañiles; también hubo que servirse de carrillos de mano sobre un camino de tablas. Por estos medios dos hombres llegaban a profundizar, en muy poco tiempo, dos metros, o sea, hasta el nivel del agua.

A un metro de profundidad se encuentra el suelo antiguo. En este espacio de arena limpia, cubriendo los restos romanos, no se observó indicio alguno de una ocupación posterior; no quiere decir esto que no se encuentre otro día y en otra parte del Coto.

A unos 50 metros del NO. del pozo que hay detrás de la casa se practicaron los primeros ensayos, que dieron por resultado el descubrimiento, a poca profundidad, de unas ruinas de baja época romana, donde, para unir las piedras informes y de todos los tamaños, parece haberse empleado, en lugar de mezcla, el barro fangoso de la Marisma. No teníamos tiempo para seguir descubriéndolo todo. La mayor parte de estos edificios aparecieron inclinados o derrumbados de antiguo, probablemente por efecto de algún movimiento sísmico, encontrándose todo muy confuso y difícil de reconocer. Sin embargo, entre estas fundaciones se ha podido notar una estancia de forma semicircular, midiendo en su interior nueve metros de diámetro, con un muro de metro y medio de espesor cerrando este semicírculo.

A unos cuatro metros hacia el SE. de esta habitación se descubrió una construcción rectangular de hormigón de piedras, formando un derretido a prueba de destrucción. En el interior había dos piletas de metro y medio de lado por un metro diez centímetros de profundidad; las paredes estaban revestidas de cemento y pulimentadas. Los ángulos de estos dos compartimientos ofrecen el *burlete*, o sea el relleno, medio redondo, que se observa en todas las obras de carácter hidráulico del mundo romano.

Como las líneas de estas dos construcciones no son entre sí paralelas, parecen indicar que no existieron a un mismo tiempo. Entiendo que las piletas, mejor construidas, son más antiguas. [fig. 1]

Se sabe que estas piletas sirvieron en la antigüedad para salar el pescado; habiéndose encontrado muchas de construcción parecida, y con las mismas dimensiones, en toda la costa meridional. Más que en ninguna parte se descubrieron en las recientes excavaciones de Bolonia (*Belon*), donde pertenecían a unos establecimientos importantes para la conservación del pescado, salazón de atún y preparación de una especialidad de estas costas de la Bética: el *garum* clásico<sup>5</sup>. [fig. 2]

Sabemos que este último era una salsa o pasta muy apreciada de los romanos, que la pagaban a precio alto, según dice Plinio; se preparaba con el escombro o caballa de las costas de Mauritania y de Bética. Recuerdan estas piletas que



FIGURA I.

CORTE DEL TERRENO, CERCA DE LA CASA DEL GUARDA.

- A. Un metro de espesor de arena limpia.
- B. Suelo y 80 centim., de escombros romanos.
- C. Sepultura romana del siglo IV.
- D. Arena húmeda.
- E. Agua.
- F. Edificación de baja época romana.

los habitantes de este desconocido pueblo romano del Coto de Doña Ana se dedicaban a la pesca del atún, y que también preparaban y exportaban a Roma estas salazones, como lo hicieron otras poblaciones más importantes de este litoral: *Carteia*, *Mellaría*, *Belon*, *Baesippo*, *Balsa* y muchas más. [fig. 3]

Esta exportación de salazones a la Metrópoli era contemporánea de otro gran negocio de la antigua Bética; la exportación del aceite de oliva, desde el interior, bajando por el *Betis* canalizado, como nos indican las inscripciones comerciales pintadas sobre las ánforas del *Monte Testaccio*, cerca de Roma. Las fechas extremas de esta exportación nos son bien indicadas: desde Antonio Pío, hasta Galieno, o sea de 140 a 251.

Por otra parte, se ha podido averiguar también la fecha en que operaba una de las grandes casas de exportación de salazones de Bolonia, donde se ven numerosas piletas iguales a las cuatro del Coto de Doña Ana. Se observó que las paredes de una de las habitaciones de esta casa estaban decoradas al temple por la misma mano que pintó un sepulcro de la necrópolis, de donde salió una moneda de Marco Aurelio (140-180). En *Belon*, en tiempo de este emperador, se practicaba la incineración en un recinto mural rectangular que tenía en un lado un compartimiento cubierto de grandes losas y donde se depositaban las urnas cinerarias. Se observó que en las paredes de este compartimiento estaban pintadas grandes hojas verdes sobre un fondo amarillo, la misma decoración que presentaba la casa de las piletas. Estos recintos funerarios, construidos especialmente para detener la arena, no se han visto más que en Bolonia, donde constituyen una novedad arqueológica. También se podrán encontrar en el *Cerro del Trigo*, siendo estos sepulcros, como está probado, contemporáneos de las cuatro piletas allí descubiertas.

A unos nueve metros al SE. de estas piletas, abriendo una zanja en dirección al pozo de la casa del guarda, se encontró, a poca profundidad, una sepultura por inhumación con tejas planas. En la mano del esqueleto había una pátera de barro de color rojo de ladrillo y mate, con ancho borde, como salieron muchas en la Necrópolis de Bolonia, donde la fecha de estas sepulturas nos está indicada por la moneda de Volusiano (251 a 254). [fig. 4]

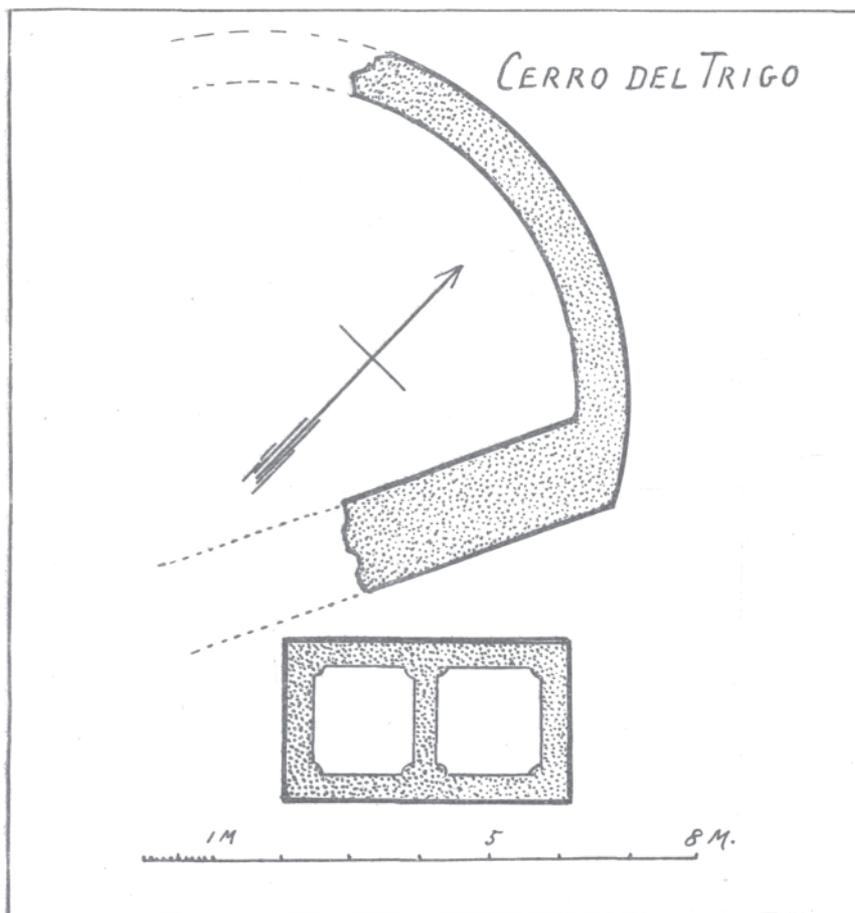


FIGURA 2.  
PLANTA DEL EDIFICIO SEMICIRCULAR Y DE LAS PILETAS.

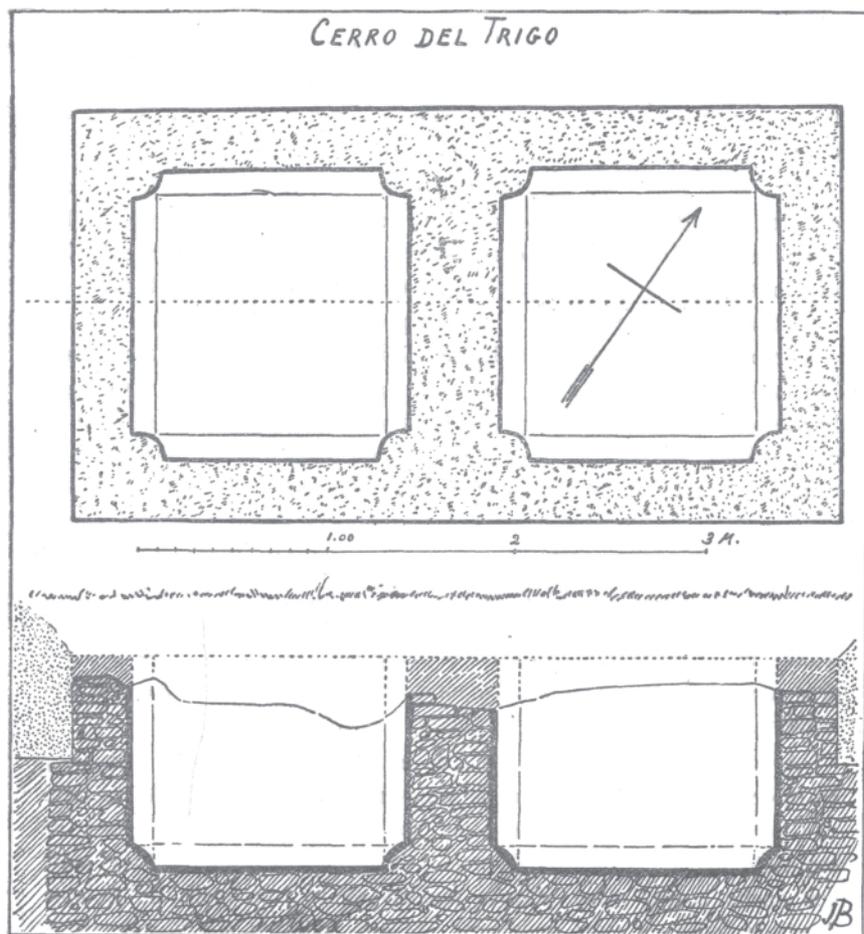


FIGURA 3.  
PILETAS DE SALAZÓN DE PESCADO.

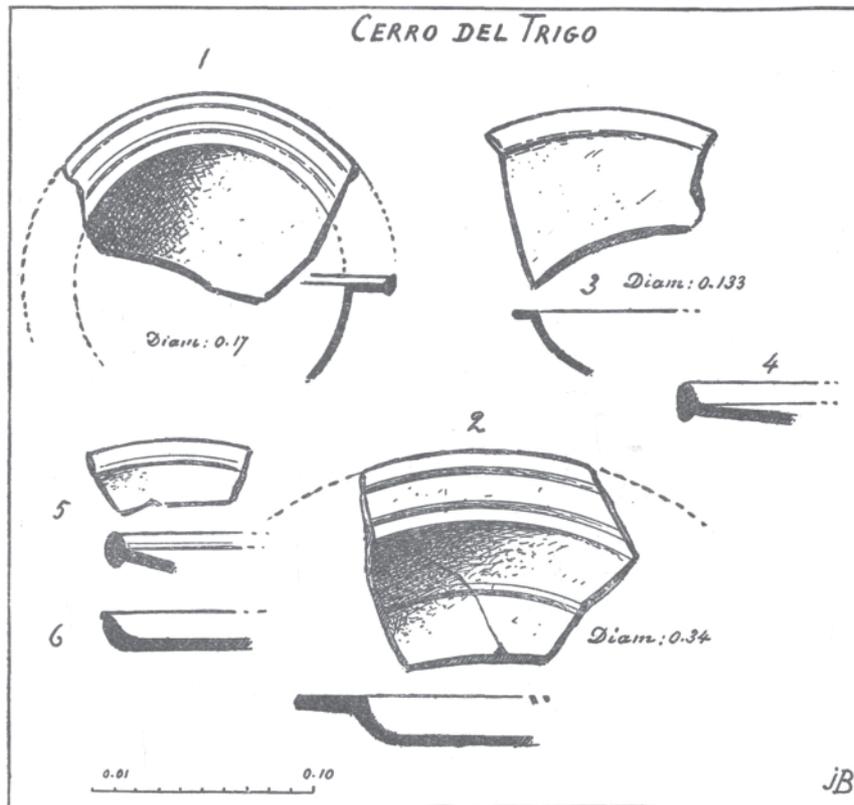


FIGURA 4.

LOZA DE COLOR ROJO DE LADRILLO Y MATE, ENCONTRADA EN UNA SEPULTURA ROMANA  
POR INHUMACIÓN DE MEDIADOS DEL TERCER SIGLO.

Después hubo que abrir una gran zanja de 50 metros de largo, empezando a 20 metros de la casa del guarda, hacia el Norte, donde el profesor Schulten reunió a toda la cuadrilla de trabajadores, facilitando así la vigilancia en el momento de descubrir algo. No se tardó mucho en dar con restos de construcciones rústicas y con una docena de sepulturas por inhumación, éstas con orientación constante, la cabeza al NO. (mag.)

Como no contenían objeto alguno, es probable que fueran sepulturas de los primeros cristianos romanos, en tiempo de los últimos emperadores, según indicaban, además, las numerosas moneditas que aparecieron perdidas en la arena. Se recogieron más de 70 de estas monedas, en relativa buena conservación, que se mandaron al académico don Antonio Vives para su estudio. Entre las sepulturas de los adultos se encontraron otras de menores dimensiones, que serían las de los niños mayores, mientras que los más pequeños, que no habían pasado la dentición, fueron depositados en ánforas. (Fig. 5, F.)

Hacia el Este, al otro lado de la huerta del guarda, los obreros dieron con otras dos sepulturas:

—Una con 10 tégulas que formaban los lados y con otras de cubierta que, por el peso de la arena, se rompieron, cayendo en el interior. El esqueleto que contenía apareció debajo del nivel del agua. (Fig. 5, A.)

—Otra sepultura con los lados formados de piedras pequeñas y losas bastas de cubierta, con la misma orientación que la anterior (la cabeza al NO.), y donde también se encontró el esqueleto en el agua. (Figura 5, B.)

Estos grupos de sepulturas indican que aquí estuvo el cementerio del poblado romano en los últimos tiempos de las inhumaciones paganas y cristianas, durante más de siglo y medio, desde Volusiano hasta Constancio III. De los visigodos no han aparecido todavía las sepulturas en este despoblado.

Desde el frente de la casa del guarda, en dirección al *Cerro del Trigo*, pasando por otro cerro de arena llamado *de la Cebada*, es por donde se extienden las ruinas

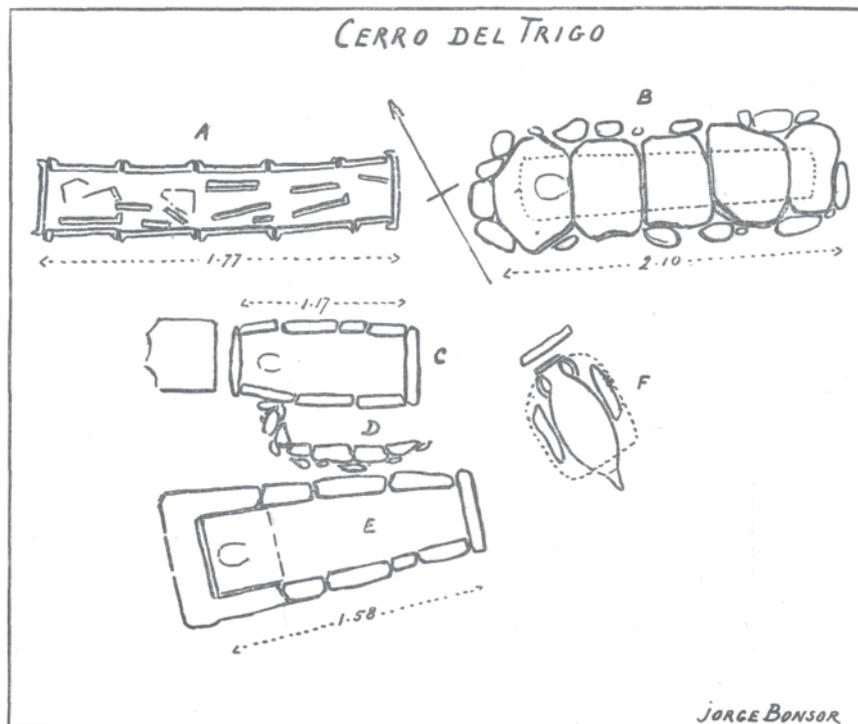


FIGURA 5.  
SEPULTURAS CRISTIANAS.

de la antigua población romana. Estas aparecen en casi todos los puntos donde se hicieron excavaciones, y particularmente en los alrededores de este *Cerro de la Cebada*.

De estas ruinas salieron molinos de mano, numerosas tejas planas y ladrillos de diferentes tamaños, entre éstos uno que presentaba en el canto las tres letras PAT, el nombre, sin duda, del esclavo *Paterno* (Figura 6, n.º 8). Se recogieron también algunos ladrillos circulares o en semicírculo, que se empleaban para formar columnas donde el mármol y la piedra faltaban.

Entre la alfarería hay que mencionar un jarro que sirvió para las libaciones a los muertos, lo que nos indica su base perforada (Fig. 7, n.º 1).

Este jarro, con otra vasija, sin asa, con el cuerpo decorado de rayas paralelas, son de un barro blancuzco que aparece en Andalucía en los últimos tiempos romanos, llegando después a ser característico de los Visigodos y Árabes.

Ánforas de diferentes formas y tamaños se encontraron también; el ánfora para vino, de cuerpo alargado y la de panza globular para la exportación del aceite. No habiendo barro a propósito en la isla para hacer estas ánforas, las que encontramos varían en la forma o en el color, según la procedencia.

Después de tantas excavaciones como se abrieron en el antiguo solar y en corrales apartados, extraña no haberse encontrado nada que confirme la ocupación del coto anteriormente a los Romanos. En estas construcciones de piedras bastas, informes, que fueron traídas de todas partes en embarcaciones, se nota la roca conchífera y arenisca de la costa, la caliza de las alturas próximas al valle del Guadalquivir y los granitos de Sierra Morena. Entre estas piedras ni siquiera se encontró el sillar clásico de todas las construcciones romanas de las buenas épocas, el cual mide aproximadamente 50 centímetros de alto y de ancho y un metro de largo. Llamaron la atención de los exploradores tres sillarejos que aparecieron formando las esquinas de unas construcciones romanas cerca del *Cerro de la Cebada*, y que parecen haber pertenecido a algún edificio más

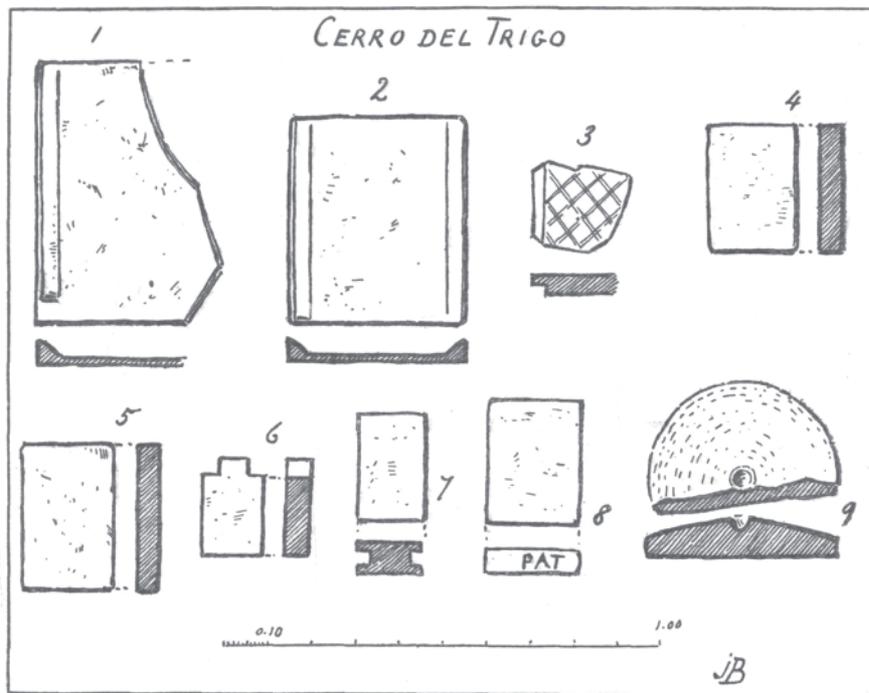


FIGURA 6.  
TEJAS, LADRILLOS Y MOLINO DE MANO, DE PIEDRA.



FIGURA 7.  
VASOS Y TIESTOS VARIOS.

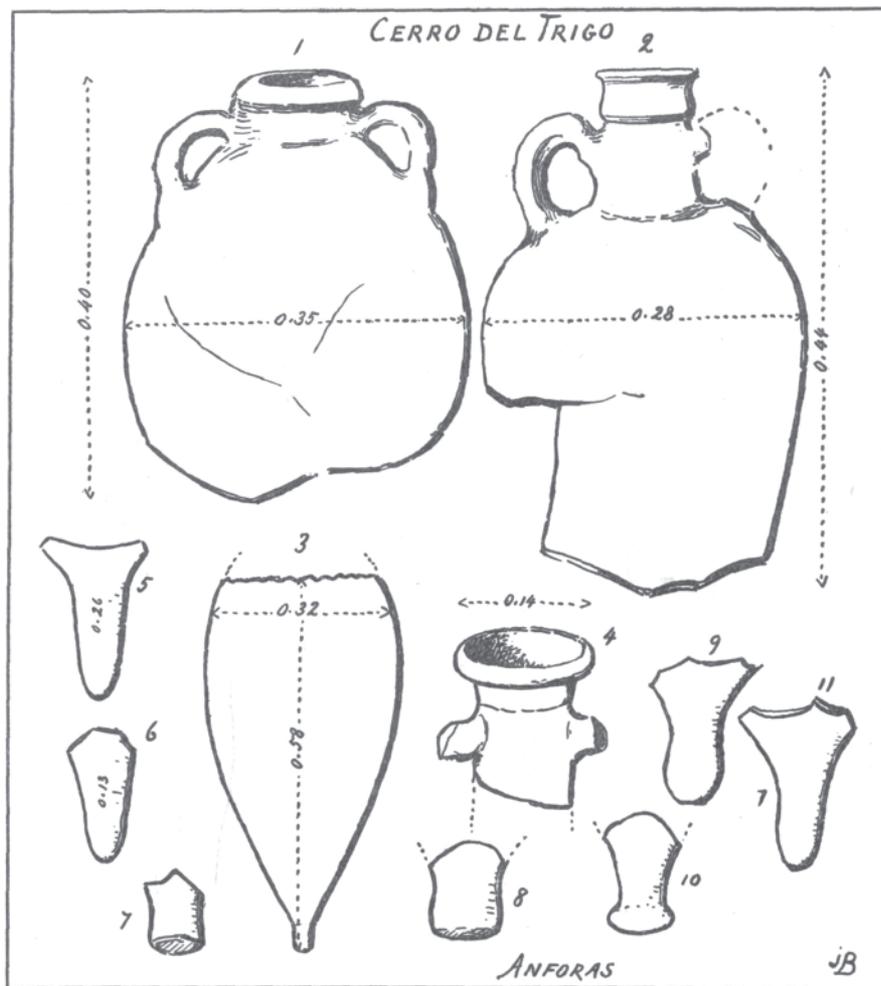


FIGURA 8.  
ANFORAS.

antiguo, probablemente prerromano. Hubo que anotar esta observación, medir las piedras y nada más (fig. 9).

Sin embargo, el descubrimiento, en el último momento, de un anillo de cobre que presentaba en el interior y en el exterior una inscripción con caracteres que parecen ibéricos (?), viene a confirmar la ocupación anterior que buscamos<sup>6</sup>.

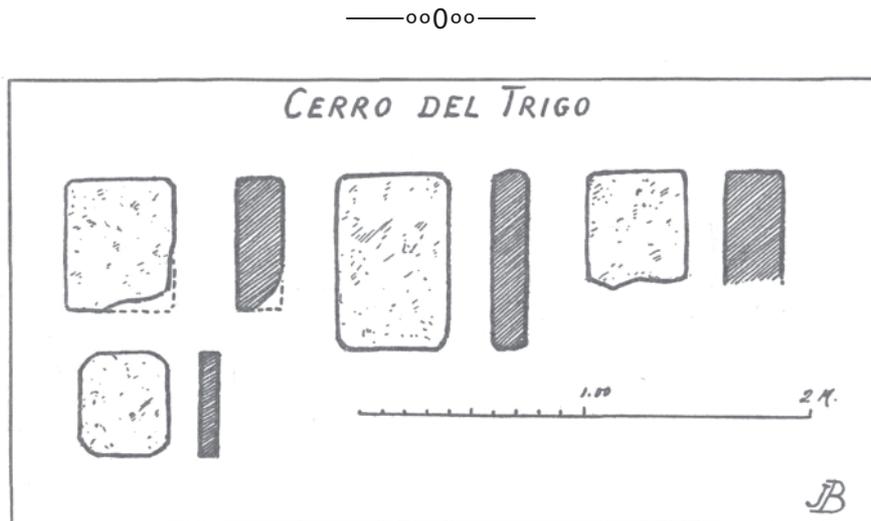


FIGURA 9.  
CUATRO PEQUEÑOS SILLARES DE ARENISCA.

Por último, quedan que exponer algunas observaciones y conclusiones de interés.

1ª. Habiendo notado en Bolonia que las sepulturas más antiguas son las más alejadas de la población, creo probable que en el Coto se encuentre la necrópolis por incineración, del tiempo de los primeros emperadores, al Norte de las piletas, más allá de las sepulturas: figura 5, A y B<sup>7</sup>.

2ª. El descubrimiento de las piletas de salazón nos indica que la población del *Cerro del Trigo* se extendía, en tiempo de Marco Aurelio, por el terreno ocupado hoy por el hato y la huerta del guarda. Habiéndose reducido después el pueblo, esta parte pasó a ser cementerio en los últimos tiempos romanos, desde antes de Volusiano (251-254) hasta Constantino III, que sería cuando desapareció del todo la población. Esta, a juzgar por las excavaciones hechas, no habrá sido reocupada en tiempos posteriores, como sucedió en otras islas de la costa, en Saltés, por ejemplo, donde se encontraron importantes vestigios de los Visigodos y de los Árabes<sup>8</sup>.

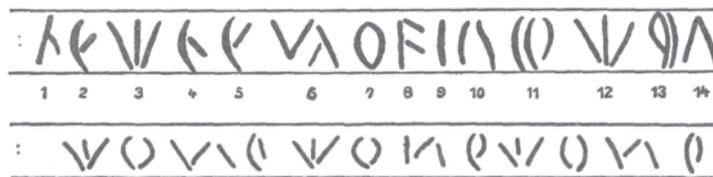


FIGURA 10.

INSCRIPCIÓN DEL ANILLO ENCONTRADO EN EL CERRO DEL TRIGO;  
EXTERIOR E INTERIOR.

3ª. En futuras campañas, en todas las excavaciones que se hagan en el coto habrá que seguir examinando detenidamente las piedras de un carácter extraño que salgan de estas construcciones, por si algunas hubiesen pertenecido a edificios más antiguos. Siempre se tendrá que profundizar hasta el agua, y después, por sondeos, con la barra de hierro, más hondo todavía, hasta encontrar alguna resistencia que indique la presencia, debajo del agua, de ruinas anteriores<sup>9</sup>.

4ª. Hay que considerar que el nivel de agua del terreno debe de haberse elevado considerablemente desde los tiempos romanos y anteriores. Esto parece aquí confirmado por el hecho de encontrarse sepulturas dentro del agua, donde no estarían seguramente en el cuarto siglo después de J. C, fecha de estas sepulturas.

En el curso del primer siglo antes de J. C. fue probablemente cuando ocurrió el gran cataclismo sísmico que cambió por completo el cauce del *Betis*. Habiéndose cerrado entonces la desembocadura occidental del río, las aguas de la marisma fueron vertiéndose en dirección contraria hacia el brazo actual del Guadalquivir.

En los siglos sucesivos se fue cubriendo la isla de arena; esta invasión sigue aún, sin que se pueda de manera alguna pararla. La misma vegetación, al detener la arena, es la que va formando nuevas dunas (Fig. 11).

Pasaron los buenos tiempos de las exportaciones a Roma del aceite de oliva del Valle del Betis y de las salazones de atún del litoral.

Habiendo desaparecido el gran *Lago Ligústico*<sup>10</sup> y el brazo occidental del Río que hacían de *Tartesos* una verdadera isla, los últimos habitantes tuvieron que abandonar este poblado del *Cerro del Trigo*, donde ya no encontrarían medios de aislarse o defenderse en los tiempos de revueltas que siguieron a las invasiones de los Bárbaros.



Al concluir las excavaciones de 1923, en el Cerro del Trigo, sin haber descubierto nada que confirmara la existencia de *Tartesos* en este sitio, escribí una nota alusiva de nuestros trabajos en el Coto, recordando en principio dos artículos míos del *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Estos artículos pasaron inadvertidos para los miembros de una, a la sazón, novísima Sociedad de Excavaciones para buscar a *Tartesos* en la vecindad de Sanlúcar de Barrameda.

Mandé entonces la referida nota al Director de un importante rotativo madrileño, donde no se publicó, acaso por no considerarlo de interés. En dicha nota decía yo lo siguiente:

«Sobre esta importante cuestión de *Tartesos*, es muy satisfactorio saber que las pocas personas que en estos últimos tiempos se han dedicado a comentar el poema geográfico de Avieno, buscando después en las costas las pruebas de



FIGURA II.

CÓMO UN PINO ES EL ORIGEN DE UNA DUNA.

- A. Valle o corral de pinos.
- E. Alta barrera de arena por el lado del Atlántico.

la existencia del famoso emporio: los señores don Antonio Blázquez, el erudito profesor Schulten y el que suscribe, creo que estamos conformes en reconocer, según indican los textos, que las ruinas de *Tartesos* deben de encontrarse en la antigua isla del delta formado por los dos brazos del río *Tartesos* ó Guadalquivir. Esta isla es hoy parte del célebre Coto de Doña Ana, propiedad del señor Duque de Tarifa. Añadiré que es del todo inútil buscar *Tartesos* en otra parte, y menos por los caños de las marismas del Este; en Sanlúcar, Trebujena o Lebrija, como se ha propuesto. Allí podrán encontrarse otras antiguas poblaciones, como *Ebura*, *Asta* y *Nabrisa*, que eran, a mi entender, contemporáneas de *Tartesos*. En mis comunicaciones a la Academia de la Historia y a la Junta superior de Excavaciones y Antigüedades recomiendo la exploración del despoblado romano —el único que vi cuando visité el Coto por primera vez, en agosto de 1921—; lo llamé *Montón de Trigo*, de una elevación en parte artificial, a 6 kilómetros del moderno Palacio de la Marismilla. Abriendo zanjas paralelas por todo el terreno, puede que se encuentre, a poca profundidad, entre los materiales romanos, allí muy numerosos, alguna piedra ornamental, fragmentos de arquitectura o de escultura del siglo VI antes de J. C, procedente de la gran urbe desaparecida.

»Pero, aunque nada se encuentra anterior a los Romanos, queda todavía, para el estudio de la cultura tartesia, la exploración de los pueblos prerromanos ribereños. Hace algunos años que me dedico a este interesante trabajo desde la desembocadura hasta Córdoba, con bastante éxito, teniendo en mi poder pruebas arqueológicas de la ocupación del Valle en tiempo de la supremacía de *Tartesos* (800-500 antes de J. C.), hasta su destrucción por los Cartagineses en 500 antes de J. C. Por estas pruebas, todavía inéditas, que se relacionan con esta remota época, se confirma lo que algunos arqueólogos, como Siret, Schulten, Gómez Moreno, Mélida, han supuesto, y creo suponen todavía, que la cultura tartesia llevaba un origen común con la civilización cretense. En confirmación de esto encontré una piedra terminal de los últimos tiempos de la Edad del Bronce, la cual piedra, en forma de pilar de término, presenta en una de sus caras un signo grabado y pintado de rojo, que figura también en los alfabetos de Creta y de Libia<sup>11</sup>.

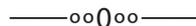


FIGURA 12.

PIEDRA TERMINAL DE LA  
CRUZ DEL NEGRO.  
CARMONA. ALTURA, 1,10.

»Otras excavaciones me permiten declarar que los Tartesios practicaban en sus funerales sacrificios humanos, como se sabe hicieron los Celtas, los Cartagineses y los Romanos mismos, al principio. Debe suponerse que las víctimas: hombres, mujeres y niños, fueran sus esclavos. Mataban los hombres aplastándoles el cráneo con una piedra, a las mujeres les abrían el vientre en canal y a los niños los sangraban encima de la urna cineraria. Tengo bien reconocido que se practicaban estos sacrificios en los pueblos del Valle del Guadalquivir, en la primera Edad del Hierro, en tiempo de las invasiones céltica y cartaginesa, según observé en mis excavaciones de la Cruz del Negro y del Acebuchal, de Carmona, las de Paris y Engel, en Osuna y en Almedinilla. [fig. 12]

»Volviendo al asunto del emplazamiento de Tartesos, repito que hay muchas probabilidades de que se encuentren sus ruinas debajo de las altas dunas del Coto de Doña Ana, en las proximidades del Cerro del Trigo, que es precisamente la parte más alta de la isla. Allí es donde se deben buscar, sin cuidarse de las opiniones contrarias que ponen a Tartesos en Sanlúcar, en Huelva, a orilla del Guadalete, en Cádiz, Algeciras o en Sevilla misma...»



A mediados de septiembre de 1924 se reanudaron las excavaciones del Coto en dirección del Cerro de la Cebada, donde, a unos cien metros al Norte de esta duna, se descubrieron los cimientos de un antiguo edificio de 13, 15 m. de largo por 8,95 m. de ancho, con muros de 50 centímetros de espesor. [fig. 13]

Salta a la vista que estas mismas ruinas, que durante tantos siglos detuvieron la arena traída por el viento continuo del NO., fueron la causa de la formación del Cerro en este sitio. A medida que íbamos cavando hubo que reconocer que todos los montículos de arena de esta parte del Coto cubrían ruinas de más o menos importancia, lo que indicaba que en tiempo de los Romanos no había invadido la arena este sitio. Se sabe que en las costas, los cordones paralelos de altas dunas, las arenas gordas actuales existían en el primer siglo de nuestra Era<sup>12</sup>. Estos se extienden hoy desde la Boca del Guadalquivir hasta la Torre de la Higuera, donde empiezan *Los Barrancos*, precisamente en toda la extensión de lo que fue isla tartesiana, entre los dos brazos del antiguo río<sup>13</sup>. [fig. 14]

Volvamos a la casa romana del Cerro de la Cebada. A unos diez metros del muro Oeste, a un metro de profundidad, se dio con el suelo del corral de la casa, donde se encontraron extendidas en la arena<sup>14</sup> ánforas, 12 de forma alargada, que sirvieron para vino y dos de cuerpo globular, propias para aceite; estas ánforas fueron seguramente echadas al corral por inútiles, viejas o cascadas. Debajo de este suelo del antiguo corral, a 70 centímetros, se descubrieron, en la arena mojada, dos tégulas colocadas a dos aguas, como el tejado de una casa, que cubrían cenizas humanas, de éstas salió una moneda de Marco Aurelio (140-180). Parte de la sepultura se encontraba debajo del nivel del agua, a dos metros de profundidad.

Según los cálculos de nuestro ilustre compañero, el general Lammerer, el nivel del agua, debajo de este corral de las ánforas, está seis metros más alto que el de la bajamar, en la costa. Las grandes mareas encuentran, con estas dunas, una barrera infranqueable; solamente en el sitio que denominé *La Entrevista*, donde supuse estaba la desembocadura del desaparecido brazo del río, es donde faltan las dunas protectoras, penetrando el mar en el interior de esta parte del Coto.

Seguimos excavando en los alrededores del corral de las ánforas, donde en muchas partes descubrimos más ruinas de casas, que probablemente fueron establecimientos comerciales o industriales, baños, etc.



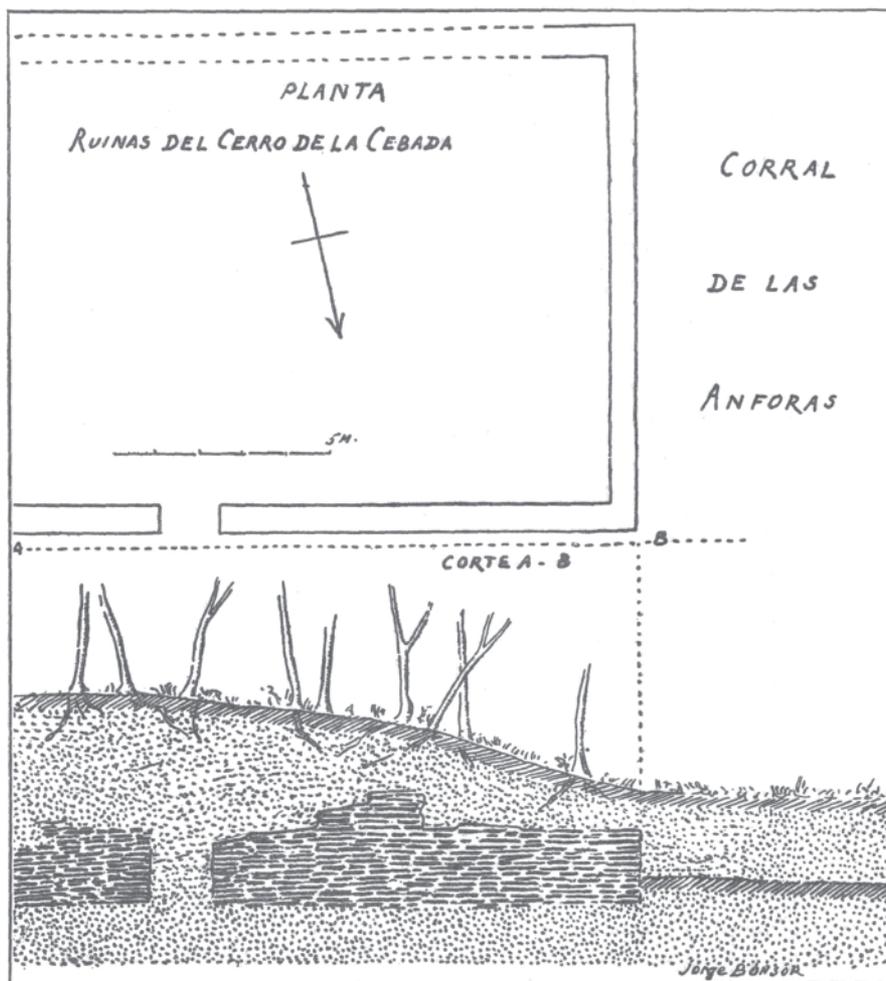


FIGURA 13.

RUINAS DEL CERRO DE LA CEBADA.

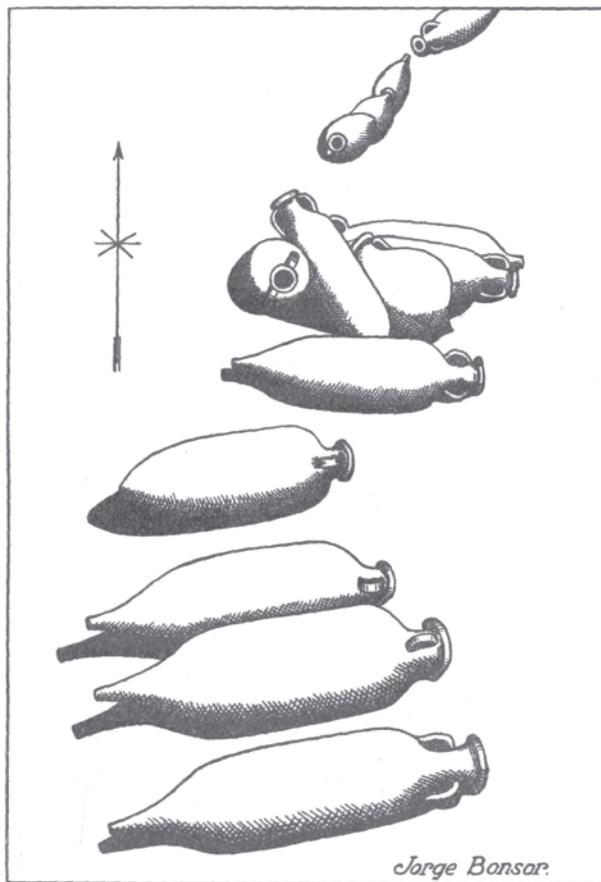


FIGURA 14.  
CORRAL DE LAS ÁNFORAS.—CASA DE LA CEBADA.

Nuestro sabio geólogo el doctor Otto Jessen, que en Alemania, en las costas del Báltico, se había especializado en el estudio de los bancos de arena, me aseguró que toda la parte del Coto, al S., hoy cubierta de frondosos pinares, desde el Cerro de la Raya y la Torre Salazar, hasta el brazo actual del Guadalquivir, comprendiendo los dos partidos de caza de la Marismilla y de la Venta, son arenales de nueva formación, que seguramente no existían en tiempos de los Romanos. Por la extremidad SE. de la isla, de la Torre Salazar a los Cerros de la Raya y del Trigo y por el Pico del Caño, pasaba otro brazo del río, que era el que debía conducir a la misteriosa Tartesos, según la opinión de Jessen y del profesor Schulten, a la cual creo debo unirme, tomando en consideración las acertadas observaciones geológicas y topográficas de mis compañeros.

Como hemos dicho, en las excavaciones que se practicaron en los terrenos bajos cerca del Cerro de la Cebada, el nivel del agua se encontró siempre a dos metros de profundidad. Con la bomba de mano llegamos a 70 centímetros más bajo, límite de nuestro esfuerzo, entrando entonces más agua de la que podíamos sacar. Para averiguar la naturaleza del terreno a más profundidad hubo que pensar en otros medios.

En el otoño de 1925 volvió el profesor Schulten al Coto de Doña Ana, llevando consigo un práctico con todo el material de sondeo. Llevaba el propósito de practicar numerosos sondeos de tres o cuatro metros para traer a la superficie algún indicio de un suelo que fuera anterior a lo romano, dando, por ejemplo, con algún tiesto que confirmara la presencia de Tartesos. Se hicieron más de 50 sondeos en la zona misma de las ruinas romanas; todo fue inútil, y hubo últimamente que desistir, no sacando la sonda más que arena limpia.

Sin embargo, la interpretación de los textos no deja lugar a duda; convencidos estamos de la existencia del antiquísimo emporio en esta extremidad SE. de la Isla... Tartesos —dice el profesor Schulten— no debe haber desaparecido por completo... Una ciudad tan considerable no se destruye sin dejar rastros. El doctor Jessen nos asegura que no hay temor de que el mar se haya tragado la ciudad,

porque la costa, durante el tiempo transcurrido, lejos de retroceder ha avanzado bastante. Yo entiendo que los Romanos, al fundar en este sitio sus establecimientos de pesca y de salazones, lo hicieron por ser la parte más alta de la isla y donde encontrarían mucho material de construcciones anteriores, que utilizaron.

En las ruinas de poblaciones de la última fase del Bronce y de la primera Edad del Hierro, épocas que corresponden al tiempo de la hegemonía de Tartesos, se observa el empleo en las construcciones de piedras pequeñas, diformes, en muros de poco espesor, teniendo algunas piedras mayores únicamente para formar el jambaje de las puertas.

Esto tuve ocasión de estudiarlo detenidamente en mis excavaciones de *El Acebuchal* (Alcores de Carmona), *Gandul* (término de Alcalá de Guadaíra), la *Mesa del Almendro* (Setefilla, cerca de Lora del Río) y otras ruinas contemporáneas.

Durante las tres temporadas que pasamos en este hermoso Coto de Doña Ana hemos reconocido una extensión de terreno de próximamente dos kilómetros cuadrados.

Esto parecerá poco si se compara a la isla entera, o aun si nos reducimos a la parte SE., que bañaba el tercer brazo del río.

En resumen: si no hemos descubierto el sitio que ocupó Tartesos, nos queda la satisfacción de haber indicado sobre el mapa<sup>14</sup> los numerosos puntos excavados, donde con toda seguridad se sabe que no está... Otros vendrán, y siguiendo nuestras indicaciones, puede que tengan más suerte.

**JORGE BONSOR**

**Castillo de Mairena del Alcor (Sevilla)**



## NOTAS

**1** Término de Almonte. Provincia de Huelva.

**2** Jorge Bonsor, «Tartesos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1921. *El Coto de Doña Ana. (Una visita arqueológica.)* Tirada aparte del *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1922.

**3** Esta denominación de *Montón de Trigo* se encuentra en el mapa de Coello (1870), y también en un curioso mapa del Coto (siglo XVII), en el archivo de los duques de Medina Sidonia, en Sanlúcar. Se conoce otro *Montón de Trigo* cerca del Puente de Alcolea, de Córdoba. A esta altura del Coto llaman hoy el propietario, los guardas y todo el mundo: *El Cerro del Trigo*.

**4** El otro palacio, el antiguo, llamado de Doña Ana, se encuentra a 18 kilómetros, en línea recta, de la Marismilla, hacia el Norte. Para la gente del Coto no hay más palacio que este de Doña Ana; llaman al otro simplemente: *La Marismilla*.

**5** Pierre Paris, «Fouilles de Bélo». *Chapitre de Bélo. Chapitre IX*, 1923.

**6** El profesor Schulten considera esta escritura diferente de todas las conocidas. El curioso anillo pasó al examen y estudio de los especialistas.

**7** En Bolonia, viniendo del Este, en dirección a la población, las sepulturas se presentan en el orden siguiente:

- 1º Los sepulcros familiares con urnas cinerarias.
- 2º Las sepulturas romano-paganas por inhumación.

3° Las sepulturas cristianas.

4° Las sepulturas visigodas.

Estas últimas llegan hasta la misma muralla de Belon.

Se confirma este orden en Carmona, donde grupos de sepulturas que forman necrópolis se han señalado de todas las épocas históricas. Mientras se siguen enterrando los cadáveres en un antiguo convento, hoy dentro del casco de la población, todos los demás cementerios se han encontrado a cierta distancia de Carmona. El de los judíos, a 300 metros del Postigo de la Judería. El de los cristianos, romanos y visigodos, a 500 metros de la Puerta de Sevilla. A 700 metros de ésta se señalaron algunas sepulturas árabes, en lo alto del Campo Real. La gran necrópolis romana, por incineración, empieza a ambos lados de la vía romana hacia *Hispalis* (Sevilla), a un kilómetro de distancia de las antiguas murallas. Por último, el cementerio más antiguo, el Ibero-púnico, con un grupo de túmulos de la primera Edad del hierro, de 700-400 antes de J. C, se encontró en *La Cruz del Negro*, a kilómetro y medio de Carmona.

**8** La isla de Saltes, al Sur de Huelva, *La Cartaré de: Ora Maritima*.

**9** El interés que han despertado en España (y en todas partes) estos trabajos del Coto hace que reciba de entusiastas amigos, arqueólogos o ingenieros, atinados consejos para proseguir en la empresa, indicándonos cómo habrá que buscar, debajo del agua, los vestigios que haya de la antiquísima población. El más práctico de estos consejos, a mi entender, es el siguiente, que me apresuro, para su día, a comunicar al señor Duque de Tarifa y a mi compañero el profesor Schulten. Después de haber localizado por los sondeos la presencia debajo del agua de un edificio importante, se abrirá una excavación de cinco o seis metros de lado, hasta llegar al agua, deteniendo la arena de las paredes con tablas, a medida que se vaya bajando. Hecho esto, se procederá a vaciar el agua del interior por medio de una bomba especial que se emplea en los puertos para sacar fango y arena y que llaman en Bilbao *un chupón*. Se entiende que para mover esta bomba, bastante poderosa, se necesitará un motor de vapor. Me aseguran que el *chupón* puede levantar hasta 600 toneladas de agua y arena, por hora.

**10** Hoy, el agua que cubre las marismas en invierno ofrece poca profundidad, y en verano hace muchísimo tiempo que se seca completamente.

**11** En el alfabeto Egipto-Libio, o proto-Egipcio (a Kahun), según el cuadro levantado por Evans. También se encuentra sobre una cajita de marfil que era un amuleto prehistórico: véase: Flinders Petrie, *Prehistoric Egypt*, pl. IX, págs. 56-57. J. Leite de Vasconcellos, en su obra *Religioses de Lusitania*, vol. I, págs. 361 a 367, señala dos signos prehistóricos parecidos, grabado uno, y otro pintado de rojo sobre unas peñas de Portugal.

**12** *Arenae Montes*, de Plinio.

**13** Según los mapas del Instituto Geográfico, la serie de dunas llamada *Arenas gordas* se extiende del arroyo Moría a la Torre Carbonera.

**14** El hermoso mapa del Coto, por el general Lammerer.





unas palabras sobre



Jorge Bonsor  
y el descubrimiento de Tartessos

JORGE MAIER ALLENDE

452-10  
100-8  
TARTE 5505

I  
El Litoral

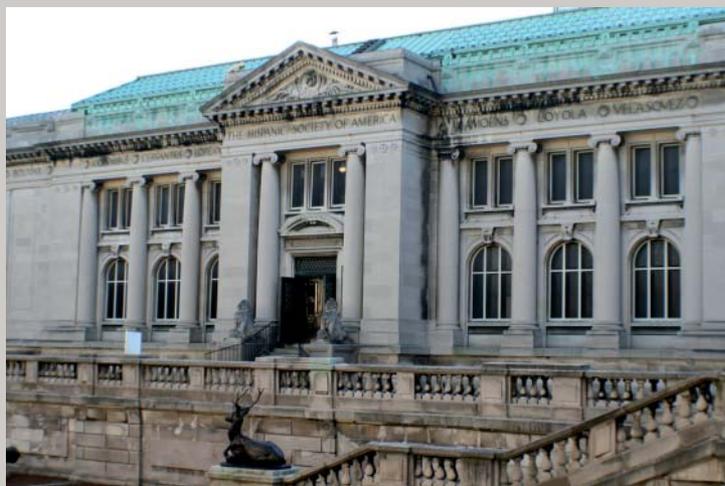
Estos detalles transmitidos  
a través de los siglos por los  
anales púnicos, yo te los he  
dado a conocer.  
Avieno, v. 415.

Ora maritima, celebre poema  
latino de Rufo Festo Avieno, inspirado  
en un periplo fenicio de fines del siglo  
VI a. de J. C., ha sido el tormento de todos  
los que han querido interpretarlo. Las nu-  
merosas publicaciones referentes a él  
apenas han aclarado el asunto y aun no  
tenemos una explicación satisfactoria de  
esta descripción de las costas, que se remon-  
ta a la expedición del navegante cartaginés

1 2 5  
...a inter-  
...ma,  
...seo  
...sem-  
...ido  
...u,  
...noso  
...n-  
...acia,  
...Penin-  
...te  
...te,  
...a  
...alicia  
...o pasó  
...el  
...tal  
...de  
...ho  
...ido  
...a  
...abo  
...09

Hoy por hoy no cabe duda que Jorge Bonsor (Lille, 1855 – Mairena del Alcor, 1930) fue el descubridor de la cultura material de Tartessos, de un Tartessos real y objetivo, con una delimitación espacial y temporal muy clara, al ofrecernos por primera vez la descripción de sus ciudades, de sus principales componentes culturales, de sus costumbres funerarias. Sin embargo, los resultados de las investigaciones de Bonsor no se resolvieron en un solo libro, sino en un conjunto de trabajos de carácter heterogéneo aunque coherente y, sobre todo, objetivo, entre los cuales los más conocidos son *Tartessos* (1921) , *El Coto de Doña Ana un visita arqueológica* (1922) y *Tartessos: excavaciones practicadas en 1923 en el cerro del Trigo término de Almonte (Huelva)* (1928). No obstante, todos ellos se refieren a un aspecto muy concreto de sus investigaciones, la localización de la ciudad

de Tartessos en la desembocadura del río Guadalquivir. Pero los trabajos de Bonsor sobre Tartessos tienen su origen muchos años antes, en 1894, año en el que dio comienzo a la exploración sistemática de Los Alcores sevillanos. Es pues una larga y prolongada investigación de más de treinta años dedicados a la investigación de la Protohistoria de Andalucía Occidental que culminaron en 1925-1926 con la excavación de la necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla). Así, a los trabajos ya citados debemos añadir *Las Colonias agrícolas prerromanas del Valle del Guadalquivir* (1899; 1997), «Los dioses de los Alcores» (1924), «Le véritable origine de Carmona et les decouvertes archéologiques des Alcores» (1927); «From Tarshish to the isles of Tin» (1928), *Nécropole iberique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla), fouilles de 1926 y 1927* (1928) y *Early engraved ivories in the collection of The Hispanic Society of America* (1928).



Fachada de la Sede de la Hispanic Society of America, en New York.



Archer M. Huntington, fundador de la Hispanic Society of America, financió el proyecto de Bonsor de localizar la antigua ciudad de Tartessos.

Cuando Jorge Bonsor comenzó a desarrollar sus investigaciones sobre la protohistoria de Andalucía occidental, la cuestión de Tartessos como problema histórico, se centraba en dos aspectos, la localización de la ciudad y el comercio de los metales, esto es, la identificación de sus fuentes de aprovisionamiento, especialmente del estaño, cuyo monopolio explotaba la ciudad de Tartessos, que los autores clásicos ubicaron en unas islas del Occidente europeo, las Cassiterides. Esta visión está muy de acuerdo con la arqueología filológica, que era desde la que se abordaba la investigación. Este fue también el punto de partida de Jorge Bonsor, como es lógico.

Pero Bonsor supo compaginar el argumento filológico -y darse cuenta de que éste por sí sólo no bastaba- con una metodología de investigación arqueológica, que es la que le otorga plena modernidad para avanzar en el conocimiento de la civilización tartésica, por lo que consideramos hoy sus trabajos como el punto de arranque de la investigación contemporánea en esta cuestión.

Una de las peculiaridades de Jorge Bonsor fue la de caracterizarse por ser un arqueólogo del territorio. Y es éste uno de los aspectos fundamentales de su concepción de la investigación arqueológica: la prospección sistemática del territorio previamente considerado al conjugar unidades de espacio y tiempo. Pero, por otra parte, su fe ciega en el positivismo arqueológico, es decir, la excavación arqueológica, la recu-

peración sistemática y ordenada de la cultura material como fuente de datos históricos con la que superar el agotado modelo filológico. Su rigurosidad fue admirable y a él debemos la exhumación de los primeros vestigios materiales que caracterizan a esta civilización y los primeros intentos de clasificación e interpretación fundamentados en la aplicación de criterios estratigráficos y en la valoración de la cerámica como elemento de datación secuencial.

Por lo que va dicho es necesario establecer distintas etapas en la investigación del arqueólogo anglofrancés, unas más conocidas que otras.

La primera de ellas y el punto de arranque de sus investigaciones fue la exploración sistemática de Los Alcores que duró entre los años de 1894 y 1899.

Si bien Bonsor ya había mostrado cierto interés por los tiempos protohistóricos y había procedido a la excavación de algunas estructuras funerarias existentes en la necrópolis neopúnica y romana de Carmona su interés por investigar esta época se debió también al contacto que mantenía con los arqueólogos franceses Arthur Engel (1855-1920) y Pierre Paris (1859-1931), cuya presencia en España, en relación a la investigación de la cultura ibérica, era regular desde 1886 y 1895 respectivamente. En cualquier caso, Jorge Bonsor llevó a cabo la primera exploración de Los Alcores en solitario.



Jorge Bonsor en el Hotel Roma, Sevilla, 1922. Archivo General de Andalucía.



Jorge Bonsor y su primo Ralph Batley, ca. 1900. Archivo General de Andalucía.

En el curso de esta exploración Bonsor excavó varias necrópolis e identificó sus asentamientos correspondientes, hoy ya míticos en la historiografía tartésica: La Mesa del Gandul y la necrópolis de Bencarrón (Alcalá de Guadaíra/Mairena del Alcor), La Tablada y la necrópolis de Santa Lucía (El Viso del Alcor), el túmulo de Alcaudete, la necrópolis de El Acebuchal y la llamada Casa del Colono, la necrópolis de Huerta Nueva, la necrópolis de Alcantarilla, la necrópolis de la Cruz del Negro, la necrópolis de la Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona) y el santuario de Entremalo, todas ellas en el término de Carmona.

Los resultados de estos primeros trabajos de exploración y excavaciones fueron publicados en su obra más conocida y aun hoy en día de obligada consulta: *Les colonies agricoles prerromaines de la Vallée du Betis* (1899) . Es esta, por tanto, la primera obra moderna que poseemos en España sobre la civilización tartésica. En ella Bonsor no sólo dio a conocer importantes aspectos de la cultura material y de las costumbres funerarias de Tartessos, sino que subrayó la importancia, desde el positivismo arqueológico, que la colonización fenicia tuvo en la conformación de los pueblos del medio día peninsular y especialmente en los Tartesio-Turdetanos. Y, además, que la colonización fenicia no se restringió sólo a la fundación de ciudades costeras como hasta entonces se creía, sino que alcanzó el interior de Andalucía y tuvo aquí un móvil agrícola, tal y como indica el título de su obra. Este fue



La Cueva del Vaquero, dolmen de la dehesa del Gandul. Jorge Bonsor en la cámara secundaria con paredes de mampostería de pizarra, ca. 1902. Archivo General de Andalucía.

Estela de la necrópolis tartésica de Steffilla, ca. 1926. Archivo General de Andalucía.

Excavación de enterramiento con restos humanos, ca. 1900. Archivo General de Andalucía.



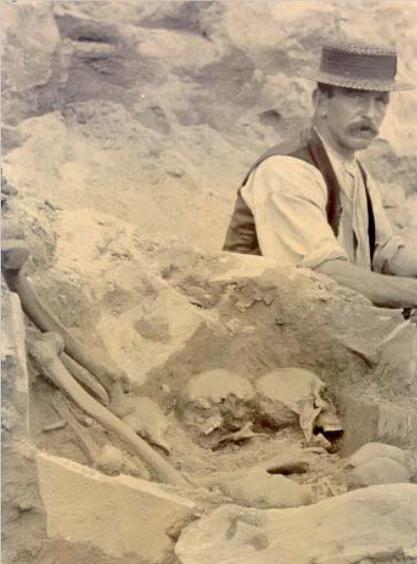
el aspecto más revelador de la obra de Bonsor y el que abrió una fructífera línea de investigación.

Como ya hemos indicado oportunamente, Bonsor aún no hablaba de cultura tartésica propiamente dicha, aunque sí se planteó ya la posible ubicación de la ciudad de Tartessos, a partir de la descripción de Estrabón y del conocimiento y examen geológico del terreno, para lo que recorrió los parajes descritos por el geógrafo griego. Es importante subrayar que Bonsor consideraba que Tartessos además del nombre de una ciudad, lo era también del río Guadalquivir y de toda su región.

La segunda etapa de la investigación es mucho menos conocida y se desarrolló en dos líneas de investigación paralelas: la identificación de las Cassiterides y la continuación de la exploración de Los Alcores.

Inmediatamente finalizada la primera exploración de Los Alcores, Bonsor acometió la localización de las Cassiterides, que identificó con el archipiélago de las Scilly, islas situadas frente a la península de Cornwall, en el suroeste de Inglaterra (Ashbee, 1980).

El objetivo principal de esta exploración, que llevó a cabo entre 1899 y 1902, era encontrar indicios y pruebas arqueológicas que demostrasen la presencia de los fenicios o de los colonos fenicios de la Península Ibérica en las Islas Scilly, tradicionalmente identificadas en la historiografía británica



con las Cassiterides, ya que en Inglaterra estaba aún muy difundida en esta época la creencia de que los fenicios habían llegado hasta la región de Cornwall en busca de estaño desde el emporio de fundación más antiguo de este pueblo en Europa: Tartessos, que identificaban con la Tarshish bíblica. Sin embargo, Bonsor no pudo ver culminada su hipótesis de investigación, ya que no pudo encontrar ni un sólo elemento que delatara la presencia fenicia.

Paralelamente a esta importante investigación, Bonsor continuó con la exploración de Los Alcores. Estos trabajos se desarrollaron entre 1900 y 1911, aunque en distintas fases intermitentes. Como los resultados de estas exploraciones nunca fueron publicados quedaron en gran parte desconocidos, hasta que recientemente se han dado a conocer sistemáticamente y nos revelan el gran conocimiento que ya atesoraba sobre la arqueología tartésica (Maier, 1999a).

En realidad, Bonsor continuó excavando las necrópolis tartésicas localizadas en su primera exploración. Los trabajos se centraron preferentemente entre 1900 y 1909 en la necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona) (Maier, 1992 y 1999b). Asimismo descubrió una necrópolis muy similar a la Cruz del Negro en el Gandul (Mairena del Alcor/Alcalá de Guadaira), hoy conocida como necrópolis del Camino del Gandul, y excavó varios túmulos en Bencarrón Alto en 1902 (Maier, 1996; Sánchez Andreu y Ladrón de Guevara, 2000). En 1908 trabajó en las necrópolis Santa Lucía y del Raso



Fragmentos de cerámica eneolítica de Los Alcores, ca. 1920-1926. Archivo General de Andalucía.

del Chiroli correspondientes al asentamiento de la Tablada (El Viso del Alcor) (Sánchez Andreu, 1992; Maier, 2008). La última intervención la llevó a cabo en la necrópolis de El Acebuchal (Carmona) en la que excavó nuevas tumbas de incineración en 1911 (Maier, 1999a: 210-211); Ladrón de Guevara *et alii*, 2000).

Todos estos años de excavaciones le permitieron a Bonsor aquilatar aún más la secuencia cultural de la región y en concreto, que es aquí lo que nos interesa, matizar sus observaciones sobre la secuencia cultural establecida en 1899.

La tercera etapa de la investigación está determinada por la identificación de la ciudad de Tartessos. La existencia de una ciudad llamada Tartessos estaba admitida por gran parte de los investigadores y su descubrimiento fue el gran reto de la investigación de esta época, en la que es innegable la influencia de la confianza que se depositaba en la Arqueología, como había quedado demostrado, por lo menos en aquellos tiempos, desde los trabajos de Schliemann. La confianza que los historiadores depositaban en la arqueología era indiscutible.

Esta investigación tuvo su inicio en 1910, cuando Bonsor entró en contacto con el historiador alemán Adolf Schulten a causa sin duda de la publicación del *Periplo de Himilco* por Antonio Blázquez y Delgado Aguilera en 1909 y la revitalización del texto de la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno. En la obra de este poeta tardío latino se detectó que éste había utilizado fuentes mucho más antiguas para la descripción del litoral peninsular. Aunque este hecho venía siendo debatido en Europa desde al menos finales del siglo XVIII, en España fue Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera quien abordó por primera vez esta cuestión. Blázquez, que mantenía contacto con Bonsor desde al menos 1902, año en el que le vendió



Castillo de Mairena del Alcor, residencia de Jorge Bonsor, ca. 1907. Archivo General de Andalucía.

el castillo de Mairena del Alcor, ya había propuesto en un trabajo anterior, publicado en 1894, la probable situación de la ciudad de Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir. El mismo Bonsor dejó dicho que fue Blázquez quien le incitó a que llevara a cabo la exploración arqueológica de la costa (Bonsor, 1921: 517).

Para Bonsor, como para la mayor parte de la crítica arqueológica de su tiempo, la existencia de la ciudad de Tartessos era indudable. Su principal referencia histórica fue, como lo había sido desde el principio, la autoridad de las fuentes greco-latinas. No obstante, varios historiadores alemanes como Karl Movers y Karl Müllenhof negaban la existencia de la ciudad de Tartessos. En este sentido Bonsor siguió y asumió la teoría de George Rawlinson, quien sí daba crédito a la fuentes: «Tar-

tessus was a town in the opinions of Scymnus Chius, Strabo, Mela, Pliny, Festus Avienus, and Pausanias, who could not be, all of them, mistaken on such a point». Rawlinson pensaba además que Tartessos fue probablemente también el nombre del río Guadalquivir: «It was a town named from, or at any rate bearing the same name with, an important river of southern Spain, probably the Guadalquivir» (Rawlinson, 1889), punto con el que Bonsor también estaba de acuerdo.

El proyecto sin embargo quedó congelado por diversos motivos y sobre todo por la Primera Guerra Mundial. Poco antes de su finalización Bonsor comenzó a trabajar en las excavaciones de la Casa de Velázquez en Bolonia. Tuvo entonces oportunidad de estudiar la geografía antigua del Estrecho gaditano y fue en ese momento cuando retomó el tema de Tartessos.

Hoy sabemos, por la correspondencia inédita que se conserva en el archivo de la Hispanic Society of America, que en 1918 Bonsor presentó al presidente de dicha institución, Archer M. Huntington, el proyecto de localizar la antigua ciudad. Su plan consistía en trazar los límites del lago ligustino y hacer excavaciones en lugares apropiados. Para ello, no sólo solicitó fondos a la Hispanic Society of America, sino que también propuso la creación de una institución arqueológica en España semejante a la Escuela francesa de Arqueología de Atenas, la Anglo-American School of Archaeology in Spain con sede en Sevilla.



Jorge Bonsor y la cerámica prehistórica y proto histórica recogida en distintos yacimientos de los alcores sevillanos, Ca. 1915. Archivo General de Andalucía.

Esta iniciativa es importante, ya que uno de los primeros proyectos que iba a acometer la Escuela iba a ser el descubrimiento de Tartessos. Ante esta situación Huntington decidió entregarle personalmente 1000 dólares para su proyecto de exploración de Tartessos. A comienzos del año 1920 Bonsor

efectuó una primera visita a Arenas Gordas y se entrevistó con el Alcalde de Sanlúcar de Barrameda, quien le indicó algunos lugares en los habían sido reconocidos restos antiguos. Ese mismo verano Bonsor, que contaba 68 años, dio comienzo a la prospección de la costa, desde la desembocadura del Guadiana hasta la del Guadalquivir, con el fin de verificar el *sinus Tartessius* descrito por Avieno. Ya en esta primera exploración solicitó permiso a la duquesa de Tarifa para excavar, pero no se lo concedió e inmediatamente comenzó a redactar la memoria. A finales de agosto de 1920 Huntington le entregó 2000 dólares más para el establecimiento de la Escuela.

En el otoño (septiembre–octubre) de ese mismo año inició la segunda exploración en Arenas Gordas e identificó el brazo occidental del río y pudo delimitar la supuesta isla en la que debería de encontrarse la ciudad, pero continuaba sin obtener permiso de la propiedad para excavar. A finales de año concluyó la memoria que tituló *Tartessos*, que fue redactada en dos versiones en francés y en castellano. La primera de ellas fue remitida a algunos miembros de la Sociedad de Anticuarios de Londres, futuros miembros de la proyectada Anglo-American School of Archaeology. El texto en castellano fue remitido a la Real Academia de la Historia y presentado por José Ramón Mélida en la junta académica del 25 de febrero de 1921, en la que recibió una entusiasta acogida por parte de Antonio Blázquez, el Marqués de Laurencín (entonces director) y por el Marqués de Cerralbo. Este último se ofreció a interceder

ante el Duque de Tarifa, Carlos Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas (1864-1931), para obtener el deseado permiso de excavación en el Coto de Doñana. La Real Academia de la Historia acordó que el texto de la memoria se publicara en el *Boletín* de la corporación, en el que apareció a finales de ese mismo año con un mapa del Delta del Tartessos. Desde entonces Jorge Bonsor contó con el decidido apoyo de la Real Academia de la Historia. En el mes de junio remitió la versión del texto en francés a la Hispanic Society.

A mediados de mes de agosto de 1921 las gestiones de Cerralbo tuvieron efecto positivo y Bonsor obtuvo el permiso del Duque de Tarifa para reconocer y excavar la parte del terreno que había acotado en busca de restos arqueológicos que indicaran la existencia de la ciudad. Se trasladó al Coto el 20 de agosto y permaneció explorando los terrenos una semana, en la que descubrió el Montón del Trigo, un asentamiento romano, así como otros pequeños asentamientos a 6 kilómetros de distancia de aquel en el que recogió escorias de hierro. Asimismo determinó el cauce del brazo occidental de río. Sin embargo, al no encontrar otros rastros, se formó la idea de que en el Montón del Trigo podía haber algún resto más antiguo reutilizado que probara la existencia de la ciudad en aquellos parajes. Al regreso de esta primera exploración del Coto, comenzó a redactar el *Coto de Doña Ana una visita arqueológica*, segunda parte del *Tartessos*, que presentó a la Real Academia de la Historia y la corporación acordó

su publicación, que apareció en el *Boletín* a finales de ese año. En noviembre de 1922 A. Schulten, tras inspeccionar el Coto, llegó a la misma conclusión que Bonsor, tal y como se lo comentaba a Huntington: *...has just been over the island of Tartessos where, it appears that he re-discovered what I discovered more than a year ago, of course he has not read yet my archaeological visit to Doña Ana.*

En junio de 1923 el Duque de Tarifa decidió no sólo financiar personalmente las excavaciones en el Montón del Trigo sino que fuera Bonsor el que las dirigiera.

Pero pocos días después Bonsor fue informado que debía de colaborar en esta empresa con un equipo alemán integrado por Adolf Schulten, el General Lammerer y Pedro Bosch, aunque este último no llegó a participar. La situación fue muy violenta para el Duque de Tarifa, pero debido a la intercesión del Duque de Alba tuvo que conceder permiso de excavación al equipo liderado por Schulten. Bonsor llegó a sopesar el participar en las excavaciones, pero, aconsejado por sus amigos y seguramente por la Real Academia de la Historia, decidió participar en esta empresa del descubrimiento de la ciudad de Tartessos que había levantado, por otra parte, una enorme expectación. Las excavaciones se llevaron a cabo finalmente en tres campañas de un mes de duración en 1923, 1924 y 1925. Los resultados de las excavaciones en el Coto fueron publicados por Bonsor en solitario en las memorias de la Junta Superior de Excavaciones (Bonsor, 1928).



Bonsor acompañado de su mujer y otra señora en el Castillo de Mairena del Alcor, ca. 1910. Archivo General de Andalucía.

Debemos señalar que Bonsor nunca sintió mucha confianza en poder descubrir la antigua metrópolis del reino tartésico. Pero lo más importante a nuestro modo de ver es que Bonsor, en una situación forzada y de la que no podía sustraerse

debido a las importantes consecuencias que podía tener de alcanzar el éxito, se propuso acometer la excavación de una ciudad contemporánea de Tartessos. La ocasión no tardó en llegar y el 19 de febrero de 1925 solicitó permiso para excavar en un yacimiento bien conocido y explorado por él mismo hacía años: Setefilla (Lora del Río). El proyecto fue financiado por la Escuela Superior de Estudios Hispánicos (Casa de Velázquez) y codirigido con Raymond Thouvenot en dos campañas en 1926 y 1927 para ser publicado en 1928 (Bonsor y Thouvenot, 1928).

Como sabemos, las excavaciones dieron como resultado la localización de una serie de estructuras funerarias tumulares que guardaban muchas analogías con las de Los Alcores; entre ellas merece ser destacada la cámara de mampostería que cubría el llamado túmulo H, que es, sin duda, una de las tumbas monumentales tartésicas más importantes descubiertas hasta la fecha en el Bajo Guadalquivir, así como también la única estela tartésica hallada en un contexto funerario.

No podemos dejar de mencionar que Jorge Bonsor tuvo también la oportunidad de estudiar y dibujar directamente el lote de armas y objetos de bronce hallados al dragar la ría de Huelva en 1923, aunque nunca escribiera nada de ello, pero también de constatar la existencia de túmulos en los cabezos onubenses y de estudiar algunos de los materiales rescatados en Niebla por la Escuela Anglo-Hispano-Americana

de Arqueología, que dirigía la excéntrica erudita inglesa Ellen Wishaw. Además, en estos años aparecieron aún algunos trabajos más que completan sus investigaciones entre los que cabe destacar «From Tarshish to the isles of tin» (1928), en el que retoma la cuestión del comercio del estaño desde nuevos puntos de vista, y «Early engraved ivories in the collection of The Hispanic Society of America», el magnífico catálogo de los marfiles fenicios de las necrópolis tartésicas de Los Alcores sevillanos.

## Bibliografía

Ashbee, P. 1980, «George Bonsor: an archaeological pionner from Spain on Scilly». *Cornish Studies*, 8, 53-62.

Blázquez y Delgado Aguilera, A., 1894, «Las costas de España en época romana», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXIV.

—1909, *El periplo de Himilco (siglo VI antes de la Era Cristiana), según el poema de Rufo Festo Avieno, titulado Hora Maritima. Descripción de las costas portuguesas y españolas desde el Cabo de San Vicente hasta Gibraltar*, Madrid.

Bonsor, J., 1899, *Les colonies agricoles prerromaines de la vallée du Betis*, Paris.

—1997, *Las colonias agrícolas prerromanas del valle del Guadalquivir*, Ecija.

—1921, «Tartessos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXVII y LXXIX: 515-525; 57-69; 213-225.

—1922a, «El Coto de Doña Ana (una visita arqueológica)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXI, 152-174.

—1922b. *Tartesse*. New York: The Hispanic Society of America.

—1923. «Buscando a Tartessos: excavaciones arqueológicas en el Coto de Doñana». *Noticiero Sevillano*, 6 de noviembre.

—1924, «Los dioses de los Alcores», *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, III: 175-178.

—1927, «Le véritable origine de Carmona et le decouverts archeologiques des Alcores», *Revue Archeologique*, XXV: 285-300.

—1928a. *Tartessos: excavaciones practicadas en 1923 en el Cerro del Trigo, término de Almonte (Huelva)*. Madrid: Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 97.

—1928b, «From Tarshish to the isles of tin», *Art and Archaeology*, XXV: 10-17.

—y Thouvenot, Raymond, 1928c. *Necropole ibérique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla), fouilles de 1926-1927*, Madrid.

—1928c, *Early engraved ivories in the collection of The Hispanic Society of America*, New York.

Ladrón de Guevara, I et alii, 2000, «La necrópolis orientalizante de El Acebuchal (Carmona, Sevilla): las excavaciones de J. Bonsor entre 1910 y 1911», *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, IV, Cádiz, 1815-1818.

Maier, J, 1992, «La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla): excavaciones de 1900 a 1905». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Universidad Autónoma de Madrid*, 19: 95-141.

—1999a, *Jorge Bonsor (1855-1930) un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la arqueología española*, Madrid.

—1999b, «La necrópolis de la Cruz del Negro ayer y hoy», *Madridener Mitteilungen*, 40, 97-114.

—1996, «La necrópolis tartésica de Bencarrón (Mairena del Alcor/Alcalá de Guadaira, Sevilla) y algunas reflexiones sobre las necrópolis tartésicas de Los Alcores», *Zephyrus*, 49, 147-168.

—2008, «Las investigaciones arqueológicas de Jorge Bonsor en El Viso del Alcor», *Jornadas de Historia de El Viso del Alcor*, Sevilla, 141-151.

Rawlinson, G., 1889, *History of Phoenicia*, Oxford.

Sánchez Andreu, M, 1992, «Raso de Chiroli: una necrópolis tumular en los Alcores (Carmona, Sevilla)», *Spal*, I, 253-262.

Sánchez Andreu, M. y Ladrón de Guevara, I., 2000, «Necrópolis del Camino: sepulturas tipo Cruz del Negro en Bencarrón (Sevilla)», *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, IV, Cádiz, 1895-1902.



Galeria de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2010

“ Pero nada podía distraerme del pensamiento que me preocupaba y soñaba siempre en esta misteriosa Tartessos, en la importancia de su puerto desde los primeros tiempos de la Historia, en su templo de Hércules que, como lo declara el antiguo periplo, permanecía aún en pie después de la destrucción de la ciudad. Pasaba revista a los objetos de su comercio que encontré en los Alcores de Carmona, en túmulos de la primera edad del hierro; toda esta pacotilla oriental distribuida en el interior del país entre las tribus iberas del Valle a cambio de los numerosos productos indígenas, tales como el oro, la plata, el cobre, el plomo, el hierro, el estaño de los aluviones, las pieles, la lana, el pelo de cabra, la miel, la cera, el vino, el aceite, el esparto, el lino y el algodón; éste último habían aprendido a cultivarlo y con él, en la primera edad del hierro, se fabricaban aquí, como en Egipto, finas telas plisadas. ”

(Jorge Bonsor, 1921)



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

